

**J.A OSORIO LIZARAZO Y GAITANISMO: MEDIACIONES POLÍTICAS Y
LITERARIAS**

Trabajo de Monografía de Grado
Escuela de Ciencias Humanas
Programa de Sociología
Docente: Sven Schuster

presentado por
Andrés Cuervo Ulloa

Noviembre, 2013

Índice

Introducción	3
1. Intelectuales y generación: los años de formación	10
2. El escritor y el político: la miseria, el pueblo y el cambio social	
<i>El escritor escindido: realismo literario y disociación biográfica</i>	31
<i>Gaitán y sus efectos históricos</i>	45
3. Identidades políticas e imaginación histórica	
<i>El criminal: patología y ley social</i>	59
<i>Imaginarios e identidades de clase</i>	69
<i>La aventura de un gaitanista y el caudillo personal</i>	81
<i>El día del odio y el epílogo bogotano</i>	89
Conclusión	100
Bibliografía	102

Introducción

Esta investigación surge de una posibilidad frustrada, es decir, nace allí donde no hubo concreción, donde finalmente las contradicciones y la violencia dominaron los hechos. La literatura y la política aparecen como los dos universos de sentido donde no se produjo pero se pudo imaginar un destino social diferente para el país al menos hasta la primera mitad del siglo XX. La literatura del escritor bogotano José Antonio Osorio Lizarazo (1900 – 1964), y el movimiento popular encabezado por Jorge Eliécer Gaitán (1898 – 1948), son en su orden la *narrativa*, el *discurso* y el *movimiento* político que tomo como objetos de estudio, para explorar y rastrear puntos de contacto y distancia, correspondencia y registros, posibilidades y ausencias entre ellos.

Diré mejor que para explorar y analizar textos de diferente índole y sentido, así como relaciones concretas entre dos personajes públicos y privados, entre una obra literaria-enfocada en cuatro libros, tres novelas y una biografía¹, el archivo personal de Osorio Lizarazo y un conjunto de crónicas y artículos de prensa², y en el otro espectro un movimiento social y un imaginario político, el populismo frustrado más importante que haya existido en Colombia.

Dos particularidades resaltan en apariencia contradictorias cuando se contrasta la literatura de Osorio Lizarazo con el gaitanismo: la suya fue una narrativa juzgada y leída a desgana por la tradición literaria del país, concentrada más en sus defectos y sus redundancias. A lo sumo, se recurrió a lo urbano como signo característico de una literatura hecha en ciudad y sobre la ciudad, descriptiva de la miseria, retratando su “rostro trágico” con “trazo goyesco”. Viendo al gaitanismo encontramos otra cosa, observamos durante aproximadamente veinte años la irrupción y movilización de todo un sentimiento colectivo y de masas, convocarse en la plaza pública y en las calles, intercambiando y creando un lenguaje comprensivo de la cuestión social que iba escalando las grietas del edificio tradicional de los partidos, en su exigencia por ampliar la escena de la vida pública en el país.

Entonces tenemos una literatura juzgada y leída más por lo que dejó de ser que por sus cualidades y, en el otro lado un movimiento político gigantesco que tampoco llegó a ser: la

¹ *El criminal* (1935), *Hombres sin presente: novela de empleados públicos* (1938) y *El día del odio* (1952) son las novelas; *Gaitán: muerte, ausencia y permanente presencia* (1952), la biografía que escribió J.A Osorio Lizarazo sobre Gaitán.

² El archivo de Osorio Lizarazo se encuentra en el Fondo Antiguo de la Biblioteca Nacional; el resto de material comprende *La cara de la miseria* (1926) así como varias crónicas y ensayos literarios reunidos en la antología realizada del autor por Santiago Mutis Durán en *Novelas y crónicas* (1978).

coincidencia es una pérdida, pero entre una y otro se desplaza la imaginación, lo posible, lo real, lo reprimido y lo ausente. Habría que ubicar a la literatura como el universo de lo posible y a la política como el mundo de las posibilidades.

Habría que empezar con una hipótesis, partiendo de la literatura de Osorio Lizarazo como una narrativa realista, naturalista, afinada en los rasgos más propios de su medio y su entorno, en los temas más cercanos a un oficio, pero limitada en cambiar ese estado de cosas. Y al gaitanismo, vadeando el millar de interpretaciones de las que ha sido objeto, entenderlo como un discurso y movimiento emergente en una democracia tradicional que empezaba a transitar lentamente hacia su ampliación de ciudadanía.

Veamos brevemente quiénes fueron cada uno a manera de abre bocas, y solo para enunciar seguidamente las relaciones que establezco entre los dos.

José Antonio Osorio Lizarazo nació el 30 de diciembre de 1900 en Bogotá. Fue periodista, empleado público, y el novelista social y urbano más prolífico en la primera mitad del siglo XX en Colombia. Creció en un hogar de clase media baja formado por el padre Belisario Osorio Navas y la madre María Josefa Lizarazo Durán. Estudió el bachillerato en el colegio San Bartolomé de esa misma ciudad donde se graduaría en 1916. Frente a la imposibilidad por continuar una carrera universitaria por falta de recursos emprende el primer viaje de una larga serie que marcaría su vida. Recorrió zonas de la cordillera central, trabajando en minas de oro y luego en fincas cafeteras. Regresaría a Bogotá al inicio de los años veinte para iniciarse como cronista judicial: sería allí que se acercaría a los espacios y sujetos populares que protagonizarían su crónica urbana así como sus novelas en las próximas décadas. Después de 1930, cuando regresan los liberales al poder, comparte con su generación la expectativa frente al panorama reformista y de lenguaje social que tendría en la Revolución en Marcha de López Pumarejo su momento más exaltado. Sus expectativas se concretan en su experiencia como empleado público en diferentes entidades³; sin embargo, siempre percibiría el periodismo y la burocracia como desviaciones de su

³ Sus oficios durante los gobiernos liberales, como empleado público e intelectual, fueron: “(...) relator de la Cámara de Representantes (1934), secretario privado del Ministro de Guerra (1937), secretario privado del Gabinete del Ministro de Guerra (1938), jefe de la sección quinta del Ministerio de Educación, secretario privado de este Ministerio (1941), bibliotecario de la Contraloría General de la República (1943), revisor contador del Departamento de Asistencia Social del Ministerio de Trabajo e Higiene y Prevención Social (1944). Durante la década del treinta y del cuarenta estuvo adscrito a *El Tiempo* como redactor y reportero. En esos años dirigió *El Diario Nacional* (1935), colaboró en *Acción Liberal* (1936), *Pan* (1937-1938), *Estampas* (1942), *La Razón* (1943) y dirigió el Radioperiódico Capitalino (1942); fue redactor de *Sábado* (1945), participó en la *Revista de las Indias* (1942-1947) y en *La revista de América* (1945 y 1950). Durante la República Liberal Osorio Lizarazo escribió ocho de sus diez novelas publicadas, y mientras trabajó alternativamente como burócrata, periodista y novelista, también pasó por la imprenta varias obras monográficas o panfletarias, anticipando la que se convertiría en la faceta dominante de su obra durante las siguientes dos décadas (1944-1964). Ver Calvo Isaza, “Literatura y nacionalismo, la novela colombiana de J.A Osorio Lizarazo”, pág. 106, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (ACHSC).

verdadera vocación: la literatura. En el periodo que comprende los gobiernos liberales (1930-1946) escribiría la mayor parte de su obra narrativa, incluyendo varias de las obras que se conocen dentro del “ciclo bogotano”⁴. Después de su contacto con los liberales, acompañaría a Jorge Eliécer Gaitán en su campaña presidencial de 1944 con la creación y dirección del periódico *Jornada*. Por diferencias personales medianamente esclarecidas, se separaría del lado de Gaitán y rompería sus vínculos con la clase política del país, frente a la cual había mantenido actitudes ambiguas. En 1946 abandonaría el país en un periplo latinoamericano que duraría catorce años por diferentes países como Venezuela, Argentina o República Dominicana. En los últimos años de su vida, cansado de las dificultades que había encontrado en su camino y por sentirse siempre menospreciado en su país, se dedicaría a una cómoda labor de apologista del dictador Rafael Leonidas Trujillo.

Jorge Eliécer Gaitán nació en Bogotá el 23 de enero de 1898 en el barrio Las Cruces. Su hogar estaba conformado por el padre don Eliécer y doña Manuel Ayala. Su padre tenía una librería de viejo y había incursionado esporádicamente en la creación de pequeños periódicos de contenido político. Su madre era maestra de escuela y siempre sería una presencia fundamental en su vida. Después de graduarse de bachillerato pudo acceder al estudio del derecho en la Universidad Nacional; desde la juventud mostraría una inclinación por el conocimiento y la agitación política, participando en asociaciones estudiantiles así como en las campañas de Guillermo Valencia en 1918 y de Benjamín Herrera en 1922. Después de graduarse pudo continuar sus estudios con una especialización en derecho penal en Italia junto con el padre del positivismo jurídico Enrico Ferri. Cuando regresa al país, rápidamente sus logros alcanzados le acarrearán un reconocimiento y logra ser elegido para el congreso al final de los años veinte, cuando lideraría el debate sobre la masacre de las Bananeras, contribuyendo en parte con la caída del gobierno de Abadía Méndez. Después de los primeros logros políticos, participaría en diferentes cargos durante la República Liberal, crearía transitoriamente un partido disidente al liberalismo e iría emergiendo como abogado y político con gran apoyo de sectores populares. En la década siguiente sus críticas a los jefes políticos de ambos partidos así como su oratoria incendiaria lo llevarían a liderar un movimiento popular sin antecedentes en el país. Cuando la situación de violencia partidista en el país estaba en ascenso, y cuando su llegada a la presidencia parecía algo inevitable, lo asesinan en pleno centro de Bogotá. A partir de ahí, la violencia se extendería por buena parte del territorio nacional con efectos de largo alcance que todavía hoy se dejan sentir.

A partir de esta breve ubicación biográfica de mis dos personajes de estudio –que se profundizará a lo largo de la investigación –, pretendo situar las relaciones entre ellos en dos niveles: por un lado, abordar la vida y obra de Osorio Lizarazo en un diálogo entre su

³La casa de vecindad (1930), El criminal (1935), Hombres sin presente (1938), Garabato (1939), El día del odio (1952), El pantano (1952) y El camino en la sombra (1965).

trayectoria como escritor, periodista y burócrata, y la función social que le atribuyó a su literatura en su identificación con la miseria y lo popular. Su trayectoria permite observar las posiciones donde se debatió y la ambigüedad que lo llevaba a depender de las relaciones con la política por un lado, y la presentación que hacía de sí mismo como un escritor subordinado pero fiel a una literatura de denuncia. Su medianía entre las elites y el pueblo sería indicador de la falta de autonomía del campo intelectual⁵ donde se ubicaba, así como de la precariedad de condiciones objetivas para hacer de la literatura un oficio⁶. El segundo nivel apunta a la posición de Osorio Lizarazo como intelectual en su identidad o diferencia con aspectos que Gaitán movilizó en su discurso y movimiento:

1) La visión del pueblo que se desprende de la temática que domina su crónica y su literatura: la miseria. En una comparación con la visión de Gaitán se destacan las diferencias y los valores que cada uno le atribuye a la presencia individual o colectiva que puede adoptar esa categoría tan evasiva del “pueblo”. Sin embargo, no es nada desechable ya que permite sugerir una identificación de parte del escritor manifiesta en los espacios y los personajes concretos con los que compartió buena parte de su formación intelectual; así mismo, permite observar las propiedades y acciones que le adjudica a la miseria como producto de la modernización de la ciudad así como estado latente que puede explotar socialmente. Por el lado de Gaitán, aparece el pueblo como construcción discursiva pero sobre todo como presencia histórica, nunca homogénea pero cada vez más física y moral, desde el poder de las masas hasta el papel del individuo en la sociedad.

Igualmente, en un mirada más individual y concentrada en las relaciones entre enfermedad, patología social y crimen, temas que tanto al escritor como al político interesaron, al uno por el tratamiento naturalista de la miseria, y al otro por su enfoque positivista del derecho y de la sociedad, la novela *El criminal* permite una comprensión de la enfermedad como tema literario así como motivo determinante del crimen, desde el planteamiento expuesto por Gaitán en su tesis presentada en Italia en 1927, *El criterio positivo de la premeditación*.

2) La exploración de la identidad de clase media presente en cada uno de ellos permite una mejor ubicación dentro de las condiciones objetivas donde se desarrollaron sus trayectorias: en Osorio Lizarazo siendo intelectual y empleado público la identificación es doble y como

⁵ Una falta de autonomía propia de sociedades periféricas que apenas se estaban modernizando: “(...) en sociedades periféricas semimodernas, como las latinoamericanas, no existía una profesionalización de los agentes de dicho dominio social, ni una autonomía en su producción simbólica, ni una segmentación de públicos. Concomitantemente, no se había desarrollado suficientemente el proceso de secularización social, ni instituciones democráticas, así fuese en una versión restringida de este tipo de organización socio-política” Jaime Eduardo Jaramillo, “Protocampo y campo intelectual en Latinoamérica: los intelectuales en la periferia”, en *Intelectuales y pensamiento social en Hispanoamérica (Tipos e hitos en la autonomía y en la creación de un campo social)*, p. 2

⁶ Felipe Vanderhuck destaca que más que un *campo intelectual* definido para la época de Osorio Lizarazo, lo que predominaba eran unos rasgos y unos mecanismos compartidos de ingreso y legitimación; la prensa y la burocracia serían los dos espacios “dependientes” donde se debatirían más que tomas de posiciones claras, experiencias singulares para el ejercicio intelectual. *La literatura como oficio: José Antonio Osorio Lizarazo, 1930-1946*, p. 42

evidencia de su propia construcción de clase está en su novela *Hombre sin presente*. Por su lado, Gaitán esgrimió el mérito individual y la capacidad por cambiar las actitudes y el comportamiento del pueblo como bases para su “restauración moral de la república”. En esa cruzada su noción de pueblo -y la división clasista que hizo de la sociedad colombiana que vivió- sería claramente heterogénea y no aludía a un solo sector de la sociedad: allí vendrían a reunirse trabajadores industriales, artesanos, pequeños comerciantes, campesinos, profesionales, empleados públicos, entre otros.

3) La amistad y relación política entre el escritor y el político: la campaña presidencial de Gaitán iniciada en 1944 convocó a un grupo de intelectuales y seguidores cercanos, dentro de quienes estaba Osorio Lizarazo. Su papel fue fundamental para crear y dirigir por algo más de un año el periódico gaitanista *Jornada*; sin embargo, las relaciones entre él y su jefe político tendrían serias fisuras después de que Gaitán se convirtiera en jefe único del liberalismo, desplazando en parte algunos de los sectores más radicalizados del movimiento. De esa coyuntura se deriva la crítica personal que le hace el escritor a Gaitán así como la percepción que tuvo en ese momento del gaitanismo, a través del artículo publicado en 1946 en *El Tiempo* “La aventura de un gaitanista” y luego en la biografía sobre el caudillo cuatro después de su muerte *Gaitán. Vida, muerte y permanente presencia*. Finalmente, la novela *El día del odio* aporta claves para entender cuál es el pasado literario que el escritor anticipa a la vorágine del 9 de abril. Allí se hacen explícitas algunas valoraciones del pueblo y ciertas críticas sociológicas –en parte parasitarias del relato-, la omnipresencia de la miseria y el significado de Gaitán para los personajes.

Retomando el análisis para el primer nivel, quiero seguir en este punto las indicaciones sociológicas para comprender la figura del autor dentro de las relaciones objetivas que determinan su posición en un campo intelectual: 1) su conciencia grupal, sea en su militancia, adhesión o identificación con un segmento de la sociedad, o en su función social; 2) las condiciones de existencia o de qué manera se gana la vida el escritor; y 3) el reconocimiento de los otros y sus iguales⁷. En este sentido, el autor deja de ser ese “individuo (que) aparece como un solitario perfecto (o como un perfecto solitario) sin nexos orgánicos con un todo social que lo precede y lo determina”⁸. El exceso biográfico lo denuncia Bourdieu como parte de la ideología romántica del genio cuya individualidad se pretende inefable y elusiva a toda objetivación. Sin embargo, pienso que la relación del autor con el campo intelectual donde se mueve no se reduce solamente a la posición o la toma de posición que asuma, en un ajuste estructural entre su *habitus* de clase y las posibilidades objetivas a las que se enfrentó⁹: considero que el diálogo entre vida y obra si bien no puede entenderse como vehículo directo ni transparente para develar sentidos en la

⁷ Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Literatura/Sociedad*, p. 116-117

⁸ Gilberto Loaiza Cano, “El recurso biográfico”, en Revista *Historia crítica*, No. 27, (Enero-Junio 2004) Universidad de los Andes, p. 234

⁹ Pierre Bourdieu, *Campo de poder, campo intelectual*, págs. 97-118

obra ni como un dato biográfico puro, sí puede aportar claves para entender las constantes y las elecciones que diferencian a un individuo de otro.

La condición de Osorio Lizarazo como escritor “asalariado” e intelectual subordinado le produjo sentimientos de frustración y resentimiento que también quiso exponer en su obra, y en muchas de sus novelas aparecen personajes como sus “otros yo” en un intento nunca acabado para dotar de coherencia el diálogo entre su vida y la obra. Esta constancia hizo parte de una imagen pública que quiso proyectar el escritor a lo largo de su vida en relación con sus contemporáneos, explicada en parte por su origen social así como por su formación intelectual, deviniendo en hipostasis en su obra porque, como él dice en una cita más adelante, pudo acceder a ciertos recursos para sortear su desgracia, pero los miserables que retrataba pocas veces los tenían. Su realismo como escritor es pesimista no solamente por su propia experiencia sino porque asume que su punto de vista es objetivo: “(...) para Osorio Lizarazo lo “objetivo” era “escribir lo que veía”, como lo hacían algunos personajes de sus novelas. “¿Pero quién ha dicho que yo soy un escritor?” “¿Por qué no he de tener yo impresiones de las cosas que ocurren a mi alrededor?”¹⁰

La indagación entre su trayectoria y las respuestas que tuvo en su obra tiene que aceptarse entonces como producto de la proyección de sí mismo en comparación con las condiciones objetivas que enfrentó así como con la visión que tenían los demás sobre él: “La vida de Osorio Lizarazo es una vida novelesca y novelada. Novelada por él mismo. Es quizá una vida un poco dura, pero tampoco ha sido una vida de crueles sufrimientos ni adversidades permanentes, como él se complace en presentarla a menudo”¹¹ De ahí que pueda sugerirse un exceso ideológico y personal que pueda identificarse solamente cuando observamos su entorno: “¿Es inconmensurable –entonces- el universo del autor plasmado en una novela? No desde la perspectiva de la historia, la sociología y la antropología. Sin embargo, su uso como fuente estará limitado por las condiciones específicas del campo literario. Por esto es preciso considerar como órdenes clasificatorios diferentes, con cierta autonomía, el autor y la obra literaria”¹²

Queriendo ser justos a esta autonomía, he preferido entender al autor como productor en la presentación de sí mismo, y su obra en los términos más activos de “(...) la proyección, la compensación, la represión, el desplazamiento y cosas de ese tenor”¹³. De ahí que considere más apropiado observar las relaciones objetivas inscritas en la obra no como emanaciones colectivas e ideológicas de su época y los discursos sociales, sino como *mediación* entre el autor y las condiciones que enfrentó: “Con el concepto de mediación suele tematizarse, en la sociología de la literatura, el hecho de que entre una obra, un conjunto de obras o la actividad literaria misma, por una parte, y la estructura social global, por otra, no se

¹⁰ Óscar Iván Calvo, *Las biografías de nadie. José Antonio Osorio Lizarazo (1900-1964)*, p. 50

¹¹ Gustavo Samper, *Acción Liberal*, Bogotá, no. 9 (abril-may, 1939), citado en *Novelas y crónicas*, Mutis Durán (ed.), p. XXVIII

¹² Óscar Iván Calvo, *Op. Cit.*, p. 55

¹³ Fredric Jameson, *Documentos de cultura, documentos de barbarie*, p. 37

establece un vínculo directo y continuo, sino que se ligan entre sí a través de instancias "mediadoras" que funcionan a la vez como nexo y como distancia"¹⁴ En síntesis, si bien la obra no es reflejo directo ni nada parecido de la vida del autor, sí responde a una intención por mantener esa coherencia. Más allá de la ilusión autobiográfica, lo importante es señalar que la obra no es producto pasivo de una situación dada sino un intento por validar unas condiciones que se viven como ineludibles o por superarlas; cuando Osorio Lizarazo llama a un despertar de la conciencia en su novelas, no podemos saber de qué manera concreta pueda suceder, pero sí que el pesimismo que juzga inalterable en la sociedad que retrata no es más que su punto de vista, ostensible a medida que reafirma en sus ensayos de teoría literaria la función social de su literatura. Por eso me parece pertinente entender *ese* pesimismo como constante biográfica y literaria. De ahí también que su trayectoria como intelectual pueda acercarse al gaitanismo por contraste: si el escritor juzga como inalterable la injusticia y la miseria, lo hace como denuncia pero manteniendo reprimidos o no pudiendo ver los mecanismos para cambiar la situación¹⁵; por su lado, Gaitán si bien alude también a la miseria del pueblo, lo hace para restituirle la confianza en sí mismo y alentar un cambio social. La relación con el gaitanismo no es causal ni nada parecido, porque las mediaciones las busco primero entre la vida y obra de Osorio Lizarazo para luego compararlas con la apuesta política que significa el movimiento político de Gaitán. Por eso los dos niveles de análisis, para darle autonomía a la literatura y a la política aunque refiriéndose al pueblo, al personaje literario en un lado y al sujeto histórico por otro. Igual no agoto las relaciones en el nivel textual sino que abordo la interpretación personal de Osorio Lizarazo sobre el caudillo para entender su propia trayectoria como intelectual oscilante en sus identificaciones políticas así como en su papel dentro del movimiento político.

Una vez expuesto el conjunto de relaciones por establecer entre mis dos personajes de estudio, quisiera presentar brevemente la estructuración de los dos niveles de análisis en los capítulos desarrollados:

En el primer capítulo ubico a Osorio Lizarazo y Gaitán con respecto a la que generación intelectual donde se formaron; el futuro escritor iniciándose en el periodismo y acercándose al mundo urbano y los sujetos populares que definieron su vida doméstica y laboral. Le serviría para consagrarse como cronista de la miseria urbana, identificarse con cierto grupo social y anticipar una literatura realista y de denuncia. Por su lado, el futuro político definiendo una posición más del lado de los hechos que de la especulación literaria que tanto agradó a sus contemporáneos; unos primeros pasos entregado a la disciplina en el estudio, participando en campañas de divulgación cultural, esbozando las primeras convicciones políticas y haciendo del mérito las bases para su futura cruzada moral. Este

¹⁴ Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Conceptos de sociología literaria*, p. 63

¹⁵ Fredric Jameson alude a esto cuando se pasa de la *contradicción* social a la *antinomía* en el lenguaje; de aquello que se vive como irresoluble en la práctica se pasa a una condición textual insuperable en términos lógicos. Ver *Op. Cit.*, p. 67

contexto intelectual ayuda a comprender futuras decisiones en ambos y perfilar sus posiciones con respecto a una generación que después podría acceder a lugares de poder y representación.

En el segundo capítulo me concentro en la relación entre vida y obra de Osorio Lizarazo, destacando la influencia de la experiencia personal como estímulo para la consagración a una temática: la miseria urbana. Allí aparecen los sujetos que servirán como protagonistas de su crónica así como de sus novelas. Igualmente, la relación del escritor con su contexto, particularmente la burocracia y el periodismo, como determinantes de su trayectoria intelectual. De esta última relación se destaca el pesimismo como sentimiento generalizado con respecto al anhelo de ganarse la vida como escritor, definiendo una constante en su vida y en su obra: la imposibilidad de vivir por fuera de los determinantes sociales y ambientales. Por su parte, aparece la visión del pueblo que construiría Gaitán y los efectos que tuvo su trayectoria personal para provocar una ampliación del espacio público y otorgar transitoriamente una presencia histórica a quienes permanecían excluidos de la práctica de la política. La utilidad de este capítulo es observar las cercanía y distancia entre la mirada de la miseria del pueblo que dominó la obra de Osorio Lizarazo, y la posibilidad de un cambio social que representó el movimiento popular liderado por Gaitán.

En el tercer y último capítulo, me concentro en las novelas y la biografía que escribió Osorio Lizarazo sobre el caudillo. En su orden, *El criminal* permite una lectura de la enfermedad como experiencia biográfica así como elemento perturbador en la psicología del protagonista; la relación entre patología social y crimen sugiere diferentes constantes en el papel que le otorga el escritor a las condiciones sociales y ambientales sobre el individuo. A su vez, la lectura de la tesis presentada en Italia bajo la tutela de su maestro Enrico Ferri, *El criterio positivo de la premeditación*, permite observar la personalidad y los motivos determinantes del crimen en una línea de pensamiento que también otorga a la psicología y la sociedad criterios objetivos para delimitar su causalidad. Con la siguiente novela, *Hombres sin presente*, realizo una interpretación de la visión que tuvo Osorio Lizarazo sobre la experiencia de la burocracia y su identificación de la clase media. Igualmente, la identificación histórica de este grupo social con el movimiento y discurso gaitanista, para observar de nuevo cercanías y distancias entre una mirada personal y una experiencia histórica. Finalmente, la biografía y la novela *El día del odio*, son los dos textos que más claramente discurren sobre aspectos del gaitanismo: en la biografía se presenta una interpretación personal del movimiento político, la historia reciente del país así como de otros políticos que tuvieron relación con el escritor. Adicionalmente, podemos conocer la participación que tuvo Osorio Lizarazo dentro del gaitanismo así como su posterior distanciamiento. En la novela, entre tanto, se observa de nuevo la miseria como realidad ineludible de los personajes pero con la novedad de la explosión social producto del Bogotazo, develando el destino transformador pero también trágico del pueblo.

1. Intelectuales y generación: los años de formación

La generación de Osorio Lizarazo y Gaitán nació con el siglo XX. Su principal característica dentro de la historia política e intelectual del país residió en su papel contestatario frente al mundo de relaciones establecidas que se encontraron, y sobre todo por ubicarse en un momento de transición y efervescencia, producto de la crisis de civilización derivada de la primera guerra así como de los cambios sociales que venían presentándose en el mundo con la revolución bolchevique, la revolución mexicana y el avance del fascismo en Europa. Usualmente se le conoce como la generación de “Los Nuevos” y abrigó en su seno tendencias jóvenes provenientes de provincia y de sectores medios que empezaban a pugnar por un lugar en la sociedad; igualmente, reunió tendencias de izquierda como de derecha, destacándose dentro de esta última la agrupación conocida como “Los Leopardos”. Su lugar común en un inicio remitía a su semejanza generacional y la toma de postura frente a sus padres y maestros, por lo cual encontramos en los primeros años de la década del veinte compartiendo iniciativas y tertulia a personajes tan disimiles como Germán Arciniegas, León de Greiff, Luís Tejada, Luís Vidales, Rafael Maya, los hermanos Lleras Camargo, junto a otros como Silvio Villegas, Augusto Ramírez Moreno o Eliseo Arango.

La sensación de novedad era reforzada por los avances y apariciones tecnológicas que remozaron la vida cotidiana de las ciudades y la retícula sensible de los artistas e intelectuales: “(...) la consolidación del tren, la llegada del automóvil, los primeros ensayos de aviación, la expansión del teléfono y del cinematógrafo; las conquistas del cielo y de la velocidad que iban a distinguir la modernización metálica de siglo XX”¹⁶ Sus formas de sociabilidad tuvieron en las salas de redacción, los cafés, la calle y las tabernas lugares predilectos para declarar su intención de renovar la política y las letras nacionales. Se proclamaban como los hijos rebeldes frente a la generación del Centenario, que había tenido en la fecha de celebración del primer siglo del nacimiento de la república el motivo para asentarse como hombres públicos garantes de los valores civilistas y democráticos, después de haber dejado atrás los fragores y las disputas de las guerras civiles.

Entre quienes formaron parte de esta generación tan diversa -que estaría marcada por la guerra de los Mil Días, la dictadura de Reyes y la pérdida de Panamá-, se destacaron figuras prominentes en diversos campos del saber y de acción, como los futuros presidentes liberales Eduardo Santos, quien en 1914 había adquirido la propiedad del periódico *El Tiempo*, Alfonso López Pumarejo y Enrique Olaya Herrera; igualmente, Baldomero Sanín Cano, Armando Solano, Luís Cano, Alfonso Villegas Restrepo, Carlos E. Restrepo, los hermanos Agustín y Luís Eduardo Nieto Calderón, así como en el otro espectro político

¹⁶ Gilberto Loaiza Cano, “Intelectuales y vida pública a comienzos del siglo XX”, en *60 años del 9 de abril*, César Augusto Ayala (ed.), p. 20

Laureano Gómez, entre otros. El intento en la segunda década del siglo por atemperar los ánimos partidistas había suscitado el apego al republicanismo y el respeto de las instituciones sobre las diferencias ideológicas. Más adelante esta actitud sería vista por la nueva generación como la renuncia a los viejos ideales en favor de la mesura y la oportunidad para irrumpir como renovadores; el propio Arciniegas se referiría a ellos como “los artistas del bombo mutuo” y los “consagrados cuando viejos”. Me voy a permitir una digresión para contextualizar el orden social frente al cual estas dos generaciones vienen a disputar diferentes valores, y que explica en parte el enfrentamiento entre ellas.

El largo periodo que duró la Hegemonía Conservadora (1886-1930) había otorgado gran poder a la Iglesia en el manejo de la educación y en el recato de las costumbres civiles y morales; la generación del centenario había surgido en oposición al dominio que tuvo durante la mayoría del siglo XIX el caudillo militar que alternaba el oficio de la guerra con el de la pluma. La formación clásica y elitista de los intelectuales-políticos que manejaban el Estado combinaba en sus labores la redacción de constituciones con los manuales de urbanidad; la versatilidad concentraba en pocos hombres investidos como los destinados a manejar la nación una preeminencia en diferentes aspectos de la sociedad: “Los cuadros de costumbres, los reglamentos, las constituciones políticas, los textos escolares, los manuales de economía doméstica, de urbanidad, del buen amor, hacen parte de un extenso espectro de funciones normatizadoras plasmadas por una poligrafía casi compulsiva que fijaba los linderos que separaban el comportamiento presuntamente civilizado del presuntamente bárbaro”¹⁷

Los dirigentes políticos del siglo XIX eran producto de una compleja identidad divorciada entre un orden colonial relativamente extinto y una población de negros, indios y mestizos de la cual ellos no se reconocían fácilmente como integrantes; su distinción provenía del origen familiar así como del manejo correcto del idioma y de las formas jurídicas, llegando a ser representantes de “La soberanía de la razón que desplazó a la soberanía del pueblo”¹⁸ Al final del siglo estos valores todavía eran hegemónicos; la formación clásica basada en los estudios grecolatinos, la gramática y la filología tendrían en Miguel Antonio Caro su más fidedigno exponente, quien al tiempo que traducía a Virgilio y escribía odas en latín, redactó íntegramente la Constitución de 1886, baluarte del gobierno conservador en las próximas décadas. En ese tiempo ya se conocía eufemísticamente a Bogotá como la “Atenas suramericana” gracias a los comentarios de diplomáticos extranjeros como Miguel Cané o de hombres de letras como Marcelino Menéndez Pelayo, asombrados del conocimiento de los eruditos bogotanos que permanecían emplazados en una fría sabana trepada en los Andes. El propio Caro pese a su proteico desempeño como hombre político y

¹⁷ Gilberto Loaiza Cano, “Los intelectuales y la historia política en Colombia”, en *La historia política HOY: sus métodos y las ciencias sociales*, César Augusto Ayala (ed.), p. 80

¹⁸ *Ibid.*, p. 81

de letras no saldría jamás de la sabana y menos conocería el mar. En sus diarios de viaje, Cané se mostraba sorprendido además por el contraste entre el aspecto de la ciudad y sus calles y el interior de muchas casas de familias de clase alta:

Llegaba al frente de una casa, de pobre y triste aspecto, en una calle mal empedrada por cuyo centro corre el eterno caño; salvado el dintel ¡qué transformación! Miraba aquel mobiliario lujoso, los espesos tapices, el piano de cola (...) y sobre todo, los inmensos espejos de lujosos marcos dorados, que tapizaban las paredes, y pensaba en el camino de Honda a Bogotá, en los indios portadores, en las cargas abandonadas en la montaña, bajo la intemperie, en los golpes a que estaban expuestos esos objetos tan frágiles¹⁹

La cita anterior destaca por la ironía de un piano de cola con sus piezas de marfil y ébano trastabillando al filo de una montaña mientras avanza al lomo de una recua de mulas con el encargo proveniente de Europa; tal era la distancia civilizadora entre el deseo de lujo y elegancia de unas pocas personas en la capital y las condiciones geográficas y de atraso del resto del país. A finales de siglo igualmente, las costumbres para disipar el tiempo libre, más allá del camino campestre, el chocolate santafereño y el viaje en el tranvía de mulas que administraba el señor Sanín Cano, se reducía a la reunión de los caballeros en el atrio de la catedral, donde las pocas noticias del mundo llegaban a veces para cortar la monotonía marcada por el repique de las campanas de la iglesia²⁰.

En esta ciudad finisecular, la vida pública estaba concentrada en pocos hombres, quienes ostentaban un conocimiento y una vida social alejados del resto del país; el aspecto de aldea colonial todavía caracterizaba sus fachadas y sus tejados, por encima de los cuales solo se destacaban las torres de las iglesias. El país era manejado desde la capital, donde las clases dirigentes se ufanaban de su condición civilizada de *cachacos*²¹, figura predominante del centralismo político y simbólico que solo bien entrado el siglo XX tendrá que ser revaluada como tipo nacional. En las siguientes décadas, la omnipotencia de los políticos y

¹⁹ Miguel Cané, "Los "cachacos", las mujeres y el altozano", en *El alma de Bogotá*, Nicolás Bayona Posada, p. 195

²⁰ Miguel Cané, comparando lo que es para los argentinos la calle Florida con algún sitio similar en Bogotá, habla del altozano, que no es más sino el altar de la iglesia que ocupa un costado de la plaza de Bolívar: "Allí por la mañana, tomando el sol, cuyo ardor mitiga la fresca atmósfera de la altura; por la tarde (...) todo cuanto la ciudad tiene de notable, en política, en letras o en posición, se reúne diariamente. La prensa, que es periódica, tiene poco alimento poco alimento para el reportaje en la vida regular y monótona de Bogotá; con frecuencia el Magdalena se ha regado en exceso, los vapores que traen la correspondencia se varan y se pasan dos o tres semanas sin tener noticias del mundo", *Ibid.*, p. 197

²¹ Algunas de las características encomiadas de los cachacos: "Chistes escogidos, ocurrencias afortunadas, elegancia en el vestir, maneras finas, aventuras galantes, calaveradas de buen tono (...) no todo hombre lo es, como muchos "ricos palurdos y provincianos imbéciles (...) sin "chispa y travesura no ha cachaco posible (...) dictador de los salones, príncipe de la moda y rey de la crítica (...) El cachaco bogotano es, pues, la esencia, el producto refinado del tipo colombiano", Ver Laureano García, "Los "cachacos" de Bogotá" *Ibid.*, p. 205

gramáticos vendrá a ser disputada por visiones y conocimientos más amplios en su mirada de la sociedad. Muchos centenaristas eran también abogados y médicos como sus predecesores, pero venían a sumarse a su cohorte pedagogos, ingenieros, banqueros y hombres de negocios y periodistas, mostrando una diversidad acompañada con las exigencias de modernizar la sociedad. La exigencia de saberes más prácticos se oponía a la formación meramente humanista y especulativa que había caracterizado a los hombres que fraguaron el orden conservador, mostrando el avance de miradas más racionalistas y positivistas para afrontar los problemas del país: “El ingeniero y el maestro de escuela son productos de una sintomática secularización de la cultura desde el último tercio del siglo XIX, y aparecen para cumplir variadas funciones: modeladores cívicos, modernizadores de la cultura, heraldos de nuevos códigos morales fundados en la racionalidad y la eficiencia”²²

Desde finales de siglo también venían apropiándose discursos y saberes procedentes de Europa que venían a relativizar la posición insular de las elites en las primeras décadas del siglo XX; el discurso médico concretado en la aplicación de la higiene, los métodos de observación y experimentación científica junto con avances en los modelos de la pedagogía²³, ayudaron a ir sentando las bases frente a problemas sociales como el crecimiento y densidad de la población, las condiciones de “inmovilidad y oscuridad” en que vivían grandes sectores sociales, que conllevaría a la transformación del espacio urbano y su fragmentación.

Para la década del veinte, tendría lugar en Bogotá entre médicos, políticos e intelectuales la “Polémica sobre la degeneración de la raza”²⁴, cuando la Asamblea de Estudiantes de Bogotá convocó a una serie de conferencias que aspiraba diagnosticar y brindar soluciones frente a los problemas que afectaban el desarrollo físico y moral del pueblo colombiano. Realidades como la falta de higiene, el desorden, la convivencia entre atavismos del comportamiento y patologías sociales²⁵, venían a renovar un pesimismo frente a la raza que desde el siglo XIX veía el mestizaje entre españoles, indios y negros como un infortunio.

²² Loaiza Cano, “Los intelectuales y la historia política en Colombia”, *Op. Cit.*, p. 87

²³ Calvo Isaza llama la atención sobre “el desplazamiento de la urbanidad señorial por los planteamientos de la higiene corporal”, ver “La quiebra de Atenas suramericana”, *Las biografías de nadie. José Antonio Osorio Lizarazo (1900-1964)*, p. 19.

²⁴ “Fue la primera manifestación conjunta que hicieron las nuevas disciplinas para dar respuesta al país a un interrogante relacionado con la enorme insatisfacción y preocupación que significaban para la ciencia y el humanismo un estado de salud física y mental que podría calificarse de calamitoso y que se alzaba como barrera infranqueable entre la pobreza, la desdicha y el atraso de un lado, y la riqueza, el desarrollo, la civilización y la felicidad del otro”, Sandra Pedraza citada por Pedro Adrián Zuluaga, *Literatura, enfermedad y poder en Colombia: 1896-1935*, p. 97

²⁵ Miguel Jiménez López, conspicuo representante del pesimismo racial de la época, resumía así el panorama: “Puesto que estoy tratando de la degeneración moral que nos invade, cabe aquí enumerar todos aquellos síntomas sociales que tocan en los lindes de lo patológico. (...) Todas las formas de decadencia social propia de los grandes centros: el sectario, el fanático, el agitador profesional, las formas elegantes de la estafa: como el caballero de industria, el parásito; el político amoral; la prostitución secreta y refinada, la criminalidad precoz, la prostitución infantil, las toxicomanías, las perversiones sexuales”. Ver *La actual desviación de la cultura humana*, p. 30

La raza quedaba imbricada a la hora de juzgar las soluciones: unas defendiendo la inmigración según los caracteres regionales, y otros más correctivos con la instrucción de la higiene y la moral públicas para recomponer el destino del país. Los males de la raza si bien tenían su raíz fenotípica e higienista, también venían a amancebarse con el vicio y la patología social: la chicha. Calvo Isaza describe de manera detallada y circular la batalla contra el “jarabe de flor venenosa” por parte de las elites conservadoras y liberales; también cómo la chicha sirvió de caballito de batalla para atemperar las costumbres y el uso del tiempo libre de los sectores populares urbanos²⁶. Si bien algunos activistas del debate abogaban por un cruzamiento con razas “superiores”, en general las soluciones apuntaban más hacia alternativas correctivas y reformas sociales. El pesimismo racial fue cuestionado por miradas más progresistas que miraban en la educación y la divulgación de conocimientos el camino para introducir dentro de los valores de la vida moderna sectores de la población que se reproducían en la ignorancia y la inmovilidad.

Volviendo a la situación urbana, desde la década del diez se construyen barrios obreros y se van higienizando muchos de los espacios predilectos para la sociabilidad de trabajadores, obreros, artesanos, campesinos. Las chicherías fueron ganando fama como lugares propicios para el contubernio y la promiscuidad de vicios y malas conductas. De una chichería salieron los dos artesanos tristemente célebres que dieron muerte a Rafael Uribe Uribe, general decimonónico y representante del liberalismo radical que venía defendiendo consignas antialcohólicas y temperantes. Igualmente, fueron objeto de legislación y control por parte del gobierno de la ciudad así como por disposiciones de otros poderes; desde los veinte hasta 1948, cuando finalmente se elimina la venta y consumo de chicha entre las clases trabajadoras²⁷, la lucha por su control o erradicación sirvió como pretexto para implementar políticas públicas que adecuaran a las poblaciones urbanas que vivían en condiciones ruines hacia poblaciones productivas y sanas. Las viviendas hacinadas eran físicos focos de infección en plena época donde los miasmas y epidemias contaminaban la imaginaria científica de los médicos e ingenieros sociales que relacionaban la localización de la enfermedad en el cuerpo social con la amenaza que contagiara al resto de la población. Por eso el miedo a que estuvieran arriba del centro de la ciudad, símbolo del poder y la tradición familiar, del orden social y las divisiones sociales:

Fue la teoría de la carencia de movimiento, expresada en la acumulación de cuerpos en estado de putrefacción, aquello que inspiraba los discursos de higienistas e intelectuales, planteando un continuo entre el viento y el agua contaminados, y la degeneración de la raza. De tal manera, el aparente estancamiento fisiológico y moral del pueblo, y la fermentación generada al

²⁶ Oscar Iván Calvo Isaza y Marta Saade, *La ciudad en cuarentena. Chicha, patología social y profilaxis*

²⁷ La estrategia para la erradicación del consumo de la chicha estuvo acompañada como se dijo, de las campañas higiénicas y temperantes, junto con la creciente exacción de impuestos así como con el reemplazo de su peso en las rentas departamentales a medida que la cerveza iba posicionándose como el producto alcohólico más consumido y su industria crecía.

interior de sus moradas a causa de la llamada “promiscuidad”, como antítesis de la higiene y la moral, fueron planteados como las causas de la enfermedad y el peligro inminente de contaminación para los organismos sanos²⁸

Frente a este panorama, “Era necesario, pues, implementar reformas sociales en el país y ello implicaba criticar el pesimismo racial de Jiménez López-compartido en ciertos aspectos por López de Mesa-, delimitando el campo de acción de la ciencia y del gobierno a los factores externos que alteraban las funciones normales de los organismos dentro de la sociedad: se explicita así un claro desplazamiento de la observación, experimentación y tratamiento acerca de la dotación biológica de los individuos hacia el estudio y la intervención sobre las condiciones del ambiente y los comportamientos que restringían el desarrollo de los sujetos”²⁹. En consecuencia, ya no bastaba con redimir la raza o rehabilitarla biológicamente con el influjo foráneo; se volvía imperativo insertar a la población urbana dentro de mandamientos y conductas que aseguraran una progresiva asimilación dentro de la sociedad y así instituir la “paz social”.

Este debate influiría de manera categórica en los cambios ideológicos de la generación de Osorio Lizarazo y Gaitán, porque delimitaban las acciones que desde el Estado debían ejercerse para intervenir el “cuerpo social” e incorporar a los sectores populares dentro de los ideales de progreso y modernización; de igual manera, reforzó creencias en el determinismo que tiene el medio sobre el individuo, bien fuera desde el pesimismo racial o el reformismo social.

Con respecto a los efectos del entorno sobre el individuo, ya no en sus efectos políticos y colectivos, sino en la mentalidad creativa, Calvo Isaza llama la atención de manera aguda sobre el “caso Silva” que vendrá en los años veinte a recobrar importancia, como si se tratara de un “cadáver insepulto” que no deja de pesar sobre las cabezas de los vivos y que hasta nuestros días sigue despertando misterio. Junto con los problemas sociales y sus connotaciones raciales y ambientales que ayuda a ir configurando un lenguaje de intervención sobre el cuerpo social, el caso de José Asunción Silva mostraba a su manera el combate entre el medio y el individuo³⁰; de la mano de su amigo Sanín Cano a través de la crítica literaria -como apertura en el campo literario de la época-, el suicidio del poeta dejará de ser considerado un caso clínico de un extraviado y un desequilibrado, para llegar a la conclusión de que Bogotá llevaba a la locura y que su singularidad y exquisitez no encontraban en la Atenas suramericana sino un medio “opaco y mediocre”. Justamente el poeta había buscado con sus costumbres refinadas y sus lecturas del parnasianismo y del simbolismo francés, escaparse del clasicismo de Caro, de las críticas de sus contemporáneos, las deudas y de la monotonía de una ciudad donde tardaba media hora

²⁸ Ócar Iván Calvo Isaza y Marta Saade, *Op. Cit.*, p. 63.

²⁹ *Ibid.* p. 67.

³⁰ Calvo Isaza, “La quiebra de Atenas suramericana”, *Op. Cit.*, págs. 19-36

desde su casa en La Candelaria hasta la estación del tranvía de mulas en Chapinero. Como dice Germán Arciniegas: “En una Bogotá que era como la vivió José Asunción, la rebelión suya sudaba sangre”³¹.

Una Bogotá no muy distinta se encontrarían a inicios de la segunda década del siglo XX muchos de los jóvenes intelectuales que llegaron a la ciudad huyendo de la mansedumbre de sus pueblos³², aunque se respiraba un clima ideológico que alentaba por el cambio; ya no se excomulgaba a diestra y siniestra y se censuraban periódicos con tanta dureza ni esto acarrearía el exilio. La ciudad apenas despertaba a la modernidad: “La vida bogotana transcurría en la Carrera Séptima, llamada en ese entonces pomposamente “Calle Real”, una pequeña y modesta vía que se extendía entre la Plaza de Bolívar y la Plaza de Santander. La composición social tampoco presentaba novedades significativas: los artesanos, los religiosos, los comerciantes y empleados constituían los principales grupos urbanos”³³ Para 1910 la ciudad contaba con algo más de cien mil habitantes y la luz eléctrica hacía su aparición con la inauguración del Parque de la Independencia; los servicios públicos empezaban a extenderse en algunos barrios y las entretenimientos para las clases media y alta se reducían al teatro, la radio y el cinematógrafo, y para las clases populares al boxeo y las corridas de toros.

Los jóvenes intelectuales aparecían ahora esgrimiendo su propio lugar en contra de una sociedad pacata, conservadora y apegada a las buenas maneras³⁴; igualmente, la autonomía del artista refrendada por la asimilación de Silva los impulsaba al desacato y a la autoafirmación; en contra del hispanismo y la monotonía de los ritmos y las figuras del lenguaje, acudían al cosmopolitismo y a las vanguardias europeas. Es preciso añadir que no solo las veleidades vanguardistas sirvieron para salir del tedio bogotano y del pasatismo en la literatura, porque a partir de ahí vendrían serios desafíos para expandir la imaginación y la sensibilidad creadoras más allá de la capital: “Romper el hielo del boato bogotano, iluminar la ciudad de la Santa Fe, despertar los sentidos de una Atenas ciega y sorda, atraer la brisa cálida del Caribe para disolver los nubarrones de los Andes, será la odisea colombiana del siglo XX que narraron César Uribe Piedrahita, Eduardo Zalamea Borda y Germán Arciniegas, como más tarde Gabriel García Márquez y Álvaro Mutis”³⁵ En esa

³¹ Germán Arciniegas, “Silva nocturno”, en José Asunción Silva, *Obra completa*, Héctor Orjuela (coord.) p. XLIV

³² “Cuando se llega de una oscura provincia, sin que se haya desvanecido aún de las pupilas el dulce y callado paisaje del pueblecito natal, con su torre, su plaza, sus dos callejuelas ateridas y solitarias, cuando se llega por primera vez a esta prodigiosa Meca de ilusiones juveniles admírase uno desmesuradamente ante el tumultuoso ajeteo de la Carrera Séptima” Luís Tejada, *El Espectador*, 25 de febrero de 1918, citado por Ricardo Arias, *Los Leopardos: una historia intelectual de los años 1920*, p. 11

³³ Ricardo Arias, *Ibíd.*, p. 12

³⁴ Se pueden reconocer como críticos adelantados frente al tono solemne y escolástico de los regeneracionistas, los casos de Juan de Dios Uribe (1859-1900) en “el periodismo panfletario”, Vargas Vila (1863-1930) en “el libelo y la novela” y Clímaco Soto Borda (1870-1919) con “la sátira y la narrativa”. Ver Hilda Soledad Pachón, *Los intelectuales colombianos en los años veinte: el caso de José Eustacio Rivera*, p. 37

³⁵ Óscar Iván Calvo, *Op. Cit.*, p. 21-22

década aparecerían obras indicativas del ingreso de las letras nacionales a la modernidad: *De sobremesa* (1925) de Silva, que había permanecido treinta años en la penumbra, *La vorágine* (1924) de José Eustacio Rivera, *Libro de crónicas* (1924) de Luís Tejada, y *Suenan timbres* (1926) de Luís Vidales.

La pedantería cultural, la ostentación de nuevas lecturas y autores desconocidos, el alarde retórico, la declamación profusa y el ambiente de cofradía fueron reuniendo a la nueva generación en escenarios donde la conversación sobre política y cultura eran remozadas bajo el humo de las pipas y los sorbos de licor. La importancia de los cafés como lugares de reunión y sobre todo el Windsor - cuyo dueño era Luis Eduardo Nieto Caballero y estaba “situado en los bajos del Hotel Franklyn, en la calle 13 N° 7-14”, donde vivió un tiempo Benjamín Herrera -, permitían la entrada en escena de estos jóvenes que eran mirados con suspicacia y hasta con burla por su grandilocuencia y aspecto desaliñado por los demás concurrentes en sus mesas:

En ese pequeño trozo de Bogotá, en el corazón de lo que fue para nosotros la ciudad, aparecieron, como borradas entre el humo que hacía casi irrespirable la atmósfera, toda la poesía, el chisme y la crónica en que se ambientaba la política y nacía la nueva poesía de la Colombia de entonces [...] Todo el primer mamotreto de las tergiversaciones de Leo Le Gris [León de Greiff], lo conocimos nosotros en el Windsor. Toda la poesía de Castañeda Aragón [poeta samario]. Todas las crónicas de Luis Tejada [...]. En el Windsor oíamos sonetos y sabíamos los enredos del partido liberal³⁶

La vestimenta extravagante hizo parte del repertorio de este grupo de jóvenes, desafiando a los caballeros bogotanos con sus trajes de paño, sombreros de hongo, clavel en la solapa y sus paraguas; Tejada siempre andaba con una pipa y con trajes prestados; De Greiff diría a propósito que porque lo ven con pipa y melenudo dicen que es poeta; incluso Gaitán –que visitaba a veces el Windsor, aunque hablaba pocas veces de algo que no fuera política-, vestía una amplia capa española francamente desentonada. El estilo disonante y provocador de estos jóvenes contrastaba con el recato de las costumbres de una ciudad taciturna: “Los universitarios de esa época trajimos a Bogotá ruido nervioso de tierra caliente, y sobre el silencio de la ciudad monástica resucitamos el estrépito andaluz de las serenatas y el atrevimiento de amores castos o disolutos, y sobre la mansedumbre y la impersonalidad mental de las costumbres políticas, aclimatamos la pendencia de las ideas, el estallido de vocablos hombrunos”³⁷ La bohemia intelectual se volvió el ámbito natural para una serie de conductas que pretendían burlarse de la medida y comportamiento del burgués, por lo cual privilegiaban el desarreglo de su semblante, el consumo de alcohol, la huida a los arrabales de la ciudad en busca de aventura, las compañías sediciosas y el trasnocho como antítesis de una vida normal: “Esta generación dejó un colorido anecdotario de desplantes

³⁶ Germán Arciniegas, “El Windsor”, 28 de marzo de 1996, *El Tiempo*, citado por Ricardo Arias, *Op. Cit.*, p. 35

³⁷ José Camacho Carreño, *El último leopardo*, p. 69 citado por Ricardo Arias, *Ibid.*, p. 46

bohemitos, de conductas cínicas, de pequeños escándalos que perturbaron el estiramiento de la época. Dormir en confesionarios, libar en cementerios, sumergirse en prostíbulos e, incluso, la decisión extrema del suicidio, todo eso hizo parte de un repertorio de comportamientos cínicos”³⁸

Entre ellos se destacaría Luís Tejada por su ingenio y su precocidad; mientras por doquier se levantaban relojes, cálculos y negocios para la vida diligente y productiva, desde muy temprano cultivaría una crónica atenta a los pequeños detalles en oposición a los grandes asuntos de la economía o la política; en vez de la seriedad del editorial, Tejada optó por el recurso de la paradoja y el espíritu de contradicción para “perder el tiempo” en meditaciones “extravagantes iluminadas por el juego, el humor y el capricho”³⁹ Como fue usual en su generación, muchos de ellos empezaron en el periodismo su incursión como intelectuales; a veces sin ganarse una remuneración por sus primeras publicaciones, calmarían sus ganas de empezar a escribir y divulgar sus ideas. Dentro del espectro ideológico por el que se movían, empezaron a ser referencias Charles Maurras y su Acción Francesa para los jóvenes conservadores, así como Lenin - Lenine se le conocía al inicio de la década por la influencia de las traducciones francesas - del lado de los liberales que empezaban a coquetear con ideas socialistas.

En 1922 sirvió como plataforma para la nueva generación el grupo *Los Arquilókidas*, donde coincidían muchos de los nuevos con los leopardos; tenía como antecedentes al grupo *Los Panidas* de Medellín en 1915 donde estuvo León de Greiff, y la revista *Voces*⁴⁰ de Barranquilla en 1917 con “el sabio catalán” Ramón Vineys dentro de su equipo. Fueron momentos coyunturales de unión donde pudieron actuar como grupo, fuera publicando de manera autónoma o dentro de algún periódico que les prestaba el espacio. Aquellos jóvenes en Bogotá tendrían la oportunidad fugaz pero elocuente en el periódico *La República* del centenarista Alfonso Villegas Restrepo. Allí hicieron su presentación y empezaron a despotricar contra las “normas estéticas”, “el buen gusto” y la “opinión pública”; le dirigieron cartas a la Academia de la Lengua y de Bellas Artes exigiéndoles a los “ilustres anónimos” que ocupaban sus puestos renunciar a fuerza de ser “empalados y crucificados”⁴¹ Después de las primeras publicaciones, donde criticaban incluso a Villegas Restrepo, las críticas desde otros periódicos no se hicieron esperar hasta finalmente hacerlos desistir de su iniciativa. Agustín Nieto Caballero diría al respecto: “Varios jóvenes inteligentes todos ellos, pero extraviados en su criterios moral por lecturas desordenadas y demasiado copiosas para sus cortos años, pretendieron desde las columnas de *La República* derribar todos nuestros valores espirituales”⁴² Finalmente, la censura generalizada hizo desviar sus cáusticos comentarios y dispersarlos momentáneamente.

³⁸ Gilberto Loaiza Cano, “Intelectuales y vida pública a comienzos del siglo XX”, en *Op. Cit.*, p. 24

³⁹ Gilberto Loaiza Cano, *Luís Tejada y la lucha por una nueva cultura*, p. 94

⁴⁰ Para ampliar información sobre esta revista, Ramón Illan Bacca, *Escribir en Barranquilla*, Ediciones Uninorte, 1998.

⁴¹ Gilberto Loaiza Cano, *Ibid.*, p. 140

⁴² Agustín Nieto Caballero, julio 9 de 1922, *El Tiempo*, citado por Loaiza Cano, *Ibid.*, p. 142

En 1925 aparecería la revista *Los Nuevos* para relanzar la voluntad generacional a manera de manifiesto donde definían los valores a los cuales el intelectual debía aspirar: sinceridad en cada cosa que escriba, una singularidad que se exprese a ultranza y una coherencia entre la expresión y el comportamiento. Lastimosamente el proyecto no alcanzó más de cinco números, confirmando la dificultad de costos y mantenimiento de toda empresa editorial que se intentara por fuera de los diarios consagrados, como eran *El Tiempo* y *El Espectador*. Lo mismo sucedió con *Universidad*, la revista que dirigía Germán Arciniegas desde 1921 como órgano de expresión del naciente movimiento estudiantil en el país y que tenía directa inspiración en la reforma de Córdoba de 1918. La revista tuvo que cerrar después de un año y cuando pudo regresar en 1928 amenazaría las finanzas familiares del director, por lo cual volvería al silencio. *La República* también vendría a sumarse a las clausuras en 1926, cinco años después de su aparición. La capacidad para solventar el trabajo intelectual tenía serias dificultades en el periodismo, lo cual incidía directamente en las posibilidades de independencia e iniciativa.

Desde las tempranas reuniones en el Windsor, se había estado creando un grupúsculo comunista bajo la tutela de un fugitivo del ejército ruso, Silvestre Savitsky, que luego llevaría las reuniones a su casa donde funcionaba una tintorería; dentro de los jóvenes que siguieron sus pasos estaban Luís Tejada, José Mar, Moisés Prieto, Gabriel Turbay, Diego Mejía, Alejandro Vallejo y Alberto Lleras Camargo. Junto a ellos también compartiría tertulia Osorio Lizarazo, quien un poco antes en Manizales había intentado un socialismo puramente intuitivo en un modesto periódico, *El Reivindicador*. Junto al ruso leían los textos que llegaban al país de Marx, amenizando sus reuniones “(...) con auténtico vodka, infernal aguardiente que les destrozaba el estómago. Luís Tejada y Osorio Lizarazo, cubiertos de ruanas, se marchaban al Paseo Bolívar, y después de comprar en una tenduchada dos “Cabritos”, la cerveza más barata, instalaban cátedra de comunismo. Los obreros obsequiados con aguardiente, escuchaban con atención, pero su entusiasmo no iba más allá del calor producido por las copas”⁴³ Los acercamientos de Osorio Lizarazo con el círculo comunista de Savitsky le permitirían compartir ideas y espacios con miembros de su generación; sin embargo, por su origen social y su oficio de cronista, su sociabilidad intelectual en los años veinte estuvo más cerca de los grupos de artesanos donde se crearían después los primeros sindicatos, mezcla de radicalismo liberal, anarquismo, socialismo y espiritismo, indicando una sociabilidad más plebeya y alejada de los círculos vanguardistas que tanto gustaban a su generación.

En 1922, Benjamín Herrera impulsa una corriente disidente del liberalismo civilista- donde estaban quienes en la siguiente década llegarían al poder-, para lo cual encarga a Luís Tejada y José Mar la creación del periódico *El Sol*; pese a que el periódico no dura mucho

⁴³ Jorge Moreno Clavijo, “José Antonio Osorio Lizarazo”, *Cromos*, Bogotá, vol. LVII, no. 4, (23 de sept. 1944), p. 8-9

sería una oportunidad para fortalecer el giro que después darán los dos hacia el socialismo. Allí también colaboraría Osorio Lizarazo aunque no aparecería ningún artículo publicado con su nombre; hay que esperar hasta el siguiente año en el periódico *Gil Blas* que dirigía Delio Seravile, para que su nombre aparezca al lado de unos poemas ultraimaginistas, acaso la única prueba del vuelo vanguardista que se permitió en su carrera. En este periódico así como después en *Mundo al Día* (1924-1929), “Osorio Lizarazo aprenderá las artes del periodismo de la mano del viejo Seravile, su maestro, quien le abrirá las puertas a los medios de información y le convencerá de la necesidad de tener un nombre como escritor –convertirse en autor –para ganarse la vida”⁴⁴

A partir de sus primeras incursiones como cronista, Osorio Lizarazo visitó los bajos fondos bogotanos que tanto definirán su obra narrativa en los años venideros: “En el periodismo continuó su periplo por el mundo de los vencidos, se acercó de manera directa al problema de la delincuencia urbana y las instituciones punitivas del Estado y recorrió los mismos espacios de la ciudad innominada donde trascurría su vida bohemia y doméstica”⁴⁵. También conocería muchos de los personajes que como Seravile serían sus maestros así como precursores de luchas sociales en las primeras décadas del siglo XX; personajes que seguirán poblando sus crónicas e incluso inspirando personajes de sus novelas sociales.

Con ellos compartiría noches de bohemia tabernaria, cuando aún quedaban rezagos de la Gruta Simbólica, grupo de poetas formado a inicios de siglo y entre quienes se encontraban Clímaco Soto Borda, el mismo Seravile⁴⁶, Álvarez Henao, Luís María Mora, Efraín de la Cruz, Julio Flórez, entre otros: “Nacida de los estragos de la guerra (...)Era arte muy divertido, peligroso y nuevo ese de sacarle el cuerpo a las patrullas de soldados que rondaban las calles en persecución de sediciosos y espías, y hartos quites habíamos hecho aquella noche, cuando de súbito caímos en poder de una ronda”⁴⁷ Con ellos pasaba noches al garete, quienes antes de Los Nuevos ya habían ido a los cementerios a escribir versos y pernoctaban en cualquier esquina o barrial mientras el licor evanecía toda preocupación:

Le quitaban solemnidad a la muerte, porque ya en sus versos la habían incluido con desenfado, dedicándole estrofas, cantándole mientras bebían en calaveras e iban al cementerio con sincera camaradería a despedir a quien se atrevía a partir. Porque, en general, le sabían poner más alegría que nosotros. Nosotros somos excesivamente graves y trascendentales. La vida no ha dado una filosofía pesimista. Pero ellos, nuestros inmediatos antecesores, con lo cuales, en la

⁴⁴ Óscar Iván Calvo, *Op. Cit.*, p. 81

⁴⁵ Óscar Iván Calvo, “Literatura y nacionalismo: la novela colombiana de J.A Osorio Lizarazo”, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura (ACHSC)*, p. 98

⁴⁶ “Surgido de un medio estrictamente romántico, el apogeo del decadentismo, y formado bajo la influencia de los mallarmistas de principios de siglo”, J.A Osorio Lizarazo, “Delio Seravile”, *Novelas y crónicas*, Mutis Durán (ed.), p. 415

⁴⁷ Luís María Mora, “La gruta simbólica”, en *El alma de Bogotá*, *Op. Cit.*, p. 232

adolescencia, que empieza a ser remota, alcanzamos a ir de juerga y a trasnochar, era menos compleja y más diáfana⁴⁸

Si Osorio Lizarazo encontraba la mezcla entre política y poesía no lo hacía tanto en los cafés sino en los lugares donde pasaba la mayoría de su tiempo, encontrando un lugar al lado de otros personajes que van configurando un cuadro social propio de una cultura plebeya de sociabilidad:

En las chicherías, los talleres y los solares de la ciudad que servían de sede a los artesanos y los primeros asalariados, peregrinaban también un puñado de intelectuales recitadores de versos, concedores de leyes, autores de libros, encargados de escribir los reclamos, de promover la lectura y la organización entre sus compañeros. Estos intelectuales imprimían pequeños papeles impresos con un tiraje diminuto, no muy periódicos, que circulaban por las manos de unos pocos lectores, se leían en voz alta o en la intimidad de algunos talleres de la ciudad⁴⁹

Las viejas y nuevas generaciones de intelectuales y bohemios se mezclan, comparten espacios y cambian tragos, ambas van en pos de los miserables o del pueblo, vociferan ideales y el desenfado caracteriza su peregrinar; ambas generaciones marcaron la formación intelectual de Osorio Lizarazo, en su devaneos comunistas y de vanguardia, pero sobre todo por su estancia entre poetas románticos y modernistas que coincidían con artesanos, leguleyos, conspiradores, periodistas modestos, linotipistas, etc.:

En 1922 no habían desaparecido del ambiente bogotano esos vates melenudos que dieron sabor y contenido a los albores del siglo; y los ecos de las bacanales de aquella sociedad literaria y bohemia que se llamó la gruta simbólica se proyectaba por encima de dos décadas en sus múltiples sobrevivientes, que influían con su desenfado sobre los que venían a desafiar su obra y que adaptaban, en parte, sus costumbre y su despreocupación. Desaparecía para siempre la tenebrosa “botillería” donde los poetas de la generación anterior al novecientos desganaban su melancolía artificiosa inspirada en Heine o en Espronceda y certificaban su menosprecio a la vida intoxicándose con alcohol. Surgía el café, con más decoro, para disipar un poco la tonalidad macabra de sus vidas; pero el desparpajo subsistía⁵⁰

Entre los personajes que vino conociendo el cronista urbano hallaba precursores anónimos y apóstoles de luchas sociales, cuando “Entre el orden conservador y católico y el progreso material, digamos entre la consagración oficial al Sagrado Corazón de Jesús y la inversión internacional de la United Fruit Co., no mediaba pleito hasta que afloró en su magnitud el drama de la masacre de la zona bananera”⁵¹ Antes de todo el batiburrillo de los años veinte, cuando su generación se ufanaba de querer renovar las letras y la política, aparecen personas como Jacinto Albarracín, quien a mediados de los veinte se encontrara con Luís

⁴⁸ J.A Osorio Lizarazo, “Los bohemios de principios de siglo”, *Op. Cit.*, p. 340

⁴⁹ Óscar Iván Calvo, *Las biografías de nadie...*, p. 77

⁵⁰ J.A Osorio Lizarazo, *Gaitán. Vida, muerte y permanente presencia*, p. 63

⁵¹ Marco Palacios, *La clase más ruidosa y otros ensayos sobre la política y la historia*, p. 174

Tejada en congresos obreros con el propósito de discernir la línea ideológica a seguir entre los sectores socialistas y comunistas que proliferaban:

Si Luís Tejada, en plena juventud ilusionada, muchos años después de Albarracín, descubrió que su apostolado social era estéril y que la masa no se contagiaba de su misticismo por razones de indumentaria, porque desconfiaba secularmente del cachaco, y compró ruana y se la hizo adquirir a José Mar y a Moisés Prieto cuando éstos fueron comunistas, para llevárselos al Paseo Bolívar a pregonar su verdad entre maleantes, el llanero (Albarracín) lo había aprendido instintivamente y bautizaba sus dramas, sus escritos y sus novelas con nombres proporcionados a la intención, humildes y tristes como el pueblo al que se dirigían⁵²

Esta distinción cobra mucho sentido en Osorio Lizarazo cuando los liberales regresan al poder en 1930 y la Revolución en Marcha recluta a muchos de los integrantes de su generación dentro de sus políticas para crear un clima reformista y benevolente con el sindicalismo:

Jacinto Albarracín es, acaso, uno de esos precursores que hoy son anónimos, como Pablo Emilio Mancera. Y sin embargo, fueron sinceros, supieron del sacrificio, se ofrendaron por la democracia, previeron las inquietudes del futuro y se alzaron contra las injusticias sociales. Y entonces tenía mérito esta actuación, y no ahora, cuando el ambiente propicio se ha hecho unánime, y cuando son empingorotados mozos, ambiciosos los que pretenden agarrar la bandera de las reivindicaciones, cuando vinieron al mundo y se lo encontraron hecho, por el sacrificio oscuro de hombres olvidados a quienes menosprecian⁵³

Adquiere mucho sentido si atendemos la precisión biográfica que hace Calvo Isaza con respecto a Osorio Lizarazo: las relaciones con su generación en la década del treinta serán tirantes, porque los puestos que va a ocupar siempre serán secundarios y el escritor se encargará de visibilizar su situación menospreciada y subordinada:

“Osorio Lizarazo pertenecía a la misma categoría de los intelectuales vinculados a los gobiernos liberales y participaba más de sus formas de acción política que del apostolado romántico de los personajes de las biografías de nadie. Sin embargo, él, hijo de un artesano, se había formado en la niñez, la adolescencia y la juventud en un medio más próximo al de estos sujetos, con quienes compartió, además, sus primeras experiencias en la prensa obrera, el diarismo y la bohemia tabernaria durante los años veinte. Su invocación cobra sentido por la necesidad de crear sus propios “precursores” y denunciar el lugar subordinado que ocupó en las empresas periodísticas y las instituciones públicas, en un

⁵² J.A Osorio Lizarazo, “La vida extraordinaria de Jacinto Albarracín, el primero que en América ensayó un gobierno de soviet”, *Op. Cit.*, p. 430

⁵³ *Ibíd.*, p. 428

momento en que quiso oponer la imagen humilde, pura y sincera de sus personajes novelados”⁵⁴ en contraste con la de sus contemporáneos que ocupaban posiciones de poder acaso sin merecerlo y a base de intrigas y transacciones, como muchas veces lo expresaría.

Su relación con los liberales se afianzó a través de los diversos empleos que ocupó en las décadas del treinta y cuarenta, así como “con su colaboración en la redacción del *El Tiempo* (donde publicó sus mejores crónicas, cuentos y centenares de artículos entre 1936 y 1952), en *Revista de las Indias* (donde aparecieron sus cuentos, reseñas, ensayos de crítica literaria y donde se precisa su conceptos de novela social entre 1942 y 1944), y luego con *La revista de América* (donde aparecen algunos ensayos de crítica literaria y sus biografías políticas de los caudillos liberales entre 1946-1950)”⁵⁵

Pero antes de llegar al final de la década del veinte y para no anticiparnos, podemos decir que Osorio Lizarazo se había deslindado del desparpajo y la grandilocuencia que acompañó a su generación; por eso es difícil incluirlo dentro de Los Nuevos. En las décadas del treinta y cuarenta, ya convertido en un prolífico escritor, definirá la concepción que tiene de la literatura y de la novela, indicando con esto muy claramente la posición que se le puede atribuir dentro del campo intelectual. De manera similar a Luís Tejada, quien después de haber escrito ingeniosas paradojas y diminutas perlas de filosofía cotidiana, abandonó el verbalismo para adherirse plenamente a la organización del movimiento obrero en el país, Osorio Lizarazo abrazaría una literatura social y realista, no a favor del proletariado sino para retratar la miseria ostensible de la ciudad, la “ciudad innominada” que no tendría en la literatura de la época más referentes. Sin embargo, durante este periodo, como veremos en próximos capítulos, si bien su vocación como escritor no cambiaría, sí lo harían los espacios donde se movería: el periodismo y la burocracia, ocasionando grandes contradicciones en su trayectoria así como constantes lamentaciones por no poder entregarse de lleno a la literatura.

Revisemos ahora la función que Osorio Lizarazo le atribuye a la literatura y el papel del escritor en la sociedad. Como primeros elementos alusivos a la concepción de la novela, predominan la importancia del “medio” o entorno exterior así como la sinceridad e interacción que establece el escritor con él:

Algo del propio autor ha de tener la novela en cuanto haya sinceridad en la ejecución, y cuando el escritor se olvida de sí mismo y en vez de examinarse intensamente extiende y dilata la contemplación de manera exclusiva a los fenómenos externos, menospreciando el caudal de sus reacciones personales, la obra ha de resultar por fuerza artificial y falsa, engañada por la inexactitud de la visión (...) para quien esto escribe, la esencia de la novela no es la simple descripción pictórica, realizada con abundante provisión de lirismo y con florida

⁵⁴Óscar Iván Calvo, *Op. Cit.*, p. 75

⁵⁵ Óscar Iván Calvo, *Op. Cit.*, p. 123-124

exuberancia de adjetivos. Como en la maldición bíblica, se ha de producir con dolor. Cada capítulo ha de ser la expresión de un martirio. La imaginación debe ser contenida dentro de los linderos de la realidad y ha de ser una servidora leal, constante, del elemento psicológico, que es el fundamental y el característico⁵⁶.

Sin duda, la relación del escritor debe ser dolorosa y no meramente contemplativa ni descriptiva con el exterior: la sensibilidad del escritor es una sensibilidad atormentada; de ahí también que la novela sea un producto y un reflejo de la realidad ambiental. En un medio “refinado y sutil”, nos dice Osorio Lizarazo, la novela será tan solo una evasión y un sucedáneo lírico; en uno romántico, la novela se impregna de idealismo y de una discreción sospechosa; en un medio escéptico, el producto será la decadencia y los impulsos autodestructivos. Finalmente, en uno “brutal y tremendo”, la novela deberá responder en los mismo términos, y convertirse en “un instrumento de lucha, en una denuncia constante”, dejando de ser la novela una simple manifestación cultural y ambigua para tornarse en “protesta, en rechazo, en proclama, en himno de resistencia, en campaña de alarma”⁵⁷

El elemento psicológico en continua refracción con el medio debe dejar huellas hondas en la escritura. Hay un paso desde la determinación del medio inmediato sobre la literatura hacia una identificación de la novela social con el nacionalismo:

Consideramos, pues, que hay elementos bastantes para crear la novela nacional: abundancia de motivos, que han de arrancarse de la tierra, de la tristeza y de la melancolía, que han de reflejar el dolor y la ansiedad de quienes no pueden expresarlos, que no han de engañar sobre las descripciones de una opulencia mentirosa y absurda. Abundancia de posibilidades intelectuales, porque el espíritu de nuestro pueblo es sensible y compasivo, circunstancias que se traducen en el misticismo fervoroso que lo posee: y el novelista se limitará, para ser sincero, condición imprescindible, a interpretar toda esa sensibilidad sobre la base de una misericordia y de una piedad sin limitaciones⁵⁸

A propósito de su visión nacionalista, Hernando Téllez destaca cómo entre sus contemporáneos Osorio Lizarazo se destaca en contraste con los demás, carentes de temas o seducidos más por innovaciones estilísticas y formales: “Se reía, sin ninguna piedad, de todos nosotros, sus compañeros y sus amigos, a quienes nos parecía cursi o indigno del tratamiento literario, la realidad nacional que nos rodeaba”⁵⁹

La tristeza, la melancolía, el dolor, la ansiedad de no poder expresarse como desengaño ante una eventual descripción opulenta y mentirosa: esos son los valores que van definiendo la concepción psicológica del escritor bogotano ante su material. Igualmente la presencia de la tierra como motivo nutricional para buscar las raíces de la novela nacional, y

⁵⁶ J.A Osorio Lizarazo, “Divagación sobre la novela”, en *Novelas y crónicas*, p. 412

⁵⁷ J. A Osorio Lizarazo, “Un aspecto de la novela contemporánea”, Fondo JAOL, **I, 2 (21-24)**

⁵⁸ *Op. Cit.* p, 414

⁵⁹ Hernando Téllez, “El día del odio”, *Novelas y crónicas, Op.Cit.*, p. 692

mito de origen en el pasado que proyecta hacia el futuro, a la sazón de la cultura popular que se imaginaba en la visión liberal de entonces:

Con respecto a la función de la novela, esta debe “limitarse a denunciar, con “el fin exclusivo de hacer más fácil su penetración hasta las facultades imaginativas de la masa, los problemas y las angustias de esa misma masa, concretándolas en un personaje o en una serie que son a la vez síntesis y símbolos del equilibrio imperante y que abarca todas las actividades de la vida en conjunto: desde el rufián que no tuvo oportunidad de enderezar las concepciones de su entidad moral, hasta el campesino que vive apegado a la tierra en un oscuro y perpetuo sacrificio, estrangulado por sus explotadores; desde el obrero, que desenvuelve en las ciudades un vivir monorrítmico y sin alegría, hasta el funcionario que arrastra una existencia vana y artificial”⁶⁰

Se juntan entonces el motivo nacionalista y el social, identificado en las facultades imaginativas de las masas y sus sentimientos, retratando los desequilibrios que gravitan con angustia en diversas capas de la sociedad; los temas quedan planteados y abarcarían buena parte de la crónica y narrativa de Osorio Lizarazo, develando buena parte de espacios, actividades y procesos propios de la cultura popular y de su propia experiencia en la ciudad:

(...) procesos como la migración campesina a la ciudad, la constitución de las clases sociales modernas, la conversión de los periódicos en empresas comerciales, el desarrollo y la especialización de nuevas zonas urbanizadas, la formación del aparato burocrático y la intervención en la ciudad de instituciones encargadas de la política social; actividades diversas como la servidumbre doméstica, el comercio callejero, el robo, el trabajo artesanal, la prostitución, la magia, el espiritismo, el empleo burocrático, el periodismo, la literatura y la agitación revolucionaria; espacios de sociabilidad como la mesa de redacción, la imprenta, la calle, la plaza de mercado, la casa de vecindad, la chichería, el barrio, el suburbio, el prostíbulo y la oficina pública⁶¹.

Más allá de lo temático, nos importa resaltar de nuevo la concepción propia que definía Osorio Lizarazo desde su propia posición de intelectual; veía al individuo y al artista supeditado a los valores universales a los que tenía que aspirar en un siglo como el suyo, donde era ineludible atesorar en “el subsuelo de la sensibilidad colectiva” la fisonomía del pueblo y la nación. Con respecto a su propia visión del folclor muy en boga para su generación y su época, el escritor anotaría: “El folklore resulta de la lenta y peculiar acumulación de las experiencias artísticas, elementales, del pueblo. En él palpita y alienta lo más verdadero e irrevocable de su sensibilidad, y sobre él pueden apoyarse las más

⁶⁰ José Antonio Osorio Lizarazo, “La esencia social de la novela”, en *Novelas y crónicas*, p. 422

⁶¹ Óscar Iván Calvo Isaza, “Literatura y nacionalismo: la novela colombiana de J.A Osorio Lizarazo” en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura (ACHSC)* p. 116

duraderas fábricas de la inteligencia. No está demás señalar aquí la indiferencia con que por lo general han mirado los artistas colombianos ese producto del ingenio y de la emoción popular”⁶² Osorio Lizarazo escribiría la mayoría de sus novelas durante el periodo que duró la República Liberal, y principalmente durante la década del treinta, cuando afloraría en América Latina la novela “terrígena” o “novela social andina”, por el esfuerzo de autores tan diversos como Ciro Alegria, Mario Arzuola, Ricardo Guiraldes, Rómulo Gallegos o el propio José Eustacio Rivera, quienes en la mayoría de los casos acudieron a personajes del campo, como el llanero, el gaucho, o en buena medida el indio, ligados a experiencias de explotación en enclaves o en la selva.

Osorio Lizarazo compartió la preocupación social de la novela pero se ubicó sobremanera en el escenario urbano, sin desconocer la semejanza con otros novelistas contemporáneos y paisanos suyos, en su “afición por el folclor, el lenguaje vernáculo y, sobre todo, la intención de construir una novela que fijara lo popular en relación con una “cultura propia” dignificada por la sensibilidad estética de la burguesía. Así podemos entrever los lazos de su prédica terrígena con el discurso folclorista de su época, plasmado en la misma *Revista de las Indias* que el autor utilizó como trampolín para sus ensayos sobre el nacionalismo en la literatura”⁶³ De manera semejante con estas convergencias, las influencias literarias de Osorio Lizarazo ayudarían a definir su propio estilo y técnica narrativa en concordancia con su concepción social y nacionalista de la literatura:

Osorio Lizarazo buscó retazos de sí en sus autores favoritos: de Lao Tseu, el amor por los miserables y la abominación de la ceremonia; de Balzac, el dolor y la angustia, el eterno endeudamiento, la capacidad para convertir su cuerpo en un laboratorio para medir, analizar y sintetizar las pasiones; de Verlaine, la enfermedad y la deformidad física, la capacidad de retratarse a sí mismo y el tormento integral; de Eça de Queiroz, la infancia martirizada y el trabajo burocrático; de Zweig, la afición por la biografía como género realista que permite la fusión del ambiente con los personajes, y de Gorky, la amargura, la ambición de justicia social y la reivindicación de la literatura realista como un instrumento para despertar “la conciencia” de los oprimidos⁶⁴

En la misma línea electiva, el escritor anotaría que si bien Dostoeivsky tomaba al personaje consigo mismo dotándolo de hondura psicológica, Gorki lo tomaba en relación con su medio, siendo más afín con su propia toma de conciencia. Podemos concluir con respecto a Osorio Lizarazo que su posición con respecto a la función de la literatura si bien estuvo acorde con la aparición de la cuestión social como panorama ineludible de su generación, fue quizá el único que la asumió de manera tan sistemática y coherente entre vida y obra.

⁶² Osorio Lizarazo citado por Calvo Isaza, de *Revista de las Indias* 13.41 (1942): 415-416. *Ibíd.* p, 107

⁶³ Óscar Iván Calvo Isaza, “Literatura y nacionalismo: la novela colombiana de J.A Osorio Lizarazo” en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura (ACHSC)* p. 107

⁶⁴ *Ibíd.* p, 104-105.

Igualmente, no conocemos de alguien que le haya disputado su concepción realista y nacionalista de la literatura dentro del campo intelectual que se movió: “entre sus contemporáneos, e incluso entre comentaristas posteriores, nadie parece haber disputado con Osorio Lizarazo acerca de su definición “social” de la novela. Por el contrario, los comentarios son en general elogiosos: se destaca una y otra vez la capacidad de “retratar” con precisión los ambientes que describe; se realza su “sensibilidad social” o se insiste en el carácter “intensamente humano” de su obra”⁶⁵.

Vanderhuck destaca que si bien existieron comentarios recíprocos con los novelistas, ensayistas, críticos y poetas de la época, como Zalamea Borda, Hernando Téllez, Eduardo Caballero Calderón, por mencionar algunos, no existió un debate acerca de la “esencia social” de la novela, algo tan conspicuo como la polémica entre el “arte por el arte” y el “arte social” que tuvo en otras latitudes mayores aportes. Aparte de la exhortación generacional para no darle la espalda a los problemas de la época y la consecuente responsabilidad histórica del intelectual, puede apreciarse que las preocupaciones ideológicas estaban más cercanas en remozar los valores inscritos en las divisiones partidistas y políticas antes que en relanzar una visión de la cultura. Exceptuando los géneros de la crónica y la caricatura, Loaiza Cano no reconoce mayores renovaciones en la cultura del periodo y por lo tanto filones de modernidad. Luís Tejada y Ricardo Rendón serían destacables representantes de esos intentos y videncias; por otra parte, no se pueden desconocer aportes de avanzada en las obras de León de Greiff o Luís Vidales, quien con “Suenas timbres” se inscribiría dentro del canon de la poesía de vanguardia, pero lo que se evidencia sin embargo, más allá de los esfuerzos individuales y dispersos, es justamente la ausencia por configurar o crear un clima propicio para renovar las funciones e ideales que se le atribuían al arte y a la cultura.

Por eso considero más útil ubicar a Osorio Lizarazo no en comparación con otras posiciones claramente discernibles, sino como parte de una generación de intelectuales que si algo compartió con la precedente, “esa continuidad se observa, ante todo, en la precariedad de su independencia”⁶⁶ Una carencia que no es absoluta y que permite como su propio caso lo demuestra, originales y personales posturas; sin embargo, la pregunta por la autonomía es poco procedente al verificar que la prensa y luego la burocracia eran los caminos legítimos para alcanzar algún reconocimiento y posición influyente. Por eso, como en el próximo capítulo se podrá observar, la subordinación del intelectual frente otras actividades tendrá en la relación entre vida y obra efectos particulares para observar cómo asumió su propia trayectoria Osorio Lizarazo. La pregunta por el campo intelectual, nunca contestada del todo a falta de comparaciones y más indagaciones, sugiere en el caso de

⁶⁵ Felipe Vanderhuck, *La literatura como oficio. J.A Osorio Lizarazo, 1930-1946*, p. 40

⁶⁶ Ricardo Arias, *Op. Cit.*, p. 362

nuestro escritor más pistas e información si atendemos su ambigüedad con respecto al poder así como las respuestas que tuvo en su obra.

Al final, el diagnóstico sobre la generación de Osorio Lizarazo y Gaitán, que casi siempre los excluye a ellos dos, fue el siguiente: “Para unos, la muerte temprana, casi provocada por su propensión a la autoaniquilación; otros fueron directamente al suicidio; unos más construyeron sus parábolas de un retorno servil y otros se aislaron en el cinismo creador del artista”⁶⁷ Sin embargo, para no reincidir en esa ausencia, veamos brevemente la posición de Gaitán dentro de su generación; indicábamos al inicio que si bien compartió ocasionalmente tertulia con sus contemporáneos, casi siempre lo hacía para hablar de temas políticos; además, no fue muy aficionado a la bohemia ni al licor:

Gaitán, estudiante de derecho, no era asiduo a estas tertulias, pero acudía algunas veces. Hallábase en pleno proceso de afirmación revolucionaria; pero encontraba las mesas del Windsor rodeadas de frivolidad y de fantasía. No sentía la literatura. Era desde la adolescencia un temperamento positivo. Estaba aprendiendo en carne viva que la angustia del pueblo sólo tiene solución en la determinación del pueblo mismo a modificar su destino, y que el hombre sensible con responsabilidad debía encabritar ese anhelo y no ponerse a tomar cerveza y a discutir teorías⁶⁸

Sin embargo, también participaría en una de las tantas sociedades literarias que existieron en esa década: “Por aquellos días se fundó una sociedad literaria llamada “Rubén Darío”. Se reunía los domingos por la tarde en un salón situado en la calle octava, debajo de la esquina del Observatorio. Aquella Sociedad, que constituimos son fines políticos, para discutir problemas simplemente literarios, se dividió en dos bandos: los clásicos y los modernistas”⁶⁹

Como veremos en el capítulo siguiente, en la formación intelectual de Gaitán fue crucial el positivismo, que observa un progreso evolutivo de la sociedad y del conocimiento desde la mitología, la metafísica, pasando por la religión, hacia la ciencia: de ahí su temperamento aferrado a los hechos y por ende distante de la diletancia. Tuvo sin embargo mucha cercanía con ellos en el debate y en intereses; su amistad con Luís Tejada es buena muestra de ello: Gaitán creía en oposición al cronista que el liberalismo era el refugio donde el socialismo tendría lugar para dar cabida a las transformaciones de la sociedad colombiana, confiado en la tradición que habían dejado Uribe Uribe y Benjamín Herrera. Igualmente, cuando estaba terminando de escribir su tesis de grado *Las ideas socialistas en Colombia*, discutirían varias veces el contenido y las ideas allí debatidas.

Germán Arciniegas y la revista *Universidad* estaban impulsando las propuestas de los estudiantes, conducentes en términos generales a las mismas demandas que se hacían en

⁶⁷ Gilberto Loaiza Cano, “Los intelectuales y la historia política en Colombia”, *Op. Cit.*, p. 85

⁶⁸ J.A Osorio Lizarazo, *Gaitán. Vida, muerte y permanente presencia*, p. 65

⁶⁹ B. Moreno Torralbo, “Gaitán ante sí mismo”, *El saqueo de una ilusión. El 9 de abril 50 años después*, p. 203

otros países latinoamericanos en ese momento: “(...) libertad de cátedra, revisión del sistema de exámenes, libertad de asistencias, actualización de programas, adecuación a los problemas nacionales, lucha contra las patologías sociales, extensión académica, autonomía administrativa, y participación de estudiantes y maestros en el gobierno de la universidad”⁷⁰. Gaitán no fue ajeno a esas iniciativas y por eso siendo estudiante de derecho en la Universidad Nacional ayudaría a crear el “Centro Universitario de Propaganda Cultural, donde promovería conferencias de temas económicos y sociales en el Teatro Colón, acordes con su ideas tempranas acerca de la influencia de la política en la vida social; la consideraba una misión de “vulgarización científica” que con el apoyo de sectores influyentes de la sociedad debiera replicarse en barrios populares, hogares obreros así como en las cárceles, compartiendo “el jugoso fruto de la ciencia”⁷¹ Esta iniciativa universitaria de corta vida sería antecedente de los viernes culturales en los años siguientes, coherentes con la disposición de Gaitán por seguir divulgando la palabra y compartiendo el conocimiento.

Finalmente, la meritocracia sería un rasgo importante a la hora de juzgar su generación, recordando que muchos llegaron como intelectuales incumbentes y advenedizos, casi todos de sectores medios y de provincia, confiados en una carrera universitaria o simplemente en su talento: “(...) gracias a la universidad y al prestigio asociado a ella, la meritocracia permitió una participación más amplia y, sobre todo, más representativa de la movilidad social que se estaba dando en el país en los años veinte, abriendo así nuevos espacios a sectores de las clases medias, entre ellos, muchos intelectuales. Por otra parte, los jóvenes intelectuales se dirigieron a un nuevo público (...) El carácter elitista siguió siendo muy marcado, pero lo fue menos con respecto a la etapa anterior”⁷² Con respecto a este punto, será crucial en la visión de sociedad y en el alegato moral que les dirija Gaitán a los jefes políticos de ambos partidos años después, así como evidente en su propia trayectoria como abogado -cuando pocas personas procedentes de su clase social lograban conseguir un título-, y luego en su viaje a Italia: “No era propiamente el deseo de un título, sino la ambición de tener una profesión, lo que nos guiaba. Todavía no se había extendido tanto la sola ambición de un título que sirva como gonzúa para abrir las sucias puertas de la burocracia politiquera”⁷³

Para concluir, la visión personal de Gaitán sobre su generación en 1943, casi en las postrimerías de la República Liberal y con el peso de sus acciones individuales y colectivas: “Posiblemente no haya una generación que le supere en capacidad intelectual y, sin embargo, nadie podría señalar la unidad de su orientación sobre el fenómeno nacional. Son hombres dispersos y, por dispersos, carentes de potencialidad, de unidad de

⁷⁰ Óscar Iván Calvo, *Las biografías de nadie...*, p. 33

⁷¹ Herbert Braun, *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana*, p. 88-89

⁷² Ricardo Arias, *Op. Cit.*, p.356

⁷³ B. Moreno Torralbo, “Gaitán ante sí mismo”, p. 207

perspectiva, característica de toda generación (...) Hay un mucho de temor a la lucha autónoma en frente a la vida, un pánico a caminar sin andares, que le ha robado su individualidad y su personería (...) En los destinos del país, la generación a que pertenezco dirige, pero no orienta; conduce, pero no dispone. Diríase que somos una generación, como las bridas de los caballos, que sirve para dirigir, pero siempre que otros la manejen”⁷⁴

2. El escritor y el político: la miseria, el pueblo y el cambio social

Abordaré en este capítulo las implicaciones que tuvo el realismo como técnica así como clivaje en la literatura de Osorio Lizarazo, en coherencia con su concepción nacionalista de la literatura así como en su aproximación a los sectores populares que protagonizan su crónica urbana como sus novelas. Igualmente, con respecto a Gaitán, aludiré a las raíces que tuvo su vivencia de la política en el positivismo legal que aprendería en Italia cuando complementó sus estudios de derecho; su entendimiento de la política como instrumento de aprendizaje y de conciencia se concretaron en su visión del pueblo así como del individuo, siempre tendientes a los factores morales del cambio.

A su vez, iré introduciendo aspectos biográficos que aclaren la relación entre la vida y obra de Osorio Lizarazo así como su trayectoria pendular entre las elites y el pueblo, concretada en las influencias que tuvo en su vida el contacto con la política, la burocracia, la prensa y la literatura. Por el lado de Gaitán, me interesa explorar el carácter revolucionario que se le atribuye al caudillo popular en la historiografía política, visible en la ampliación del espacio público que logró, en el desafío a las prácticas tradicionales de la política en el país, así como en la síntesis paradójica entre líder y movimiento social, unas veces poderosa y otras incierta.

Con este trazado argumentativo espero en primer lugar comparar trayectorias entre mis dos personajes de estudio, así como brindar un contraste y paralelismo en la ambivalencia que ambos experimentaron a su manera. De manera simplista, se puede afirmar que ambos se consagraron al pueblo en sus oficios, pero también ambos realizaron esfuerzos por construir una imagen de sí mismos y devinieron en algo distinto a quienes decían representar y frente a quienes fueron objeto de sus críticas, las elites. Sin descontar que también las siguieron e imitaron. Comparten un “amor por el pueblo” en la superficie que exploraré en sus ambigüedades y desplazamientos; los diferencia la imagen que proyectaron del pueblo como sujeto histórico y literario, así como la trayectoria y estrategias utilizadas para asegurarse un lugar dentro del escenario donde actuaron.

⁷⁴*Ibid.*, p. 206

El escritor escindido: realismo literario y disociación biográfica

Nadando entre dos aguas, las opciones por estudiar las relaciones entre vida y obra muchas veces caen bajo sospecha, sea porque se le atribuye a la obra literaria independencia de sentido y de referencia, o por considerar al autor como instancia cifrada en una “intencionalidad” dudosa para la interpretación de la obra. Sin embargo, juzgamos que no son inconmensurables a la hora de comprender de qué manera un autor se ubica frente a su producción literaria y cómo ésta arroja luces sobre el trabajo intelectual como repositorio biográfico. Considero junto con Calvo Isaza en Osorio Lizarazo un esfuerzo por dotar de coherencia su vida y obra justamente en su deriva realista así como en el trabajo que realiza el escritor con su archivo.

Hago propia la advertencia biográfica que realiza el historiador al estudiar la vida y obra como categorías distintas: “No pretendemos reducir la novela a un epifenómeno de la vida de un personaje, ni evaluarla en términos literarios a partir de criterios externos. Y viceversa, no seguimos la novela como dato biográfico puro. Por el contrario, al aceptar la división fundamental entre autor y obra, al no dar por sentadas de antemano ambas categorías, proponemos una lectura compleja del trabajo intelectual de un autor”⁷⁵ En un sentido complementario, frente a la pretensión de Osorio Lizarazo por asegurar una coherencia entre vida y obra –nunca exenta de contradicciones y vacíos –es importante no olvidar que el relato biográfico, debe tratar de esquivar la “ilusión” que conlleva ordenar de manera retrospectiva acontecimientos y sentidos donde antes no estaban, y atribuirle “orígenes” y un “*cogito* sociológico” a eventos que se experimentan de manera aislada y fragmentaria, queriendo restaurar cronológicamente una teleología o destino incapaces de anticiparse, como si la vida fuera un camino esclarecido, unidireccional y evidente⁷⁶.

La advertencia biográfica es crucial si pretendemos evitar asociaciones fáciles entre una novela y la experiencia inmediata del autor, ejercicio común cuando se pretende comprender un texto literario con criterios exteriores; en el mismo sentido, es crucial cuando pretendemos ampliar la experiencia del autor más allá de la obra y situarlo dentro de un espacio de relaciones que influyen en el ínterin de su trabajo intelectual. Lo que si resulta evidente es que Osorio Lizarazo concibió su literatura como producto de las condiciones propias de su medio, siendo la nación la entelequia a la cual se consagra la realización de una obra de manera idealista, pero sobre todo su propia experiencia la mediación para lograr la sinceridad con el material novelado. De esa manera, cuando le

⁷⁵ Óscar Iván Calvo Isaza, *Las biografías de nadie. José Antonio Osorio Lizarazo (1900-1964)*, p. 10. Texto de maestría (inédito) de donde extrajimos la mayoría de indicaciones biográficas sobre el escritor, y que resulta un esfuerzo notable por comprender su vida en relación directa con la elaboración de un archivo que llevó a cuevas, justamente en un propósito “para garantizar la unicidad del autor, o si se quiere, para intentar resistir que otros yo anden por ahí sin autorización del sujeto, como símbolos con una vida propia y despojados de los atributos originarios del autor”.

⁷⁶ Pierre Bourdieu, *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, p. 74-83.

preguntaban en una entrevista acerca del elemento autobiográfico en sus novelas, señala que “cada libro debe ser un experimento practicado sin intención literaria sino por imposición de la vida, en la propia carne”, dejando claro por otra parte que eso no significa que aludan a partes exactas de su biografía sino más bien a una disposición por acopiar de la “contemplación externa” los rasgos para someter a una “reacción sentimental”⁷⁷.

Serían varias las experiencias que dejarían huella “en la carne” del escritor. Nació el 30 de diciembre de 1900 en Bogotá; hijo de Belisario Osorio Navas y María Josefa Lizarazo Durán, puede ser que hay nacido en la calle 32 como aparece en su novela *Garabato*, pero hay mayores indicios que haya sido en el barrio Las Nieves, donde pasó la mayoría de su infancia. En 1916, el joven bachiller termina sus estudios en el colegio San Bartolomé, que era regentado por los padres jesuitas en el centro de Bogotá -donde compartió clases con Luis Enrique Osorio, Augusto Ramírez Moreno, Álvaro de Brigard Silva, entre otros-, y ante la imposibilidad por continuar una carrera universitaria por falta de recursos se ve obligado a empezar a trabajar, utilizando los conocimientos que por seis años había adquirido con los jesuitas, que se limitaban a “manipular los significados: conocía los signos del Estado y el mercado, las palabras y los números”, lo cual lo hacía “apto para el servicio de oficina”⁷⁸. Así pues, emprende un viaje a Manizales donde no puede obtener un empleo, por lo cual regresa a la capital para reanudar el mismo trayecto pero con algunas cartas de recomendación, que finalmente ayudarán a que se ubique en la mina de oro “La Coqueta”, donde trabaja como despensero⁷⁹.

Trabajaría allí unos meses, para luego emprender de nuevo la huida por la cordillera Central, atravesar el río Cauca, intentar trabajar en la construcción de un ferrocarril para finalmente llegar a Marmato, en el departamento de Antioquia, poblado minero de antiguos esclavos y negros libertos, donde no podría conseguir trabajo pese a su experiencia anterior y sus recomendaciones. Fue allí donde una noche en una taberna rechazó un trago que le ofrecieron porque no tenía cómo retribuirlo y el incidente terminó en pelea:

“Cierta noche, en una taberna de negros le ofrecieron un trago y lo rechazó porque no tenía con qué corresponderlo...El anfitrión, ofendido, rompió la lámpara y cerró la puerta. “-¡Ahora todos somos negros!...No hay peligro de que nos desprecie ningún blanco desgraciado”. Escondiose detrás de un caja, mientras los machetes, golpeando y cliqueteando en las tinieblas, fulguraban en su imaginación...Uno de ellos le alcanzó un pie, en momentos en que llegaba la policía.”⁸⁰

⁷⁷ “[Entrevista manuscrita]”, [Bogotá, 1942-1943]: Fondo JAOL, I, 1 (219-224)

⁷⁸ Óscar Iván Calvo Isaza, *Op. Cit.* p. 52

⁷⁹ Sobre esta experiencia volverá veinticinco años después para escribir la novela *El hombre bajo la tierra*.

⁸⁰ Luis Enrique Osorio, “J.A Osorio Lizarazo”, en Mutis Durán (ed.) *Novelas y crónicas...*, p. 684

Regresaría a Bogotá en 1918 con un tobillo herido que empezaba a gangrenarse e iría a parar al hospital San Juan de Dios, justo antes de que la epidemia de gripa se diseminara por la ciudad y tuviera en ese lugar un nódulo feroz.

Desde 1924, el futuro escritor contraería sífilis, cuando aparecerían las “primeras manifestaciones de la enfermedad en los cordones posteriores de la médula espinal –cuyos síntomas, recordados, definidos y padecidos muy bien por el autor de *El criminal* fueron la ataxia, la volición de los reflejos y los trastornos de la sensibilidad”. De ahí en adelante “Osorio Lizarazo caminará con la cojera característica de las secuelas de la sífilis”⁸¹ Finalmente, sumándose a la lista de dolores físicos que padeció el escritor en su vida, estando en Buenos Aires al final de la década del cuarenta, sufriría una fractura de una de sus piernas cuando caminaba al lado de un edificio en construcción y le cayera escombros desde lo alto, dejándolo en cama durante casi un año.

Retomando el hilo cronológico, no se conocen detalles de la estancia posterior del escritor en Bogotá, pero sí que después recorrería zonas cafeteras de la Cordillera Central que le servirían para escribir posteriormente en 1935 la novela *La Cosecha*. El dolor se volvería para Osorio Lizarazo fuente creativa y un filtro necesario para entender al novelista contemporáneo como “un individuo atormentado por su sensibilidad”:

No todos los que quieren ser intelectuales han dispuesto del potente impulso creador que es el dolor físico. No han tenido la oportunidad de sentirse oprimidos bajo la implacable ferocidad de una naturaleza hostil, que deformó su sistema nervioso, por un accidente inesperado, por una defectuosa conformación o por otra causa similar, y que acentuó la sensibilidad corporal hasta el morbo, que hizo la epidermis hiperestésica, y que al lado mismo de ello acumuló otros males, con la fría crueldad de un monstruo⁸²

Un dolor físico que venía a sumarse con “otros males” no sería pretexto para que el escritor se aislara en sí mismo, sino para identificar su propia experiencia en el dolor más clamoroso y urgente del pueblo; de ahí que una de las influencias más determinantes en su apropiación de las técnicas del naturalismo y del realismo del siglo XIX, haya sido Maximo Gorki, el “amargo”: “De su propia carne hizo el laboratorio en donde medía la angustia del pueblo (...) No pretendía ser un creador, no extraer de la fantasía seres ideales y maravillosos que produjeran emociones de admiración o de pasmo, sino mostrar el barro miserable de que estamos hechos todos los hombres”⁸³

Todavía en Manizales, hacia 1921, el joven se estrenaría como periodista e incluso participaría en la creación de un periódico, *El reivindicador*, donde exponía un socialismo meramente intuitivo, según palabras de su amigo Luís Enrique Osorio. Para el año siguiente, el joven cronista colaboraría en el diario fundado por Luís Tejada y José Mar, *El*

⁸¹Óscar Iván Calvo, *Op. Cit.* p. 94

⁸² J.A Osorio Lizarazo, “El dolor físico en la obra nietzscheana”, en Mutis Durán (ed.) *Op. Cit.* p. 522

⁸³ J.A Osorio Lizarazo, “Un nuevo aniversario de Maximo Gorki”, *Ibid.*, p. 547-548

Sol, aunque no aparecerían artículos firmados con su nombre ni con el sobrenombre, “Jansol”, que había utilizado antes. Posteriormente sucede como tal la conversión en cronista de cuerpo entero en los periódicos *Gil Blas* (1923) así como en *Mundo al Día*, donde trabajaría desde 1924 hasta 1929: allí se consagró al género que le daría reconocimiento inicial, la crónica urbana, y que le permitiría en 1926 inaugurarse como autor, con la recopilación de algunas de sus crónicas en el libro *La cara de la miseria*, el cual fue comentado como ninguno de los suyos, por figuras internacionales como José Vasconcelos, Luís C. Sepúlveda o Gabriela Mistral, y nacionales como Caballero Calderón o José Eustacio Rivera. El libro apareció publicado en la editorial Talleres de Ediciones Colombia, fundada por Germán Arciniegas.

En *Mundo al Día* el cronista conoció de primera mano la vida urbana de los sectores populares de la ciudad, los lugares de sociabilidad y de trabajo que tanto definirían su propia formación intelectual así como el tema que de ahí en adelante protagonizaría su crónica urbana como después sus novelas: la miseria humana. “Ahora vamos a pasear un poco por entre la miseria”⁸⁴ anuncia el cronista, a recorrer la ciudad que aparecía fragmentaria en las páginas de noticias judiciales de la prensa como trazas del bajo mundo bogotano. La crónica urbana tendría viñetas del folletín, donde ya aparecían las chicherías, las cárceles, los asilos, los hospitales, como lugares donde encontraba las historias que irían a poblar posteriormente su novelística, así como los ladrones, locos, tuberculosos, sifilíticos, prostitutas, criminales pasionales, etc.

Igualmente destacable es la posición que asumiría la crónica urbana de Osorio Lizarazo en una época donde el pesimismo racial se mezclaba en buena medida con los juicios sobre la miseria urbana, y los titubeos de reformas sociales empezaban a transformar la acción del Estado sobre los sectores populares:

El cronista percibía a la sociedad, y en especial a la ciudad, a la manera de un cuerpo doliente- “el monstruo degenerado”-, de allí que su preocupación fundamental fuesen las manifestaciones patológicas reunidas en los centros para el aislamiento de los “anormales” o enfermos (...) su interpretación apuntaba a que la miseria, el “primitivismo” o el vicio no eran las causas de los trastornos, sino sus manifestaciones. Advertimos pues, que Osorio Lizarazo daba cuenta, aunque parcialmente, de los conflictos sociales, en oposición a Miguel Jiménez López o Luís López de Mesa, quienes atribuían a la raza en términos evolucionistas, uno de los orígenes fundamentales de los problemas nacionales⁸⁵

Posteriormente, la afinidad entre la crónica urbana y la novela estará asociada al trabajo que ejerce el autor sobre el material publicado; de allí que el entramado argumental y temático

⁸⁴ J.A Osorio Lizarazo, *La cara de la miseria*, p. 120

⁸⁵ Ócar Iván Calvo Isaza y Marta Saade, *La ciudad en cuarentena. Chicha, patología social y profilaxis*, p. 210.

que abordara en el folletín de los años veinte sirviera como repositorio donde abreviar para futuras publicaciones; más que una asociación directa entre la vida cotidiana del autor y los temas novelados, la clave estaría según Calvo Isaza en las crónicas de *Mundo al Día*, “de los temas que trata y de los nexos emotivos que establece con el público al recrear en la páginas de un diario una “novela de la vida real”, acompañada siempre por dibujos o fotograbados”⁸⁶ para la distribución en medio de una población altamente analfabeta. El caso puesto de relieve por Calvo reside en comprender los vínculos entre folletín -con su nudo argumental truculento y rico en detalles extravagantes e hiperbólicos, donde aparecen personajes marginales, anormales o en franca disociación con la rutina urbana-, y las novelas, ayudando a definir los contornos de aquello que se ha llamado “lo popular urbano en la modernidad”. Su invocación de lo popular no estará dirigido al proletariado, en un momento donde la agitación política se exacerbaba, con los conflictos consabidos entre capital y trabajo en los enclaves bananeros y petroleros, sino con “un mundo popular donde la modernización sólo llegaba en forma de represión directa y donde la invocación de la angustia y el dolor constituían un llamado a la justicia y a la rebelión de manera más imperiosa”⁸⁷

De ahí en adelante, la “ciudad innominada” será el lugar donde el cronista y el novelista se encuentren para conciliar el dolor de la miseria con un llamado a la justicia:

También eso es la ciudad. Todas esas casa pequeñas, cuyas paredes de bahareque han visto morir de hambre a sus habitantes y los han impulsado al crimen, forman parte de la ciudad. Lo mismo que aquellas miserias que se recogen en los hospitales, en los asilos de incurables y de mendigos. Lo mismo que todos los entes amorfos que se mezclan con los habitantes de la urbe y pasean por las calles centrales, ocultando su impudicia bajo grasientos vestidos. Lo mismo que aquellos grupos que se han clasificado por sí mismo o que han sido clasificados por las leyes que defienden a la sociedad. Lo mismo que todos los miserables y que todos los vagos. Eso también es la ciudad, que reviste nuevos aspectos. Pintorescos algunos y lastimosos otros⁸⁸

Es crucial introducir en este punto la visión doble que tendrá Osorio Lizarazo sobre la miseria como realidad de la vida de los sectores populares e ideologema de su escritura⁸⁹; tal como lo indica él mismo al final de la cita anterior, la miseria adquiere rasgos pintorescos y lastimosos. A partir de ahí escribirá entre esos dos rasgos dominantes oscilando entre su misión revolucionaria y su afán de denuncia; unas veces rescatando personajes sencillos de la penumbra para mostrar su heroísmo, y otras impregnando cada

⁸⁶ Óscar Iván Calvo Isaza, *Las biografías de nadie...* p. 110-11

⁸⁷ *Ibíd*

⁸⁸ J. A Osorio Lizarazo, *Op. Cit.*, p. 9

⁸⁹ “La vida como conjunto de acciones, acontecimientos y experiencias se convierte en argumento, trama, tema, motivo sólo después de haber sido interpretada a través del prisma del ambiente ideológico, sólo después de haberse revestido de un cuerpo ideológico concreto. Una realidad de hecho que no haya sido interpretada ideológicamente, que esté, por así decirlo, todavía en bruto, no puede formar parte de un contenido literario” Mijail Bachtin, *Esthétique et théorie du roman*, p. 81, citado por Sarlo y Altamirano, en *Literatura y sociedad*, p. 54

vez más su narrativa de pesimismo al mostrar una sociedad y una ciudad que sólo funcionan como aparatos de clase y de exclusión. Una visión del pueblo que en las crónicas de los años veinte y sobre todo después de *La cara de la miseria* tendrá sus personajes ocultos pero heroicos, y otra donde “(...) el “pueblo” al que él decía “amar sobre todas las cosas”, es el mismo que en sus novelas describió como una fuerza ciega y bárbara, compuesto de seres que solo son capaces de la mayor inocencia o de la mayor abyección”⁹⁰

Pasemos entonces a explorar los personajes que Calvo Isaza destaca como las “biografías de nadie”, quienes serían precursores “anónimos” de un clima revolucionario en los años veinte y que definieron bastante su empatía como escritor: “Yo he tenido la afición, un poco tonta y pesimista, de escarbar entre esas almas que presentaban algo extraordinario o irregular, pero esta afición se ha situado por lo bajo y que me gustan más esos espíritus humildes y sinceros que llevan una pobre vida de privaciones y de dolor, que lo que se ha llamado gentes de selección”⁹¹

De lo cual resulta el adalid para Osorio Lizarazo: aquel que pese a la miseria y la privación, persiste con humildad en su propio ser con sinceridad y tesón extraordinario. Más adelante veremos cómo estos valores fueron principales en la imagen que él mismo trataba de proyectar entre sus contemporáneos. Continuando con la crónica ya citada sobre Julia Ruíz, “la pitonisa o adivina que acaba de fallecer en la ciudad, es un bello personaje para una novela en la cual se reúnan la picaresca de los tiempos clásicos y las investigaciones clínicas de los anormales que introdujeron los escritores rusos”⁹²; de igual manera Pablo Emilio Mancera, quien a inicios del siglo XX fundara el periódico *La Libertad*, todavía bajo los fragores de la guerra civil y la censura: “Cuando lo conocí –dice el cronista– los tipos de la imprenta estaban aplastados de tanto (sic) componer palabras de revolución, de tanto buscar un sentido de equidad para la contextura social”⁹³

Como se puede ver, ambos podrían ser personajes de novela social, ella combinando la mística con la política, cuando enviaba conjuros de protección a favor de ciertos líderes liberales, y el otro imprimiendo con los tipos desgastados la palabra revolución. Mancera tuvo como insigne derrotero no dejar acabar el periódico pese a la precariedad, no dejar que *La Libertad* dejara su cometido a falta de recursos económicos:

Con respecto a las condiciones precarias donde se ejercía el apostolado de “expresar ideas” (...) La imprenta estaba situada en un solar cuyo pavimento se componía de cascotes y desechos de construcción. Mancera había construido con sus propias manos un cobertizo compuesto de viejos sacos de empaque, y cuando llovía tenía que cubrir las cajas con sus propias vestiduras para evitar que se

⁹⁰ Felipe Vanderhuck, *La literatura como oficio: José Antonio Osorio Lizarazo 1930-1946*, p. 105

⁹¹ J.A Osorio Lizarazo, “La vida misteriosa y sencilla de Julia Ruíz”, en Mutis Durán, *Op. Cit.*, p. 315

⁹² *Ibid.*, p. 314

⁹³ J.A Osorio Lizarazo, “Pablo Emilio Mancera, el hombre que durante 40 años publicó un periódico del que era el único lector”, *Novelas y crónicas*, *Op. cit.*, p. 326

inundaran. Después sacaba los tipos, uno a uno, amorosamente, para conservarlos en servicio tanto como fuere posible⁹⁴

Decía Mancera de la profesión del periodismo: “si no he encontrado en la profesión sino padecimientos y privaciones, tengo la certidumbre de haber servido a mis ideales”⁹⁵, acoplándose con la idea de apostolado que admiraba Osorio Lizarazo, quien al hablar tiempo después de su propia experiencia no dejaría de lamentarse:

La única posibilidad de expresión para el intelectual que surgía era el periódico. Pero en el periódico no podía decir lo que sentía, sino que le era preciso buscar los aspectos sensacionales, productivos, aptos para agitar la imaginación superficial de lectores conmovidos ante la aparición de un fantasma en una vieja casona o por los zapatos que llevaba la víctima del crimen en la noche fatal. O bien, si escalaba la sección editorial, era preciso mantener la actitud transaccional, convencional para los intereses de la empresa o para las inclinaciones del director⁹⁶.

Podemos observar de qué manera se divorcian un poco las expectativas de Osorio Lizarazo entre un oficio asumido con entereza y por el otro lado el desasosiego de trabajar en la prensa y luego en la burocracia por obligación; aunque sería poco exacto afirmar y seguir a pío juntillas el menosprecio por el periodismo que expresa si fue allí donde encontraría su vocación y al final le abriría las puertas a su universo literario, al menos en los temas y los motivos. Él mismo en otro venía a matizar esta situación a propósito de Delio Seravile, uno de sus maestros más venerados: “Mi contacto con Delio Seravile se efectuó hace quince años, cuando una indómita tendencia vocacional me condujo a una imprenta, como si el olor a la tinta y la agitación de las máquinas me hubiera sido connatural”⁹⁷ Una vocación que igual seguiría adelante pese a la “posición indefinida, nebulosa, imprecisa de ser un escritor” y que sería prolífica al producir doce libros durante el periodo de los gobiernos liberales, y otro par más cuando saliera del país, incluyendo la biografía sobre Gaitán y *El día del odio*.

Muy acorde con la visión que tenía el escritor de nuestro país en un proceso histórico inacabado y sin definirse, se veía así mismo y sus semejantes, en el “sencillo papel de precursores, apostólicos e imperfectos, porque este es el servicio que le estamos prestando al futuro”⁹⁸. La condición de ser pueblos en formación, obligaba según el juicio de Osorio Lizarazo, a una interpretación en la literatura y otros campos del saber y de acción, comprometidos con los defectos que podrán ser virtudes si se acoplan los sistemas y modos de vida según un equilibrio con el ambiente y el temperamento propios. Le decía Mancera al cronista, prefigurando la propia convicción realista del novelista social: “al pueblo le falta educación y esto es lo importante. No basta con que sienta sus necesidades y mantenga

⁹⁴ *Ibíd.*, p. 327

⁹⁵ *Ibíd.*

⁹⁶ J.A Osorio Lizarazo, “El intelectual y su ambiente” *El Tiempo*.

⁹⁷ J.A Osorio Lizarazo, “Delio Seravile”, *Novelas y crónicas, Op. Cit.*, p. 417

⁹⁸ “[Entrevista manuscrita]”, [Bogotá, 1942-1943]: Fondo JAOL, I, 1 (219-224)

el anhelo de su mejoramiento. Es necesario que las sufra conscientemente, saboreando gota a gota su amargura para que reaccione contra ella, luche, se defienda y venza”⁹⁹. Gota a gota, peldaño a peldaño, “centavo a centavo” parece describir la parsimonia que adquiere el descendimiento inexorable de muchos personajes de sus novelas.

Siguiendo con la panoplia de apóstoles anónimos de la cultura y la lucha social, Osorio Lizarazo encontrará en su camino a Biófilo Panclasta, aquel anarquista que se decía destructor de todo pero amante de la vida, quien afirmara de sí mismo “Yo soy la revolución” y quien en sus últimos días encontraría en los brazos de Julia Ruíz reposo de tanto peregrinar. Quien aprendió con Ravachol manejo de explosivos y cruzara con Lenin la estepa huyendo del presidio; de su relación con éste y los motivos para su separación, Panclasta le explicaría al cronista: “–El absurdo de Lenin(...) consistió en que quiso llevar a la práctica los ideales. El hombre debe vivir de ideales y no de hechos”¹⁰⁰

Otro insigne personaje –como veíamos antes-fue Jacinto Albarracín, quien fuera el primero en América en ensayar un soviet en las selvas del Carare, y quien levantara su voz de protesta e indignación cuando “la simple enunciación de la posibilidad de que existiesen en Colombia problemas sociales constituía un delito”¹⁰¹. O el poeta Efraím de la Cruz, quien igual que el escritor bogotano, “Ha buscado, y continúa buscándolos, sus amigos entre los miserables, que son carne de perpetua rebeldía”¹⁰²

Al final, en su afición por las vidas sencillas pero extraordinarias, Osorio Lizarazo exclamaría pletórico e identificado de lleno con sus retratos: “–¡Cuán hermosas son las vidas opacas y cuán dignas de admiración las que languidieron en la penumbra, cumplieron, en su hora, con su deber y no recibieron jamás recompensa ni fueron glorificados, ni abandonaron su ingenuidad perfecta!”¹⁰³

Si bien Calvo Isaza entrevé en la experiencia de Osorio Lizarazo como cronista en los años veinte en los bajos fondos bogotanos un acercamiento a la naturaleza masiva que presentaba “lo popular en la modernidad”, encuentra en las “biografías de nadie” personajes específicos donde el pueblo deja de ser una entidad amorfa y sin personalidad, para devenir en valores precisos: el apostolado y la tenacidad en medio de un ambiente adverso, así como la sinceridad de vivir bajo la propia ley. Unos valores que caracterizan su propio devenir en un ambiente que lo divorcia entre su prurito novelesco y la necesidad de emplearse como periodista y burócrata; ambiente donde poco a poco se irá alejando del

⁹⁹J.A Osorio Lizarazo, “Pablo Emilio Mancera, el hombre que durante 40 años publicó un periódico del que era el único lector”, *Novelas y crónicas*, Op. cit., p. 329

¹⁰⁰J.A Osorio Lizarazo, “Biófilo Panclasta: el anarquista amigo y compañero de Lenin, que conoció los horrores de la estepa de Siberia”, *Novelas y crónicas*, Op. Cit.,p. 367

¹⁰¹J.A Osorio Lizarazo, “La vida extraordinaria de Jacinto Albarracín, el primero en en América ensayó un gobierno de soviet”, *Novelas y crónicas*, Op. Cit., p. 426

¹⁰²J.A Osorio Lizarazo, “Efraím de la Cruz”, *Novelas y crónicas*, Op. Cit., p. 478

¹⁰³J.A Osorio Lizarazo, “La vida extraordinaria de Jacinto Albarracín, el primero en en América ensayó un gobierno de soviet”, *Novelas y crónicas*, Op. Cit., p. 429

clima bohemio y revolucionario de los años veinte que lo formara como cronista. Igualmente valores que son relativos cuando analizamos la percepción que tenía de sí mismo y de la posición que alcanzara como intelectual, así como el resentimiento derivado de su frustración y el consecuente pesimismo que irá a ponerle límites a su narrativa.

En resumen, el pesimismo característico que lo acompañará durante su vida surgió de su posición como intelectual, sin embargo, podemos sugerir que se traiciona un poco en su apostolado cuando prefiere vender su pluma en vez de entregarse a la literatura pese a todo; pero eso sería exigirle elecciones contrafactuales, lo que interesa es observar cómo el pesimismo limitará sus horizontes literarios así como la visión que tiene de la miseria como gran tema de su escritura, cada vez más reprimida y concentrada en sus aspectos negativos, si bien con una intención de denuncia¹⁰⁴.

En el mismo sentido, la miseria tendrá efectos totalizantes sobre los personajes y poco o nada quedará en sus novelas de heroísmo o de los valores de antaño. Su literatura tomará de Gorki las relaciones del personaje con el medio, de su propia biografía y posición las posibilidades de acción. Al escritor bogotano se le podría aplicar lo mismo que anota sobre el ruso: Gorki, nos dice Osorio Lizarazo, nos dice cómo pensó y sufrió el “hombre inferior, el desposeído, el desdichado”, pero no contempla a sus miserables y “cadáveres” como “poderosos instrumentos de un combate del miserable contra una sociedad de especuladores, sostenidos y amparados recíprocamente. Eran, simplemente, objetos terribles que podrían tirarse a la calle para que la gente los viera. De esta suerte, separaba las clases: y al separarlas, arrojaba las unas contra otras”¹⁰⁵. Es curioso ese arrojado de unas clases contra otras, porque el verbo aduce un acto físico más que dialéctico, un espectáculo casi natural antes que un acto social, como si la división de la sociedad pudiera estrecharse solo a través de la visión terrible de la miseria hiriendo la mirada desde arriba. No existe relación entre las clases sociales, sino un abismo donde la barbarie opera en la cima con la acumulación y en la base con la privación.

La miseria adquiere dimensiones casi “mitológicas” en algunas crónicas de Osorio Lizarazo así como en sus novelas; por lo menos en las novelas que abordamos en este estudio, veremos que los personajes, César Albarrán en *Hombres sin presente* (1938) no puede discurrir más allá de la preocupación absoluta por sobrevivir con su salario de empleado público, tironeado entre los gastos domésticos, el pago de la empleada doméstica, las deudas con la casa de empeño, el arriendo, el mercado, etc.; toda la novela gira alrededor de

¹⁰⁴ Se podría decir algo parecido sobre Osorio Lizarazo a lo que anota Claude Grignon sobre Zola: “Pero el pesimismo de circunstancia de Zola, consagrado a su “novela proletaria”, es tan marcado, su toma de partido tan evidente que (...) es casi una novela edificante al revés, con vitriolo en vez de agua de rosas”, ver “Composición novelesca y construcción sociológica”, en Claude Grignon y Jean-Claude Passeron, *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*, p. 177

¹⁰⁵ J.A Osorio Lizarazo, “Un nuevo aniversario de Maximo Gorki”, *Novelas y crónicas, Op. Cit.*, p. 554

la amenaza por descender a la indigencia en contraste con la simulación social que ostenta con su esposa como miembros de clase media. Por su lado, Tránsito, la protagonista de *El día del odio* (1952), transita irremediamente desde su origen de jovencita campesina recién llegada a la ciudad para emplearse en una “casa de familia”, como símbolo de la mayor inocencia e ingenuidad, hacia la prostitución impuesta en primer lugar por las leyes sociales que castigan la vagancia a la que se ve obligada luego de ser expulsada de la casa donde trabajaba, y que en adelante se combinará con otros males y la imposibilidad ciertamente melodramática, que impone el autor para que Tránsito consiga los dos pesos con sesenta centavos que necesita para retornar a su pueblo. En ambos casos, la individualidad desaparece antes las fuerzas sociales que arrastran a los personajes y la miseria se erige como reducto físico y moral del ambiente donde se debaten.

En una de las crónicas incluidas en *La cara de la miseria*, que aborda los pasajes como lugares característicos de la ciudad –y que aún hoy perviven, como el Rivas, Hernández, Las Nieves –, la miseria combina su “gesto trágico” con un trazo goyesco, como anotara Hernando Téllez: “Son muchos los pasajes que hay en Bogotá. La miseria los preside como un dios mitológico. En todos se aglomeran, en repugnante promiscuidad, los productos multiformes de la máxima pobreza. Por todas partes pueden verse chiquillos sucios y mujeres repulsivas. De vez en cuando se observa también un rostro siniestro, que evoca el presidio. Hay zapateros que van a buscar trabajo a la ciudad (la ciudad, porque podría creerse que aquello es un mundo aparte). Hay carpinteros, latoneros, y hay también vagos”¹⁰⁶

Una miseria que reúne sectores obreros de ínfima categoría junto con el hampa y sus secuelas, donde la infancia transcurre junto con la deformidad de la pobreza; donde se percibe por debajo de la ruindad y la promiscuidad, señales de tiempos pasados donde la bohemia y la alucinación añeja también tienen su rincón. En uno de esos pasajes encuentra a su paso a un anciano que abría una puerta “cubierta por gruesos letreros que contenían invectivas contra las autoridades y contra el presidente de la República, frases que eran terminadas por místicas plegarias”, un anciano a quien le habían “pervertido” a sus hijos e hijas a manos de la policía, y que luego encerrarían en el manicomio por escribir hojas sueltas donde cambiaba “articulitos” de la constitución; un sujeto que luego de salir y ante la expectativa de la vejez se postra a escribir dramas y memorias donde lo personal y las costumbres bogotanas por igual aparecían. “Reía. Reía el anciano entre sus barbas blancas y ásperas. Reía al pensar en la conmoción social que hubiese producido al continuar invirtiendo los artículos de la constitución”¹⁰⁷, así como reía al recordar la persecución que había sufrido en su vida, pero se indignaba cuando volvía a pensar en sus hijas. Al final el cronista sigue su camino ante la grandilocuencia del viejo y el estrepito de sus carcajadas.

¹⁰⁶ J.A Osorio Lizarazo, *La cara de la miseria*, p. 125

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 127

La cara de la miseria con sus rasgos lastimosos y pintorescos, con su “rostro siniestro” a veces y otras con sus perfiles heroicos, alucinantes y multiformes; la visión del pueblo que se desliza a través de las tempranas crónicas urbanas y luego en sus novelas tendrá en sus personajes productos específicos y a despecho de la modernización¹⁰⁸, pero agregaríamos que la miseria nunca deja ser una presencia mayor que gravita sobre sus vidas, arrojando un pueblo –con rostros precisos: feroces, humillados o indiferentes –que deja de estar al margen de la acción novelada e histórica, para devenir una presencia propia del proceso de masificación urbana y como denuncia de una sociedad cimentada en la exclusión y la injusticia. La preeminencia de “la miseria humana” en la obra de Osorio Lizarazo sugiere finalmente “el desencantamiento del pueblo ensalzado por los románticos y el ascenso de un pueblo violento, monstruoso y amenazante”¹⁰⁹

Con el regreso de los liberales al poder en 1930, el cronista y escritor empezará a recorrer no solamente las mesas de redacción, sino las oficinas del Estado, experiencia que definirá su visión pesimista para llevar a cabo el oficio de la literatura pero donde al final de cuentas reconocerá su propio sacrificio y mérito: “nosotros tenemos que reservarnos nuestro sencillo papel de precursores (de las “letras”), porque este es el servicio que le estamos prestando al futuro. No importa que para ganarnos la vida tengamos que ir a colocar una tarjeta en la ranura de un reloj provisto de sello para que nuestros jefes sepan que estuvimos a hora reglamentaria en nuestro puestos y que no le estamos usurpando al Estado el estipendio que nos paga por redactar correspondencias o estudiar estadísticas”¹¹⁰ A partir de sus incursiones burocráticas en los sucesivos gobiernos liberales, forjaría las relaciones con los políticos que servirían de referentes y apoyo a la hora de encontrar un empleo o una recomendación, como Alfonso López, Eduardo Santos o Jorge Eliécer Gaitán. Con Santos existió un constante intercambio epistolar desde 1930, cuando el futuro presidente lo felicitaba por liderar con “espléndido civismo” la dirección del periódico *La Prensa* de Barranquilla; esta carta respondía a la que le había dirigido el escritor a propósito del nombramiento de Santos en la cartera del Ministerio de Relaciones Exteriores ese mismo año. En 1933, esta vez sería López Pumarejo quien lo felicitaría a través de un telegrama, con ocasión de la reciente aparición del periódico liberal *El Herald*, del cual oficiaba como jefe de redacción Osorio Lizarazo, frente a la ausencia de prensa liberal en la costa atlántica y muy a tono con la campaña presidencial que estaba adelantando.

“De su adhesión al gobierno de López da prueba también su paso como director, entre 1935 y 1936, del *Diario Nacional*, medio vinculado al Partido Liberal, y en donde escribe las

¹⁰⁸ Anota Calvo Isaza: “(...) para el novelista el pueblo no será una entidad abstracta sino un grupo humano interdependiente, poliforme, cuya disgregación explícita en mineros, sirvientas-prostitutas, jornaleros agrícolas, artesanos, periodistas o empleados, distintos unos a otros, con sus propios intereses y contradicciones, es un producto histórico de la modernización” *Las biografías de nadie...*, p. 54

¹⁰⁹ *Ibíd.*, p. 95

¹¹⁰ “[Entrevista manuscrita]”, [Bogotá, 1942-1943]: Fondo JAOL, I, 1 (219-224)

columnas que luego reuniría en su libro *Ideas de izquierda. Liberalismo, partido revolucionario*¹¹¹. En este conjunto de crónicas se dedica a atacar a los llamados “liberales de derecha” que se obstinaban en oponerse a las reformas sociales del presidente; se incluía dentro de un anhelo amplio que lo afiliaba a un “liberalismo de izquierda” que llevaría al pueblo a un mayor reconocimiento en la vida nacional, pero que lastimosamente se encontraba en tránsito de ser “traicionado”.

Como ejemplo de su adhesión a los programas reformistas de López, Osorio Lizarazo escribe: “Somos liberales al proclamar la reforma del concordato como una necesidad ineludible, porque la absoluta independencia del poder civil siempre fue tesis del liberalismo”, o “somos liberales en nuestra aspiración de difundir la cultura por todas las categorías del conglomerado social, pero muy especialmente por los más humildes, cuya angustia es preocupación constante de nuestro espíritu”, o, para dar un ejemplo más, “lo somos también cuando pedimos el establecimiento de un sistema tributario más equitativo y sensato, que gravite sobre los ciudadanos en acuerdo con sus posibilidades económicas”¹¹²

Durante el segundo gobierno de López Pumarejo (1942-1945), encontramos de nuevo a Osorio Lizarazo como empleado público, primero como bibliotecario de la Estadística Nacional de la Contraloría de la República (1943-1944) y luego como revisor contador en el Ministerio de Trabajo (1944), cuando Jorge Eliécer Gaitán era aún jefe de esa dependencia¹¹³. Luego de este empleo, y cuando Gaitán decide lanzar su candidatura a la presidencia de cara a las elecciones dos años después, invita al escritor a acompañarlo en la campaña y la posterior fundación y dirección del periódico gaitanista *Jornada*, donde trabajará durante algo de un año.

Con respecto a los intelectuales a los cuales acudiría el escritor ya no con una necesidad de empleo sino más bien publicitaria, sería Germán Arciniegas la figura más destacada en su labor de promotor cultural; ya hacíamos referencia a la publicación de *La cara de la miseria* en una editorial de corta vida que dirigía el intelectual, pero luego se extendería esta ayuda con la inclusión de Osorio Lizarazo como colaborador de la *Revista de las Indias* cuando Arciniegas estaba a su cargo; igualmente, después de haber ocupado la cartera del Ministerio de Educación, fue invitado como jurado en representación del país en el concurso literario de la editorial Ferrar & Rinehart de Nueva York. Estando allí gestionó para que las novelas *El camino en la sombra* y *El hombre bajo la tierra* de Osorio Lizarazo fueran incluidas dentro de las obras para concursar, aunque sin éxito.

¹¹¹ Felipe Vanderhuck, *La literatura como oficio: José Antonio Osorio Lizarazo 1930-1946*, p. 97

¹¹² J.A Osorio Lizarazo, “Una política diáfana”, en *Ideas de izquierda. Liberalismo, partido revolucionario*, citado por Vanderhuck, *Ibid.*, p. 98

¹¹³ *Ibid.*, p. 103

De estas experiencias y ardidés en su búsqueda de reconocimiento, “Lo que puede resaltarse es el hecho de que Osorio Lizarazo cifrara sus esperanzas de ascenso social y de consagración intelectual en esa incierta red de vínculos que lo ligaba a los notables de la política y de la cultura nacionales, una red que, en su caso, representaba una fuente constante de ilusión y desilusión y era el origen de tantas profesiones de fe y apostasías”¹¹⁴ La percepción de Osorio Lizarazo durante esos años con respecto a su precaria posición como intelectual era fundamentada por los cargos secundarios que ocupó en comparación con otros intelectuales que consideraba sus iguales; igualmente, sus lamentaciones con respecto a la consagración literaria si bien eran ciertas, no puede decirse que fueran diferentes para otros que intentaban construir una obra literaria, y tampoco si se tiene en cuenta que lograría publicar doce libros durante estos años con desiguales respuesta en ventas; es necesario relativizar las condiciones objetivas con respecto a su propio punto de vista, siempre exagerando las limitaciones de un ambiente poco propicio para el ejercicio intelectual¹¹⁵.

En consecuencia, es razonable afirmar que la frustración de Osorio Lizarazo con respecto a la posición adquirida como intelectual era relativa si se compara con la situación objetiva durante de la época con respecto a la posibilidad de ganarse la vida de la literatura; más bien alude a un “desfase” entre sus expectativas y las condiciones materiales a las que se vio obligado para sobrevivir, y que considerara ámbitos menores el periodismo y la burocracia para su vocación de escritor. En el mismo sentido, no era cierto del todo que su modesto reconocimiento no tuviera recepción entre sus contemporáneos, ya que varias veces fue objeto de comentarios favorables y su obra apareció incluida en diferentes instancias legitimadoras. En tres ocasiones Osorio Lizarazo, pese a sus constantes quejas, recibió estímulo oficial: “con la publicación de su cuento “Job” en la *Selección Samper Ortega*; con su libro sobre Santander, donado por el Ministerio de Educación a las escuelas primarias oficiales, y con *El hombre bajo la tierra*”¹¹⁶ Todo apunta a que la imagen que proyectaba de sí mismo como escritor estrangulado por la burocracia y el periodismo habían calado entre sus pares, si ponemos atención a lo que anotaba el propio Daniel Samper Ortega–intelectual liberal muy acucioso dentro de la política cultural de esos años– en el prólogo a la selección mencionada: “!quién pudiera asegurarle una vida menos inquieta, para que se entregara de lleno a la novela!”

¹¹⁴*Ibíd.*, p. 102

¹¹⁵ Con respecto a los sucesivos salarios que recibió Osorio Lizarazo como periodista y burócrata, Vanderhuck precisa: “Si comparamos los datos más confiables de que disponemos, es decir, su salario mensual de 250\$ entre 1933 y 1934; de 350\$ en 1939; de 150” en 1940 y de 200\$ entre 1943 y 1944, con un estudio reciente sobre las condiciones de vida en Bogotá durante la primera mitad del siglo XX, los resultados indicarían que Osorio, incluso con su salario más bajo, nunca salió del rango de trabajador “medianamente calificado”, e incluso (...) llegó a estar en el de trabajador “calificado””, *Ibíd.*, p. 67. Igualmente, con respecto a las ganancias editoriales por la publicación de sus libros: “Si bien parecía muy difícil, para un autor, ganar dinero por la venta de sus libros, no lo parecía tanto que éstos “vieran la luz”” Para ampliar la información sobre este aspecto, ver *Ibíd.*, págs. 78-84.

¹¹⁶*Ibíd.*, p. 84

Casi siempre Osorio Lizarazo se presentaba como trabajador abnegado, ajeno a las dádivas y el carácter transaccional que asumían las relaciones de los intelectuales con el poder, muy concordante con las vidas sencillas y extraordinarias que admiraba en los años veinte en sus “biografías de nadie”. También sería el rasero a partir del cual criticaría después a la clase política a la cual había tenido que acudir. De Eduardo Santos, quien fuera su jefe en *El Tiempo* y referente constante para su carrera, diría después que hizo su carrera a base de intrigas, hipocresías y complacencias.

Muy a tono con lo que diría sobre Luís María Mora, poeta que hizo parte de la bohemia donde se formó Osorio Lizarazo, podría decirse que se sentía representado también de esa manera:

Sólo quienes hayan seguido la misma trayectoria, quienes sientan dentro de sí la llama viva de la valorización interna como compensación al menosprecio o a la incompreensión colectiva, son aptos para comprender la cuantía de este combate interminable: combate consigo mismo para vencer esa superioridad perjudicial, y contra la mediocrización de ambiente, que pide para su dominio elementos implacables, capaces de dominar, no por el fulgor de la inteligencia, sino por el valor de la voluntad egregia e inquebrantable¹¹⁷

Desde su propia vivencia y valoración, existe un paso para encontrar en su registro realista sobre la miseria y quienes la padecen, una exposición sustantiva con respecto a la imposición del ambiente sobre el temperamento y los instintos y sentimientos consecuentes. A continuación realizo una cita de una entrevista en 1951, que se justifica en su extensión porque evidencia el pasaje identitario del resentimiento como producto biográfico y social:

Los sentimientos se deslíen (...) El corazón se llena de odio y de rencor. Por todas partes contempla uno en torno, con el ánimo roído por la envidia, el progreso de individuos pertenecientes a determinados grupos sociales y económicos, sin esfuerzo ni lucha ni títulos ni méritos, mientras uno se ve cada día más aplastado y pospuesto. Se siente uno mezquino y agobiado por el espíritu de venganza contra todo y contra todos: contra todo, el sistema social, el religioso, el profesional; contra todos, los que progresan, los que satisfacen sus necesidades y hasta sus deseos, los que disfrutan de toda la alegría de la vida, mientras uno saborea en su desamparo la amargura y el dolor. La ideología anárquica no se forma en la mente sino en la sensibilidad, y el odio es una pasión predominante en el desgraciado: y todas estas pasioncillas destructoras son lo que va quedando de la flamante persona humana¹¹⁸

Y continúa:

¹¹⁷ J.A Osorio Lizarazo, “Luís María Mora”, en *Novelas y crónicas, Op. Cit.*, p. 420

¹¹⁸ Carta de Osorio Lizarazo dirigida a Eduardo Putnam Tanco (Oct. 19 de 1951): Buenos Aires. Fondo JAOL, V, 37 (67-71)

Perdóneme que me ofrezca como tal ejemplo. Es lo cierto que yo he apelado a todos los resortes de mi voluntad y de mi modesta inteligencia para hacer converger ese padecimiento, esa situación económica específica, hacia una posición ideológica y hacia una lucha noble. Pero coloque usted los mismos sufrimientos sobre ánimos totalmente incultos, analfabetos, que no tuvieron jamás la oportunidad de definir sus instintos morales, que carecieron de una válvula (sic) de escape- la ficción cultural o estética, por ejemplo-, que descendieron a peores abismos empujados por la indiferencia y el egoísmo humanos y encontrará que: en ellos la inferioridad económica y social adquirió caracteres esenciales con efectos casi absolutos; la integridad del ser humano quedó reducida a la lucha para subsistir, esto es, al más elemental de los instintos; en ellos se abonó un territorio moral y espiritual aptos para un odio y una represalia no sujetos a método o a finalidad porque carecieron de todo sentido solidario para sistematizar incluso sus actos más espontáneos, la política estimuló la invivencia (sic), y de paso los explotó, los engañó y los hundió más profundamente en su abyección; y aun cuando (sic) no adquirieran conciencia de esto último, los efectos subconscientes o inconscientes del hecho determinaron sus impulsos¹¹⁹

Quedan planteados los sentimientos comunes entre el escritor y sus miserables, y la fuente de ese amor por el pueblo y la función vindicativa que le atribuyera a su literatura; quedan planteados también los impulsos y los “bajos instintos” que Gaitán vendría a despertar en las multitudes en su intención por sacar al pueblo de la oscuridad histórica. Los sentimientos populares como efecto de la exclusión por parte de la sociedad así como “poder difuso”, como diría Pécaut, frente al miedo que despertaron. Pero veamos cómo sucedió.

Gaitán y sus efectos históricos

Se ha discutido bastante acerca del papel de Jorge Eliécer Gaitán y el movimiento político que lideró en la historia del país; casi todos los estudios se han concentrado en la figura del líder, su oratoria, los aspectos de su vida pública o su formación intelectual y política; para esta aproximación me he concentrado en los trabajos de Pécaut, Braun y John W Green, los cuales son abundantes en detalles y análisis sobre el personaje así como en la composición social y el desarrollo del gaitanismo. Antes de proceder con mi acercamiento, quisiera exponer brevemente el contexto político que precede y explica en parte el surgimiento del gaitanismo como movimiento popular. Tenemos que recordar las reformas sociales llevadas a cabo durante la República Liberal (1930-1946), principalmente durante el primer gobierno de Alfonso López, donde el acercamiento entre el Estado y los sectores obreros creó un ambiente de agitación revolucionaria que al final del periodo se desvaneció. Sin

¹¹⁹Ídem.

embargo, creció durante el periodo el proceso de sindicalización, se dieron mayores garantías para el derecho de huelga, se promovieron manifestaciones desde el gobierno e incluso el mismo López en varias ocasiones ofició como mediador en conflictos entre empresas y trabajadores. La “paz industrial” tuvo su mayor credibilidad con la actuación de López y las reformas laborales que ayudaron a formalizar cada vez más aspectos vitales en las relaciones obrero-patronales. Sin embargo, al final de su primer mandato se anunciaría la pausa en las reformas, dejando en buena parte a la clase obrera huérfana del respaldo institucional que había gozado. Como lo advierte Archila, no se puede observar solamente desde el Estado el desenvolvimiento del movimiento obrero en la época: “La acción del Estado, por más hábil que sea no explica la historia obrera en su totalidad. Factores como la escasa presencia de la organización sindical en el conjunto de la fuerza de trabajo, la ausencia de federaciones o confederaciones, y la misma crisis y aislamiento de las organizaciones de izquierda, jugaban su papel en los cambios que sufría el movimiento obrero por esa época”¹²⁰.

El Partido Comunista –luego transformado en el PSD (Partido Socialista Democrático) –así como la CTC (Central de Trabajadores de Colombia) serían las instancias políticas que adherirían al proyecto lopista y su ilusorio *Frente Popular*, que según el presidente era un “fantasma” creado por la oposición pero que muchos simpatizantes del gobierno invocaban, realmente sellando más allá de las ilusiones creadas, una alianza electoral más que de clase. Según Tirado Mejía, “López consideraba que la intervención en los conflictos sociales debía tener una función preventiva, que la “agitación profesional” tenía sus bases en las desgraciadas condiciones de vida del campesino y que el criterio democrático de la ley y la aplicación de la democracia eran “una valla segura contra la invasión de la propaganda revolucionaria socialista y comunista”¹²¹

El apoyo brindado al sindicalismo residió justamente en el otorgamiento de personería jurídica a organizaciones de trabajadores que funcionaban como asociaciones mutuales o patronales, el derecho de huelga así como en el reconocimiento de otros recursos que legalizaban las luchas obreras, blindándolas frente a la acusación recurrente de sublevación de las que eran objeto. Incluso desde el gobierno de Olaya Herrera la nueva legislación había iniciado, pero solo con la Revolución en Marcha el movimiento sindical encontraría su mayor resonancia y acogida dentro del liberalismo:

En 1931 se consagró la ley 83, que legalizaba la existencia de los sindicatos, aun cuando se mantenían imprecisiones conceptuales (por ejemplo, la ley permitía que el nombre sindicato fuera usado por asociaciones patronales). Simultáneamente se expidieron otras disposiciones laborales como las que consagraron las vacaciones remuneradas, la supresión del sistema de subcontratación y la adopción formal del

¹²⁰ Mauricio Archila, *Cultura e identidad obrera. Colombia (1910-1945)*, p. 279

¹²¹ Daniel Pécaut, *Orden y violencia. Colombia (1930-1953)*, p. 79

acuerdo de la OIT sobre las ocho horas de jornada laboral (esta última fue la ley 129 de 1931, que fue reglamentada sólo hasta 1934 por el Decreto 895)¹²².

Cabe destacar que hubo bastante resistencia al inicio para la institucionalización de sindicatos, debido a la pervivencia de asociaciones mutualistas que confundían el sindicato con una “casa de beneficencia”, igualmente, la presencia –que se prolongará durante todo el periodo– de sindicatos paralelos y patronales, así como la reticencia de la Iglesia y sectores conservadores, sobre todo en Medellín, donde era más fuerte la industria textil, fueron factores que demoraron hasta 1934 el arranque del proceso; ciudades como Bogotá, Barranquilla o Cali fueron los epicentros de organización obrera durante el periodo, y los sectores más combativos los trabajadores de transporte asociados a la FEDENAL, es decir, trabajadores fluviales del río Magdalena principalmente, comprendiendo braceros, estibadores, trabajadores de puerto, entre otros; igualmente, los ferroviarios estuvieron muy activos, quienes a su vez se asociaron en Ferrovías, siendo estas federaciones obreras dos importantes fortines sindicales de negociación destacados por el resto de trabajadores en el país. Es preciso constatar que la mayor presencia de luchas y protestas sociales durante el periodo estuvieron concentradas durante el periodo en las zonas rurales, ligadas a los sectores cafeteros, enclaves, transportes fluviales, petróleos; sin embargo, el peso organizativo y de movilización tenía en los epicentros urbanos consonancias que al final presionaban un ambiente más propicio para la negociación.

Con la llegada de López al poder aumentan las huelgas, frente a lo cual el presidente manifiesta de antemano su legitimidad y el papel del Estado como árbitro y no como instrumento de las clases dominantes. En este aspecto es crucial también al viraje ideológico que tendría el PC con respecto a la transición en la lucha de clases en el país¹²³, incluso bajo la desaprobación de la III Internacional desde Moscú; empezaron a sentirse aliados del proyecto lopista, bajo consignas como “Con López, contra la reacción”, juzgando que el capitalismo colombiano aún no presentaba el desarrollo de las fuerzas productivas necesario para una confrontación entre el proletariado y la burguesía; por el contrario, era necesario apoyar el crecimiento industrial porque en ese proceso se fortalecería la organización sindical, madurando su conciencia de clase así como sus armas políticas. Es diciente de la alianza entre Estado y sindicatos el 1ero de mayo de 1936, cuando las masas trabajadoras se reúnen en la Plaza de Bolívar y el presidente invita a intervenir en el balcón presidencial al dirigente obrero Gilberto Vieira y al socialista Gerardo Molina.

¹²² Mauricio Archila, *Cultura e identidad obrera. Colombia (1910-1945)*, p. 265.

¹²³ Según el Partido Comunista, “la lucha de clases sólo se podía desarrollar en ese momento en Colombia en el plano económico”, es decir, reconociendo que la consolidación de un capital nacional antecedía la unificación de un frente obrero. “En realidad esta concepción abría campo, en el plano político, a combinaciones y a alianzas flexibles e inestables”. Ver Daniel Pécaut, *Orden y violencia. Colombia (1930-1953)*, p. 239

En 1937 López Pumarejo anuncia la pausa del periodo de reformas, ante la creciente oposición de los industriales y sectores de la burguesía, así como de sectores reaccionarios del liberalismo, asociados algunos en la APEN (Acción Patriótica Económica Nacional); igualmente, se volvieron recurrentes como parte de la estrategia en contra del avance del sindicalismo el “licenciamiento de los “cabecillas”, casi por todas partes; creación en Antioquia, con la colaboración de la iglesia, de sindicatos patronales; negativa a negociar los pliegos, sean o no presentados por sindicatos; amenazas de *lock-out* (cierre de fábricas) desde el momento en que un conflicto parece inminente”¹²⁴

Después vendría el gobierno de Eduardo Santos, dueño del periódico liberal de mayor circulación del país, *El Tiempo*, quien era identificado como representante del liberalismo de derecha; su periodo presidencial efectivamente permitiría el aflojamiento de las relaciones entre el Estado y las organizaciones obreras, dentro de otros factores que actuaron en su contra: la creciente burocratización de éstas similar a la de los partidos tradicionales; se evidenciaba una fragmentación entre la dirigencia sindical y la respuesta de las bases, así como una falta de coherencia y claridad de acción; de igual manera, las afectaría la ocurrencia de las huelgas “locas” que se sucedían en desmedro de su potencial para obligar a las empresas a negociar, así como en su desconocimiento de parte del gobierno, que acusaba al sindicalismo, haciendo eco de los sectores más reaccionarios, de tener objetivos políticos y no solamente reivindicativos.

Con el regreso de López al poder en 1942, las expectativas por el regreso de las reformas sociales seguía presente y las ilusiones creadas por pasado *Frente Popular* todavía calaban en la movilización de la clase trabajadora. Sin embargo, se le fue su segunda presidencia defendiéndose de un partido conservador cada vez más ácido en sus críticas, así como de parte de Gaitán, quien ya se presentaba como líder de un movimiento disidente del liberalismo. Los ataques al gobierno debido a los casos de corrupción y nepotismo, el asesinato de “Mamatoco”, un boxeador negro que supuestamente era informante de la policía y se veía involucrado en rumores que afectaban a la familia del presidente, así como la polémica por la nacionalización de la trilladora alemana Handel, que salpicarían a su hijo Alfonso López Michelsen, afectarían seriamente la imagen del presidente y el respaldo popular del que gozaba gracias a la “paz social” que había logrado parcialmente durante su primer mandato. De manera un poco dramática, tuvo lugar también un intento de golpe de estado de parte de algunos militares que detuvieron por algunas horas a López en Pasto en 1944, sin tener respuesta de los mandos militares ni apoyo popular. La CTC declararían la huelga general al otro día. Al final renunciaría ante el congreso faltando un año para su terminación, dejando a Alberto Lleras Camargo al frente del gobierno, quien tenía la principal misión de asegurar el año entrante unas elecciones en paz ante un clima político cada vez más caldeado, y que por otra parte no dejaría de aclarar que el Estado

¹²⁴Daniel Pécaut, *Orden y violencia. Colombia (1930-1953)*, p. 246

apoyaba un sindicalismo apolítico y que no utilizara los recursos legales que le ofrecía la constitución para desestabilizar la economía y la paz industrial.

Frente a esta situación, y dado que las reformas sociales impulsadas por los gobiernos liberales se habían limitado al vínculo con las organizaciones obreras, dejando de lado al “pueblo raso” que seguía a la intemperie de su atraso y miseria, es razonable afirmar que el gaitanismo vendría a recoger las banderas caídas del lopismo. Bien adelantado el segundo gobierno de López, el descrédito en los mecanismos institucionales de regulación social estaban en crisis, así como la sospecha de fraude de las elecciones, las críticas al gobierno y su familia, la instigación de la violencia en el lenguaje y en el campo, las divisiones internas de los partidos, junto con la miseria de las masas rurales quienes ven afectados sus salarios, y el flujo migratorio a las ciudades, presentando un panorama preocupante para los dirigentes políticos:

Frente al espectáculo de la miseria rural, y su irrupción en los alrededores de las ciudades, vuelve a aparecer entre las élites, como en los años veinte, la duda profunda sobre la posibilidad de hacer entrar al pueblo en el ámbito de la civilización (...) Así se opera un desplazamiento entre “los” problemas sociales reconocidos en 1930-1936 y “el” problema social que surge con la aparición de las masas en el límite de lo social. La medicalización de la mirada política no es fortuita. A través de ella se afirman, al mismo tiempo, en un mismo deseo de dominio, el rechazo a otorgar a estas multitudes peligrosas una existencia política que implicaría el riesgo de sumir en la bruma todavía más los signos políticos, y la voluntad de captar lo que, en ellas, es portador de un potencial político difuso¹²⁵

Iba apareciendo un “exterior” a la regulación social ensayada por los gobiernos liberales; aparte de la deriva del movimiento obrero reaparecían las masas urbanas de nuevo fuera de todo mecanismo de institución de lo social, reactivando los miedos y la barbarie que se le atribuía a los problemas de la raza, agravados por situaciones de miseria, desempleo, desnutrición, incultura. Cuando Gaitán decide lanzar su candidatura a la presidencia en 1944, el “potencial político difuso” de las masas iría a encontrar en su movimiento una proyección inédita.

Dejando claro en términos generales el contexto donde irrumpió el movimiento liderado por Gaitán, quiero precisar de ahora en adelante los alcances que tuvo el gaitanismo dentro de la historia política del país, sobre todo en el carácter revolucionario que intentó imprimirle a la vida pública del país y los efectos que tuvo su propia acepción de las relaciones entre clases sociales, sintetizada en la oposición entre el pueblo y la oligarquía. En relación con la visión que tuvo Osorio Lizarazo sobre la miseria y el pueblo, quiero ubicar a Gaitán frente a estas mismas realidades, para enunciar al final las diferencias entre ambos.

¹²⁵ *Ibid.* p. 370-371

Para empezar con esta valoración histórica, es importante entender el interrogante que significó Gaitán para los sectores políticos del país, divergiendo en su ubicación ideológica de tal manera que hasta sus propios seguidores al inicio no sabían a quién representaba. Para sus opositores fue aún más desconcertante su novedosa irrupción en el horizonte político así como su legado:

Los conservadores lo señalan como un simple aun cuando inflamado demagogo que desató como un alud los resentimientos de las masas plebeyas. Los liberales lo consideran como un caudillo afortunado que se encontró casualmente con el pueblo a la vuelta de la esquina y que dividió voluntariamente el partido liberal, haciéndole perder el gobierno. Los comunistas –que le acusaron implacablemente de fascista –lo señalan ahora como uno de sus mártires, no sin negar previamente a Gaitán toda capacidad doctrinaria, porque no era escolásticamente marxista, ni tenía mentalidad proletaria, etc.¹²⁶

Con respecto a la última filiación, Gaitán inauguró su presencia intermedia entre dos realidades cuando enunció la división insalvable entre “el país político” y “el país nacional”, introduciendo un abismo entre los signos políticos y la base social donde debe buscar su razón de ser el ejercicio representativo: “En Colombia hay dos países: el país político que piensa en sus empleos, en su mecánica en su poder y el país nacional que piensa en su trabajo, en su salud, en su cultura, desatendidos por el país político. El país político tiene rutas distintas a las del país nacional. Tremendo drama en la historia de un pueblo!!”¹²⁷ De esta división se colige la separación entre el pueblo y la oligarquía, ambos conceptos poco escolásticos y aprehensibles para las categorías analíticas, pero incisivos a la hora de movilizar significados e identidades. Su concepción clasista de la sociedad no tomó de la concepción marxista sus dos clases antagonistas, porque su alegato y denuncia era más moral que económica, y juzgaba que la crisis de la vida pública derivada de los escándalos de corrupción y la falta de liderazgo exigía una transformación de la política que incentivara a invertir sus roles tradicionales:

La incertidumbre que Gaitán creaba llevó a muchos a concluir que, más que un ser humano digno de fe, era un manojito de impulsos contradictorios e incontrolables. Sin embargo, Gaitán fue un pensador y un político de notable consistencia. Las confusiones que creaba no procedían de contradicciones internas ni de flaquezas de su carácter. Surgían porque sus ideas y sus políticas eran un continuo experimento a través de un viaje no navegado entre los políticos y el pueblo. En su propia transición como parte de un pueblo menospreciado hacia una posición de respeto y de mando, colmó la brecha que separaba a los jefes de sus seguidores. Gaitán representa el paso histórico de su sociedad de un orden netamente dividido ente unos cuantos y una masa amorfa, a otro de proporciones burguesas definido

¹²⁶ Antonio García, *Gaitán. Apogeo y crisis de la República Liberal*, p. 17

¹²⁷ Jorge Villaveces (Ed.), “El país político y el país nacional”, en *Los mejores discursos de Gaitán*, p. 423

por los logros y los méritos del individuo (...) Vivía al margen, entre el pueblo y los políticos, entre lo viejo y lo nuevo¹²⁸

De esta comprensión Braun concibió a Gaitán como símbolo de una transición hacia la modernidad política en el país, desde una sociedad dividida “entre unos cuantos” y una “masa amorfa” hacia una donde el individuo, el comportamiento y la movilización de masas tendrían sus pináculos. Para entender esta transición, hay que retornar a la formación intelectual que definió la visión que tuvo Gaitán de la política.

Como es bien sabido, Gaitán terminó sus estudios de derecho en la Universidad Nacional hacia 1924, presentando como tesis de grado *Las ideas socialistas en Colombia*, que sintetiza su pensamiento social temprano y sobre todo su concepción de la sociedad no en términos de fuerzas opuestas sino en búsqueda de equilibrio¹²⁹, tesis que se afianzará con la médula positivista que en Italia junto con el padre de esa escuela jurídica, Enrico Ferri, -a su vez discípulo de Lombroso-, definiría su pensamiento y la elección del derecho penal como especialidad. De ahí su inclinación hacia la consideración del medio para entender las motivaciones y el contexto de los delitos: “Ignorar la influencia que el medio pudo tener sobre sus reacciones espirituales y mentales, equivale a abandonar lo sustancial, que es la causa, para encariñarse con lo adjetivo, que es el efecto. El hombre piensa, razona, ama u odia en virtud de un conjunto de motivos que el medio, su educación, su temperamento, su cultura le preparan y le ordenan”¹³⁰ De ahí también la consideración del comportamiento de los individuos según sus emociones, motivaciones e instintos, los cuales varían según las presiones objetivas y los lleva a actuar de distinta manera. De esa manera se alejaba de la noción clásica del derecho fundada sobre leyes eternas y una atribución al libre albedrío sujeto a la tipicidad de comportamientos.

Ya de regreso al país, “en uno de sus primeros pleitos exclamó indignado que “es el caso de pedir para estos infelices una defensa contra esa sociedad que cría monstruos para triturarlos”. De manera reveladora, elegía la defensa de los que habían sido rechazados y castigados por el orden social. Gaitán usaba las ideas del positivismo político para atacar las injusticias del orden social y a fin de obtener sentencias mínimas para los que se habían declarado culpables”¹³¹

A través de la práctica del derecho se acercaría a la realidad criminal de la sociedad, prefiriendo estar del lado de aquellos que no pueden defenderse y actúan muchas veces bajo el influjo perverso o inevitable del entorno. A partir de allí empezaría a observar la situación de privación y miseria que determinaba las costumbres y comportamientos de

¹²⁸ Herbert Braun, *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia*, p. 75

¹²⁹ “La vida social está fundada sobre el equilibrio de fuerzas opuestas” diría Gaitán en una entrevista a Juan Lozano y Lozano

¹³⁰ Mauricio Millán Vargas, “Notas sobre Gaitán y el derecho penal”, en *Mataron a Gaitán: 60 años*, César Augusto Ayala (ed.), p. 406

¹³¹ Herbert Braun, *Op. Cit.*, p. 93

muchos individuos que no habían tenido un influjo más constructivo. Por eso también se identificaba con el positivismo legal, que hacía hincapié en la prevención y no en el castigo, más en el criminal que en la naturaleza del crimen. Braun destaca en el derecho un ámbito idóneo para las facultades del futuro caudillo:

El estudio y la práctica del Derecho le abrían un mundo para el que Gaitán esta idealmente dotado. En los tribunales atacaba a la sociedad, pero lo hacía dentro de una institución prestigiosa de esa sociedad; defendía al individuo contra la injusticia social, pero lo hacía con las leyes mismas de una sociedad injusta; atacaba al orden social por su trato inhumano a los delincuentes, pero lo hacía para proteger del crimen a la sociedad; y, por último, como figura solitaria en los estrados llamaba sobre él la atención, pero sólo al estar defendiendo a otros¹³²

El cambio de mirada del positivismo se acoplaba también con la visión que tenía de la sociedad, fundada más en la armonía entre fuerzas opuestas que en el conflicto, denotando la influencia de una mirada médica de lo social: “Su modelo de la sociedad se basaba en el paradigma de la vida orgánica: la sociedad era un organismo compuesto de partes relacionadas intrínsecamente y que funcionan en armonía para preservar la vida. Se describía al orden y al progreso con la metáfora de la salud; del conflicto y la destrucción eran enfermedades y epidemias”¹³³

Con este modelo el crimen estaría asociado con una enfermedad social, en la misma línea con el debate sobre la degeneración de la raza que en los años veinte convocó a su generación aunque opuesto a su pesimismo. No solamente el crimen sino el atraso y la incultura del pueblo colombiano serían para Gaitán motivos de lucha política; la miseria que padecía el pueblo evidenciaba una falta de acción sobre la sociedad antes que un atavismo, y por eso entendería la división de la sociedad entre la oligarquía y el pueblo como ausente de un vínculo social más allá de la ignorancia y la barbarie. El pueblo que se encontró Gaitán cuando empieza su carrera política es claramente ese “exterior” de lo social al que alude Pécaut, aquello que no ha ingresado dentro de las relaciones sociales y que amenaza con invadirlo violentamente: “La subversión de los signos políticos es inseparable de la progresiva irrupción de la “barbarie” social en el campo político. La flotación de las líneas de división y la producción de un “exterior” de lo social van a la par”¹³⁴ Debido a la existencia del exterior de lo social, no era posible convocar al pueblo para hablarle de valores republicanos ni de democracia; era preciso primero que se alimentara bien, se educara y adquiriera consciencia de su alteridad frente a la sociedad: “No me habléis (...) de voluntad de un organismo sin nutrición; no me habléis de grandeza de espíritu en un organismo con disfunción en las glándulas endocrinas. No me habléis de grandes empeños y realizaciones en un hígado deficiente, o en un proceso nutritivo deficiente. Los políticos nuestros han olvidado que el hombre es una realidad ante todo

¹³² *Ibid.*, p. 92

¹³³ *Ibid.*, p. 96

¹³⁴ Daniel Pécaut, *Orden y violencia, Colombia 1930-1953*, p. 372

biológica y fisiológica. Y sin nutrición de las células y sin funcionamiento equilibrado del organismo, es vano hablar de libertad, de democracia, de justicia, de grandeza nacional”¹³⁵

Entendemos entonces el tránsito necesario para que el pueblo pueda ser llamado a intervenir en política, un sujeto histórico aún por construirse y adquirir consciencia de sí, postergado por el egoísmo de una clase dirigente ocupada de sus asuntos de espaldas a la comunidad; si se seguía aplazando esta misión histórica bien podía suceder que la miseria y la ignominia que la producía se devolvieran en contra de la sociedad: “Lo patológico y lo bárbaro aparecen así como la metáfora de un exterior de lo social en sí mismo innombrable y de donde ningún sujeto político se encuentra aún construido”¹³⁶ Si bien Gaitán insiste en la complementariedad de las fuerzas vivas de la sociedad para buscar un equilibrio, también es consciente de la urgencia de transformar las condiciones para encontrar ese punto de contacto; de lo contrario la necesidad histórica encontrará sus cauces más allá de los designios inmediatistas que tenga la política para desviarse de las corrientes profundas de la sociedad:

Como lo repite muy a menudo Gaitán la historia profunda está regida por el principio de la ambivalencia. La enfermedad, el hambre, el analfabetismo, no son obstáculos para una repentina irrupción de la acción colectiva. Y esto porque la miseria puede dar lugar, en ciertas coyunturas, para que las “fuerzas colectivas”- expresión de procesos “tan profundos, inasibles y hondos como las primarias fuerzas de la vida; tan indefinibles como la vida misma y la muerte, que no se forman por reglamentos, ni por artículos, ni por programas sino que son expresión fundamental de la especie”-, sean capaces de “derrocar tronos” y “transformar mundos”¹³⁷.

La explosión social será para Gaitán un desenlace inevitable si al pueblo se le sigue ignorando con respecto al destino de la nación, y a partir de allí su llamado al pueblo no será como una masa amorfa y carente de voluntad, sino acorde con su visión de la sociedad fundada en individuos responsables y capaces de modelar su comportamiento, y por lo tanto de jalonar un cambio histórico. Muchas críticas al gaitanismo han insistido en su personalismo y en la paradoja existente entre un líder como guía y unas masas que continúan en su mutismo y su pasividad, reproduciendo el orden natural entre líderes y seguidores. También es un escollo en la comprensión que hace Gaitán de la importancia del mérito y la competencia individual en contraste con el igualitarismo que pregona. Él mismo trataría de zanjar esta ambivalencia cuando aclaraba que las personas no son iguales entre sí sino cada una según sus capacidades y su rango. Braun llama la atención sobre este punto cuando le quita importancia a la consigna gaitanista de que el pueblo es superior a sus dirigentes. Gaitán daría pistas para aclarar el supuesto nudo gordiano, desmintiendo el destino mesiánico de los individuos así como afirmando el poder colectivo de la masa: “Si

¹³⁵ Jorge Villaveces, “El hombre: realidad biológica y social”, *Op. Cit.*, p. 473

¹³⁶ Daniel Pecaut, *Op. Cit.*, p. 393

¹³⁷ *Ibid.*, p. 396

los procesos colectivos mediocrizan al genio y lo reducen, esos mismos procesos elevan a los hombres mínimos y los ponen al novela la genialidad”¹³⁸ Green hace un aporte crucial para no seguir insistiendo en el personalismo del gaitanismo, ya que si bien Gaitán fue su figura principal, el acervo de demandas sociales que priorizó en su lucha política se alimentó del constante intercambio con sus seguidores así como de la tradición de izquierda liberal que desde Uribe Uribe y Benjamín Herrera se venía gestando¹³⁹.

De la composición social del gaitanismo y del fecundo intercambio del líder con sus seguidores iba robusteciéndose un poder de identidad del pueblo que, más allá del recurso discursivo, servía como motivo aglutinante. Asdrúbal Amarís, un importante gaitanista samario, identificaba con el pueblo un número creciente de posiciones sociales que eran vulnerables en aspectos distintos frente al capitalismo: “los campesinos, abandonados a sus enjutos recursos propios; los obreros, engañados y sujetos a todo tipo de humillaciones; los empleados, acosados por el miedo de perder su posición e incapaces de actuar como hombres libres; los pequeños comerciantes, estrangulados por los especuladores influyentes; y los intelectuales y profesionales, perseguidos por los poderosos cuando dejaban de cooperar”¹⁴⁰ Esta identificación coincidía con la propia reivindicación que hacía Gaitán del pueblo que movilizaba y trataba de reunir: “De las masas, señores, que no son tan sólo los hombres descalzos, sino vosotros también, hombres eminentes en la posición social y cultural de mi pueblo”¹⁴¹ La invocación del pueblo que hacía Gaitán era coherente con su propia visión de la sociedad conformada por individuos y sectores sociales donde los sectores más vulnerables encontraban asidero, tanto como la clase obrera y media, así como los profesionales, intelectuales, pequeños comerciantes, tenderos, entre otros.

Lo cierto es que utilizaba la figura del pueblo más allá de una argucia demagógica, y lo hacía en ese viaje nunca emprendido entre líderes y seguidores que tendría en la movilización popular y la síntesis con su líder un poder temerario y temeroso; las élites cada vez más empezaban a ver a Gaitán como un intruso, con un electorado propio y como una verdadera amenaza al orden tradicional de la política.

Aunque Gaitán hizo la mayor parte de su carrera política dentro del liberalismo, su disidencia después del segundo gobierno de López cobraría sentido cuando denunciaba la inmoralidad y el abandono de los ideales dentro de su propio partido, que en concupiscencia con el conservatismo venían a conformar lo que llamaba la oligarquía; igualmente, Gaitán era consciente de las redes de dominación que tenía ésta a través del gamonalismo y el arraigo de las identidades partidistas en el mundo rural, por lo cual nunca

¹³⁸ Jorge Villaveces, “El hombre: realidad biológica y social”, *Op. Cit.*, p. 469

¹³⁹ Esto es evidente durante la campaña presidencial iniciada en 1944 pero incluso desde antes en el epistolario que mantuvo Gaitán con sus seguidores, a quienes trataba de contestar la mayoría de veces, consciente de la conmoción y valor que tendría en algunos poblados alejados de la ciudad la respuesta de su líder político. Ver John W. Green, “Cap. 7 Vibraciones colectivas: las ideologías del gaitanismo”, en *Gaitanismo, liberalismo de izquierda y movilización popular*, págs. 161-197

¹⁴⁰ *Ibid.*, p. 232

¹⁴¹ Jorge Villaveces, *Op. Cit.*, p. 467

dejó de considerarse como el verdadero liberal que asumía el reto histórico del partido. A propósito del “inconsciente partidista” que hasta hace poco dominaría la adscripción política en el país, ya en 1946 Gaitán lo manifestaba cuando decía que para él sería más fácil vender un producto nuevo con una etiqueta vieja ya establecida, que hacerlo con colores nuevos. Ante las acusaciones de demagogo que le hacían desde muchos lados, le contestaría en una conversación privada al embajador americano de ese entonces, que comunicaba diligente a su gobierno el avance “inquietante” del gaitanismo en el país: “Yo soy un demagogo y los demás hablan con envidia (...) Yo soy graduado de tres universidades y podría, si quisiera, hablarles a las masas como un profesor. Las masas no me entendería y yo no las entendería a ellas”¹⁴²

Un lenguaje que se basaba más en la simbiosis que lograba con su audiencia en la plaza pública que en el lenguaje de la razón y la medida que utilizaban los jefes políticos a puerta cerrada; un lenguaje que acudía más a la pasión que a la altisonancia de conceptos abstractos y adornados¹⁴³. Invertiendo la fórmula de la razón que tenían los convivialistas como base de la vida pública, Gaitán “Sostuvo que la pasión era premonitoria y base de los cambios históricos: “La idea es siempre relativamente fugaz; corresponde a un reflejo de la realidad del momento. En tanto que el sentimiento tiende siempre a perpetuarse al influir sobre las nuevas generaciones”¹⁴⁴ Cada vez más Gaitán comprenderá que las acusaciones que le hacían como agitador y el tono despectivo que le dirigían cuando tachaban su actuación pública como oportunista y populista, escondían el temor que le tenían las elites; un temor que se dirigía más a las masas que movilizaba que a él mismo, aunque no dejara nunca de desconcertarlos cuando compartía con ellos sus modales en la conversación y el manejo de las pautas como hombre públicos: “Si podía comportarse responsablemente a su nivel de discurso, tan sólo para volverse irresponsablemente en las calles hacia el pueblo, entonces la distancia que a ellos los separaba del pueblo no era tan grande como lo imaginaban”¹⁴⁵ Una distancia que adquiriría aspectos amenazantes cuando lanzó su campaña por la restauración moral de la república, haciendo temer en las élites un retorno al pasado indígena y africano de la nación, atentando contra sus ínfulas hispánicas y civilizadas.

El populismo que lideró Gaitán creía firmemente en la capacidad de los individuos por cambiar su comportamiento, y mucho más si ese cambio adquiriría dimensiones colectivas, porque creía que la única salvación de la nación era que cada individuo participara de la política; de ahí que su originalidad estribara más que en su actuación pública y el lenguaje sincero que utilizaba, en la concepción de la política como asunto que debía ocuparse de las preocupaciones cotidianas de la gente. La fe que depositaba en el pueblo contradecía

¹⁴² Silvia Galvis, “Así veían a Gaitán en Washington”, en *El saqueo de una ilusión. El 9 de abril: 50 años después*, p. 32

¹⁴³ Sobre las características discursivas de Gaitán, Sharpless diría: “(...) una lectura de sus discursos revela repeticiones, contradicciones, razonamientos equivocados, distorsiones e inexactitudes; sin embargo, él entendió que sus oyentes se impresionaban más con palabras pronunciadas con poder y emoción, que con los significados precisos y con la lógica” Ver Richard Sharpless, *Gaitán of Colombia. A political biography*, p. 117

¹⁴⁴ Herbert Braun, *Op. Cit.*, p. 134

¹⁴⁵ *Ibid.*, p. 174

directamente el pesimismo de muchos jefes políticos, que persistían en manejar los asuntos públicos en su condición de notables manteniendo por fuera a las grandes mayorías de las decisiones trascendentales. El moralismo gaitanista atendía las “leyes históricas” dentro de un evolucionismo social, donde

(...) la posibilidad del advenimiento-*contra* el desencadenamiento de las fuerzas colectivas-, de un universo de cultura en el cual la relación social que sirve de matriz generadora mantendría la integridad del conjunto”. Por su lado, el moralismo laureanista atendía por su parte no a la historia pero si un pasado regenerador donde la lucha ente fuerzas del bien y el mal son irreconciliables: “el pesimismo laureanista, a la manera de la perversión, va directamente a su fin, sin dejar un espacio para la institución de una relación social que actúe como fundadora. El gaitanismo es profético. El laureanismo es promesa sectaria de un cataclismo renovador¹⁴⁶

A partir de la campaña de 1944, la imagen de Gaitán sería objeto de los ataques tanto de liberales y conservadores que dieron rienda suelta a sus prejuicios clasistas y raciales; se hizo más que evidente que Gaitán simbolizaba las fuerzas colectivas con sus rasgos amenazantes y su poder transformador. Tanto su voz y su cuerpo fueron armas de combate durante la campaña, invadiendo las paredes de la ciudad con su imagen a través de los afiches que sus seguidores pegaban¹⁴⁷; el programa radial “Últimas Noticias” al comando de Rómulo Guzmán también sirvió de medio comunicativo del movimiento, donde se reproducían frases del líder y se informaba de los avances de la campaña; era “un programa de radio donde se utilizaba un lenguaje procaz, chabacano y a veces vulgar fustigando a los políticos convivialistas. Se escuchaba en diferentes lugares del país e inspiró que se crearan otros programas similares. (...) Las noticias emocionales de Guzmán, la oratoria apasionada de Gaitán y los ideales románticos intercalados en los porros creaban lazos entre el jefe y sus seguidores que ningún otro político podía emular”¹⁴⁸

Muchos de los repertorios de acción utilizados por los gaitanistas eran novedoso se irrumpían ante la reserva y moderación con que se hacían las campañas políticas hasta entonces en el país:

¹⁴⁶ Daniel Pécaut, *Op. Cit.*, p. 477

¹⁴⁷ “La dramatización explícita del cuerpo de Gaitán resultaba desconcertante. Apuntaba a la conducta franca de los individuos que se mantienen inflexibles en sus creencias y en sus actos. Contradecía las acciones circunspectas en defensa del statu quo que los convivialistas ocultaban tras la distinción entre lo público y lo privado. Las formas de control corporal eran parte integral de la estructura altamente formalizada de los convivialistas y eran fundamentales en su separación del pueblo; el comportamiento de Gaitán era una rebelión consciente contra las barreras sociales que la élite mantenía. El sudor profuso, la insolente exhibición de las axilas húmedas, los brazos agitados en el aire y los dientes al descubierto le servían para recordarles a sus adversarios su propia animalidad. Contradecía su creencia de que eran expresión de la razón y del espíritu por encima de la dimensión física. Además, intensificaba su sentimiento de aislamiento como blancos civilizados y superiores rodeados de mestizos y de indios primitivos y semejante a animales” Ver Herbert Braun, *Op. Cit.*, p. 174

¹⁴⁸ Herbert Braun, *Op. Cit.*, p. 179

La presencia física de Gaitán se hacía sentir también de otras maneras. Los gaitanistas introdujeron en las ciudades una violencia política desusada. Cuando *El Tiempo* lo dejaba de mencionar durante semanas enteras, sus partidarios apedreaban las ventanas del edificio en un ritual nocturno que llegaron a comprender incluso los redactores y trabajadores del periódico (...) Los gaitanistas obligaron a Lleras Restrepo a que abandonara la campaña cuando ahogaron su voz una noche en el Teatro Municipal y lo siguieron luego hasta su casa (...) La movilización gaitanista contradecía el estilo tradicional con que los jefes invitaban a sus partidarios a la acción política y luego los despedían de ella. Era una movilización llena de ruido, de música, gritos de batalla y consignas emocionales¹⁴⁹

La convención popular convocada para el lanzamiento de la campaña en 1945 fue una ocasión sin antecedentes donde la mística entre Gaitán y su movimiento encontrarían una oportunidad para refrendar su fuerza. En septiembre de ese año “la ciudad estaba preparada para recibir las multitudes más grandes en toda su historia. Los gaitanistas se esforzaron por un montar un inmenso espectáculo, la “semana de pasión” que se efectuaría en Bogotá del 16 al 23 de ese mes. La idea era cambiarle el rostro a la política y transformar el carácter mismo de la vida pública. Durante esa semana se congregaron en Bogotá unos mil delegados gaitanistas de provincia para proclamar a Gaitán a la Presidencia en la primera convención pública y al aire libre de la nación”¹⁵⁰

Los preparativos empezaron meses antes, asignados en dos grupos, uno para la logística de la convención y el otro los espectáculos públicos; las delegaciones tenían que pagar sus pasajes pero otros militantes les ayudaban a conseguir hospedaje y asegurar que su estadía fuera cómoda en la ciudad. José María Córdoba, animoso gaitanista costeño y quien lideraba la campaña, invitó a las delegaciones a que trajeran sus propias bandas musicales, sin embargo, solo se escucharon ritmos del altiplano y del Tolima. La semana inició con 70 mil bogotanos ovacionando a Gaitán, quien realizó un recorrido por algunos barrios populares de la ciudad. Llegó a Egipto, el barrio de su infancia, a las 9 de la noche donde 15 mil seguidores los esperaban pese al retraso y el frío nocturno. El día anterior se habían organizado desfiles de taxis, automóviles y con los buses municipales y departamentales, muchos de los cuales pintaban sus carros y les escribían lemas de la campaña y los nombres de los barrios de los que procedían. Hubo desfiles de antorchas alrededor del capitolio y el palacio presidencial. Se adornó la ciudad con más de 20 mil banderas. “Esa noche el pueblo se tomó las calles adyacentes a los edificios públicos, y los convivialistas se quedaron en sus casas, tras los muros familiares, con las luces encendidas”¹⁵¹

Si Gaitán se consideró previamente como domador de los instintos “primitivos” de la muchedumbre, las proporciones históricas del espectáculo por él organizado con

¹⁴⁹ *Ibíd.*, p. 175-176

¹⁵⁰ *Ibíd.*, p. 177

¹⁵¹ *Ibíd.*, p. 186-189

seguridad le hicieron reflexionar y sentir que en realidad ahora compartía el escenario con esa multitud cuyo estímulo estaba recibiendo. La metáfora refleja así la recíproca intimidad del líder y sus partidarios¹⁵²

Los grandes periódicos dieron un matizado cubrimiento al evento, y no dudaron en calificarlo como muestra de la costumbre de Gaitán de agitar “los más bajos instintos del pueblo”, que no dejaría de ser una “convulsión efímera, vulgar y emocional”. “Pero para Gaitán el espectáculo lo era todo, no tanto porque era un demagogo como porque era un positivista con una noción del cambio histórico. Creía en que la política y la vida social condicionaban el comportamiento individual, y que un espectáculo como el que había montado podía alterar la concepción que el pueblo se hacía de sí mismo”¹⁵³. Se hacía patente la poderosa combinación del espectáculo como esencia de la política, en su función primordial de imprimir en una actuación colectiva y grandiosa la posibilidad de que la multitud adquiriera consciencia del lugar que ahora ocupaba, en consonancia con la creencia de Gaitán en lograr un clima donde la confianza y el contagio eran potenciadores para el cambio que se avecinaba. “La convención fue importante justamente porque creía que el pueblo podía aprender de ella”¹⁵⁴

Después de las elecciones, donde Gaitán quedaría detrás de Ospina Pérez y del candidato oficial del liberalismo Gabriel Turbay, su fuerza política seguiría adelante de cara a las elecciones para el congreso y asambleas en 1947, más cuando era la primera vez que alguien osaba desafiar el esquema partidista y se proyectaba como el más opcionado candidato para ser presidente cuatro años más tarde.

Por su lado, la experiencia del movimiento en las zonas rurales tenía varias dificultades organizativas que sin embargo no menguaron la consolidación de valores de solidaridad con el líder así como la convicción de que se estaban enfrentando con múltiples estrategias de desprestigio y recursos arraigados para controlar la contienda electoral. Cada vez eran más evidentes problemáticas que le podían restar votos al gaitanismo y en últimas que llevaban al choque con las prácticas enraizadas de la política tradicional: “fuera de la obvia atracción del gaitanismo, había cuestiones problemáticas cuya solución tomaría más tiempo: la reintegración liberal, las luchas políticas internas, el oportunismo y el papel ambiguo que Gaitán desempeñaba”¹⁵⁵

Pese a estos escollos, el enfrentamiento entre la movilización popular y el control político del caciquismo, se consolidaron valores y solidaridades dentro del gaitanismo: “su comprensión de los peligros que el fraude electoral y otras formas de manipulación representaban para la democracia” Al final, frente a estos problemas y otros como la poca experiencia política de muchos líderes locales en los comités gaitanistas en los pueblos, y a

¹⁵² *Ibid.*, p. 195

¹⁵³ *Ibid.*, p. 199

¹⁵⁴ *Idem*

¹⁵⁵ John W. Green, *Gaitanismo, liberalismo de izquierda y movilización popular*, p. 316

la dificultad que resultaba querer poner en manos de Gaitán todas las decisiones del movimiento, como por ejemplo la elección de nombres para las listas, “Muchos gaitanistas seguían creyendo que pese a la confusión dentro del movimiento, la mejor defensa contra la perversidad de la oligarquía radicaba en hacer que el pueblo se involucrara en el proceso de selección”¹⁵⁶

La existencia del gaitanismo en ese momento se encontraba en su momento de mayor consolidación: la fe de Gaitán en el pueblo se veía respondida por una creciente consciencia de éste para participar en las instancias de la vida política que antes le era veladas, en contraste con la tradición secular de los jefes políticos de ejercer la política a puerta cerrada en recintos consagrados como el Jockey Club: “Allí llegaban los ciudadanos de todos los partidos...y comentan la política dentro de un ambiente de imparcialidad...La educación y los buenos modales impiden que allí brote la pasión sectaria, se hagan alusiones inconvenientes, los caballeros muestren los dientes”¹⁵⁷. Igualmente, si bien la escena principal del movimiento era Bogotá, las bases sociales del movimiento en las zonas rurales venían fortaleciéndose. La consciencia del cambio histórico, la mística con el líder, la movilización popular y el clima revolucionario que se respiraba eran síntomas de un pueblo que transitaba de la masa amorfa de antes hacia su definición como sujeto político.

3. Identidades políticas e imaginación histórica

El criminal: patología y ley social

En este apartado me ocuparé de la novela *El Criminal* (1935), escrita por Osorio Lizarazo durante su estadía en Barranquilla, en 1932, pero publicada solo tres años más tarde. El argumento gira en torno a Higinio González, un joven de veintisiete años nacido en Bogotá, quien “se agitaba en una invencible melancolía, surgida desde el tugurio opaco donde había nacido y alentado hasta los diez años (...) No supo jamás de los gritos a pleno pulmón, ni de placeres múltiples del campo, ni experimentó la fatiga saludable del ejercicio físico. Su vida estuvo abrumada bajo la pesadumbre de cuatro muros ennegrecidos, sin el consuelo de una ventana al cielo, agazapado siempre, tímido y diminuto, en esa casa de vecindad donde se aglomeran indigencias trágicas”¹⁵⁸

A la edad de 16 años abandona el hogar paterno para regresar siete años después a la ciudad para vagabundear un tiempo por el Paseo Bolívar, San Cristóbal y el centro sin un trabajo ni ocupación fija. Después podría conseguir un empleo en el periódico *El Globo* junto al

¹⁵⁶ *Ibid.*, p. 318-326

¹⁵⁷ Herbert Braun, *Op. Cit.*, p. 244

¹⁵⁸ José Antonio Osorio Lizarazo, *El criminal*, p. 8

jefe de redacción Gustavo Sandínez, quien estaría inspirado en la figura de Delio Seravile, quien había iniciado en el periodismo al autor. Allí empezaría González a inquietarse por una carrera literaria al lado de su maestro, a quien consideraba ajeno a todo convencionalismo y dotado de un espíritu ascético. Poco tiempo después descubre que ha contraído sífilis, sin que se aclaren las circunstancias del contagio. A partir de ahí el protagonista empieza a estudiar profusamente los síntomas venideros y el cuadro clínico de la enfermedad, cuyo padecimiento viviría personalmente Osorio Lizarazo desde los veinticuatro años. En 1949, cuando el escritor se alistaba para empezar a trabajar con el gobierno justicialista de Juan Domingo Perón, tuvo que manifestar en un informe el antecedente de la enfermedad:

En el mes de mayo de 1924, a los veinticuatro años de edad, me fueron revelados por primera vez los síntomas que se me han observado en los exámenes que acaban de serme practicados. Tales síntomas (signo de Romberg, abolición de los reflejos rotulianos, anormalidad de los reflejos pupilares) que eran pronóstico de una tabes, me han acompañado desde entonces, habiéndome disminuido desde aquella época algunos de ellos, como el paso vacilante (paso de labrador) y la ausencia del sentido muscular, que recuperé casi totalmente desde 1927, en medio de un intenso tratamiento, prolongado hasta 1932. La incapacidad que ahora me han notificado data, pues, desde el año 1924 y tiene una antigüedad de veinticinco años¹⁵⁹

Se justifica de nuevo la incursión de la experiencia del escritor como material novelado, y mucho más el padecimiento, el dolor y la enfermedad como elementos creativos. La novedad reside ahora en que Osorio Lizarazo introducía en la literatura el tratamiento desprejuiciado de una enfermedad venérea –la fiebre de putas– que, junto con la tuberculosis, habían tenido poca divulgación hasta entonces: “Ahora bien, como la tuberculosis que obsesionaba a Osorio Lizarazo, también la sífilis tenía una modesta presencia en los textos médicos decimonónicos y en la literatura colombiana anterior a Osorio Lizarazo, acotada de uno y otro lado por la moral religiosa o las estrategias narrativas del decoro. Las enfermedades de transmisión sexual eran un problema que preocupaba a la higiene en el siglo XIX, aunque las migraciones dirigidas hacia las ciudades y el consecuente crecimiento de la población las hubiesen hecho socialmente más visibles en las primeras décadas del siglo XX”¹⁶⁰

Una visibilidad que se explica por el reemplazo de la ciencia experimental por la moral católica en un momento histórico donde las enfermedades sexuales serían tratadas dentro de la problemática urbana de la higiene y la intervención médica de la sociedad:

Si desde el siglo XIX, las élites colombianas –como sus pares latinoamericanos – compartían una concepción de la ciencia como fuerza civilizadora por excelencia, después de la “Polémica sobre la degeneración de la raza” el lenguaje biológico y

¹⁵⁹ Fondo JAOL, I, 27B (184-185)

¹⁶⁰ Óscar Iván Calvo Isaza, *Las biografías de nadie. José Antonio Osorio Lizarazo (1900-1964)*, p. 90

médico ya no fue utilizado exclusivamente por los sabios, sino que pasó a convertirse en parte del arsenal retórico indispensable para la vida pública y en recurso necesario para la mediación de los conflictos entre capital y trabajo¹⁶¹

Para 1930 venía imponiéndose la certeza de que el origen de ciertas enfermedades no se encontraba en el desacato de las buenas costumbres o en el medio ambiente, sino en un organismo específico que se expandía en ciertas condiciones. La expansión de la ciencia experimental y de los laboratorios de microbiología en el país había empezado a dilucidar las estrategias para combatirlas. Sin embargo, persistía una visión moralizante que seguía tratando las enfermedades asociadas con vicios y malas condiciones de vida dentro de las categorías de “patologías sociales” como terreno propicio para legitimar dentro de las políticas gubernamentales la intervención social.

Según los mandamientos higienistas de la época, y muy semejantes al ambiente donde nació y creció Higinio González, los núcleos de infección¹⁶² eran

(...) verdaderos focos de microbios, donde la humedad, la obscuridad y la reunión de detritus de toda naturaleza, se dan cita para llenar las mejores condiciones para la reproducción y pululación por millones, de peligrosos microorganismos. No creemos ser desmentidos al afirmar que en la ciudad son esos los rincones a los cuales la mayor parte de los gérmenes patógenos, estableciendo en ellas su cuartel general. Duermen allí tranquilamente para en cualquier momento, a favor de condiciones atmosféricas, meteorológicas, telúricas o eléctricas, favorables a su desarrollo, dar lugar a esos brotes epidémicos, cuyo punto de origen se busca por todas partes, y del cual se está muy lejos¹⁶³

Si bien el conocimiento científico se enriquecía con la observación microbiana y el método experimental, la divulgación que se hizo de estos hallazgos llegaba a la sociedad a través de la prensa, donde el lenguaje científico seguía alimentando visiones e imaginarios fisiológicos, telúricos y atmosféricos para la propagación de las enfermedades: “Lo común de toda la palabrería de divulgación científica y periodística es la fijación de un lenguaje para la representación de lo invisible, cuyos sujetos principales son estos pobres que colmaba las ciudades y cuya amenaza para el orden social debería ser controlada a través de la intervención médica del “cuerpo social””¹⁶⁴

Para Osorio Lizarazo serían fundamentales las influencias de la novela rusa y francesa decimonónicas para la selección de sus materiales, de autores como Eugene Sue o Víctor

¹⁶¹ *Ibid.*, p. 91

¹⁶² “Estos núcleos eran los barrios: Unión Obrera, Bavaria, Ricaurte, Uribe Uribe, San Francisco Javier, San Ignacio de Loyola 1º y 2º, San Luis, San Martín, San Miguel, Egipto-La Peña, Las Aguas, de Chiquinquirá, Belén, los comprendidos entre las calles 4ª y 3ª y la carrera 10 al occidente, San Facon, Las Cruces y las habitaciones ubicadas a las orillas de los ríos San Francisco y San Agustín”, ver Óscar Iván Calvo Isaza y Marta Saade, *La ciudad en cuarentena. Chicha, patología social y profilaxis*, p. 224.

¹⁶³ *Ibid.* p. 225.

¹⁶⁴ Óscar Iván Calvo Isaza, *Las biografías de nadie...*, p. 92

Hugo, Gorki o Dostoievski, pero claramente la mediación de su temprana vocación como cronista judicial lo acercaría a los espacios y personajes que poblarán su narrativa; de igual manera, la “ciudad innominada” que aparecía en su crónica urbana estaba a tono con la preocupación de médicos, intelectuales y políticos por el atraso del país y la supuesta degeneración de la raza. En ese contexto ideológico, el escritor abrevó del discurso médico e higienista para inscribir el ambiente, el cuerpo y la enfermedad en la literatura, así como en la creencia en el determinismo del medio sobre el individuo, muy en boga en su generación —que tendrá en el derecho penal practicado por Gaitán y en su proyección política notables superaciones—; la frenología y las asociaciones morfológicas y raciales entre crimen, vicio y herencia también harían parte del imaginario científico que tendría en la literatura del bogotano correlatos ocasionales. La resonancia de palabras como atavismo, taras hereditarias, vicios y fermentación social indica el ingreso de un pueblo deformado y sufrido por la miseria dentro de la ley social y sus categorías. Igualmente “(...) la clasificación sociopatológica autoriza a quebrar una representación idílica de lo popular anclada en lo pintoresco y describir un pueblo vengativo capaz de estremecer la sociedad con sus miserias, enfermedades y alucinaciones”¹⁶⁵

Retomando el argumento de la novela, y después de esbozar las circunstancias biográficas e históricas para que la enfermedad ingresara en la literatura de Osorio Lizarazo, podemos recorrer el camino que lleva de lo patológico al crimen. Después de un sesudo y obsesivo estudio de la sífilis, Higinio González empieza a temer desde las ulceraciones iniciales hasta la fase terminal: la parálisis general. Encuentra una disciplina laudable en prever cada detalle y dolor porvenir, bien fuera por conocer su propia condición o como resignación: “Quizás, en el fondo, hubiese cierta degeneración nerviosa, de que él mismo no se daba cuenta, que lo inclinaba a encontrar un placer no bien definido y concreto, en imaginarse poseído por todos los dolores y devorado por las úlceras: un masoquismo semejante al de los anacoretas que se torturaban con el pretexto de la penitencia”¹⁶⁶ Se entera por el médico que lo diagnosticó, que en el dispensario, de cuatro mil prostitutas registradas la mitad es portadora de la bacteria; recorre manicomios y hospitales observando las manifestaciones de la enfermedad en enfermos avanzados así como en los recién nacidos:

Serán vidas opacas, mediocres, sin vigor y sin claridad. El manicomio tiene siempre preparada para ellos una celda, la cárcel una cadena, el hospital un lecho. El vicio los ha de poseer ampliamente y no tendrán de dónde extraer la energía para combatirlo. Sobre sus cabezas débiles pesará la justicia esgrimida por las manos de jueces iletrados. Avergonzarán a la sociedad y serán sus parásitos. Renunciarán cualquier día a toda lucha, que habrá fatigado sus fuerzas escasas, minadas ya por el dolor y por la anormalidad. Y cualquier accidente trivial

¹⁶⁵ *Ibid.*, p. 96

¹⁶⁶ José Antonio Osorio Lizarazo, *El criminal*, p. 67

determinará la aparición de los síntomas externos de la enfermedad que se agita mansamente dentro de sus organismos degenerados¹⁶⁷

Igualmente, va apareciendo en la mente de González la causalidad de la enfermedad y la presencia de otras patologías, condenando a todo aquel que se contagie a una vida ignominiosa y de exclusión, mezcla de anomalías físicas y morales: “Todas las taras morales, la cleptomanía, el homosexualismo, la crueldad, las anomalías extraordinarias que se presentan en determinados hombres, puede tener origen en la sífilis ancestral. La espiroqueta ha formado los órganos y ha colocado en el carácter tendencias diferentes, primitivas, transformando el sistema físico y las condiciones psicológicas”¹⁶⁸ Poco a poco el protagonista va perdiendo interés en el trabajo, convencido de que es víctima de desprecio por parte del director, quien no ve en él sino un elemento útil para los ingresos del periódico; su tarea se reduce a la escritura de notas sensacionales, las cuales le generan mayor ganancia, pero sin verse recompensado en su salario. Igualmente, empieza a ver a Sandínez como alguien egoísta, ajeno a un auténtico interés por valorar el talento en ciernes de González. La soledad y la falta de vínculos afectivos estables hacen del protagonista alguien huraño y forjan en él sentimientos de exclusión; los paseos urbanos que realiza no dejan de agobiarlo, más cuando empiezan los síntomas de debilidad muscular y se ve obligado a usar un bastón para caminar. La ciudad se torna hostil, una presencia “sorda y ciega”, en la que contempla edificios que aplastan al “miserable transeúnte” y montañas circundantes que destruyen “la iniciativa individual”¹⁶⁹

En la rutina de ir y venir de la oficina a su casa conoce a una mujer: Berta Martínez. Inspira en él un nuevo sentimiento de dulzura y de responsabilidad, invitándola a vivir juntos para que no tenga que trabajar ni tenga la oportunidad de conocer a alguien más. Si bien los primeros meses se alegra de tenerla a su lado, mucho más cuando no le importa su enfermedad, poco a poco empieza a sentirse encerrado y culpable, porque la ha obligado a padecer en cuerpo ajeno una vida claudicante y llena de privaciones. Berta queda después embarazada, reforzando antes que disipando la sensación de Higinio de que la vida discurre ineluctable hacia un final trágico: la relación con Berta se funda en un “recíproco sentido de compasión”, pero “mientras ella ofrece amor y entendimiento hacia la enfermedad de su compañero, éste la convierte en otro objeto de su paranoia. En efecto, la vida en pareja y el embarazo de su compañera, en lugar de motivarlo, le generan una tensión moral: la responsabilidad adquirida hace nacer en la conciencia de Higinio el “doble pecado” de la sífilis y el amancebamiento”¹⁷⁰

Poco a poco Higinio empieza a ver la inicial comprensión de Berta de su enfermedad como hipocresía y estupidez; los monólogos y los propios pensamientos van creando en él la convicción de que nadie entiende su sufrimiento; los paseos urbanos los realiza para no

¹⁶⁷ *Ibid.*, p. 85

¹⁶⁸ *Idem.*

¹⁶⁹ Edison Neira Palacio, *La gran ciudad latinoamericana. Bogotá en la obra de J. A. Osorio Lizarazo*, p. 111

¹⁷⁰ *Ibid.*, p. 113

permanecer en la casa, sin propósito fijo, vagabundeando y viendo almacenes y lugares donde no puede darse el lujo de ingresar. El avance de la enfermedad si bien no aumenta en la gravedad de los síntomas, sí va desarrollando en Higinio la idea incisiva de que va a desaparecer así como la ansiedad por dejar algo a la posteridad. Ni el amor de Berta ni su hijo ni las remotas ilusiones literarias que tuviera en el periódico representan ahora una ilusión:

Se detenía a personificar el infortunio malicioso y perverso que lo perseguía y enumeraba algunas de sus actuaciones: lo tenía enfermo: lo hacía andar de manera ridícula para que todos riesen; su cuerpo, enjuto por las privaciones de la infancia, se estaba transformando hacia la apariencia cómica; nadie reconocía sus esfuerzos por ganarse el pan honradamente y a pesar de la cruel enfermedad que lo perseguía; por último, se le estaba robando en la oficina. Y ahora, cuando creía haber penetrado en un remanso de paz, encontraba, demasiado pronto, que ella se fastidiaba, que el amor se extinguía, que quizás no hubiese existido nunca¹⁷¹

Van desarrollándose los motivos determinantes del crimen que desde el inicio de la novela se anuncia. Higinio empieza a fantasear con las ideas más peregrinas para salir del anonimato y escapar de una muerte inútil: un invento físico para capturar la esencia de la materia, así como el trazado de vías férreas para conectar puntos lejanos del país, que incluso por su condición de reportero se atreve a entregarle al ministro de obras para que la considere. Ideas azarosas que van prefigurando un acto más atrevido, en medio de la progresiva indiferencia por la convivencia con Berta, la cual sucede entre riñas cotidianas y reconciliaciones insulsas; ante los insultos y el ensimismamiento de Higinio, Berta continúa pendiente de las labores del hogar, limpiando la escasa losa y mobiliario que componen la habitación donde viven. Envilecido e indolente, Higinio observa en la parsimonia y entereza de Berta señales de falsedad; la belleza y suavidad que otrora admirara en ella ahora le parecen vulgares.

Entonces, inopinadamente, abandona las veleidades inventivas y el crimen aparece como el acto apropiado para afirmar su voluntad: un crimen vanguardista, que revele los secretos y meandros de su compleja psicología producto del sufrimiento, que lo saque del anonimato que como reportero ha experimentado al cubrir él mismo crímenes ordinarios: “-Buscaré tantas (sic) complicaciones a mi crimen, al crimen ruidoso que voy a cometer, y encontraré la manera de presentarlo todo tan enigmático, que las gentes se dirán: “Se trata de un gran criminal! Probablemente de un criminal de vanguardia”¹⁷²

Un crimen que pueda ser pedagógico, que imprima en su cometido los patrones del “cubismo” y que a partir de allí divulgue los misterios del arte. Piensa entonces en el

¹⁷¹ Osorio Lizarazo, *Op. Cit.*, p. 135

¹⁷² *Ibid.*, p. 215

asesinato de un niño hermoso, de ojos azules y bucles rubios, o de una señora de clase alta, o de un dignatario político o eclesiástico, pero no lo satisfacen. Entonces una frase de Oscar Wilde leída en algún recorte de prensa le revela su intención: sólo vale la pena matar a quien más se ama. Ama a Berta, pese a todo, y justifica su propósito. La relación entre sífilis y crimen se ve ahora duplicada por la relación entre psicosis y arte. La búsqueda de un crimen de vanguardia pone en escena la asociación que Osorio Lizarazo, de la mano de Lombroso, realiza en otro lugar entre patología y genialidad, reforzando la asociación ya conocida entre dolor y creación:

Pero la vida privada de los hombres excepcionales, de los que crean o presiden una transformación fundamental, ha de ser el objeto de las investigaciones más minuciosas, de exámenes de laboratorio que busquen la bacteria que produjo el genio. Y es entonces cuando se obtiene la conclusión desoladora que, con frecuencia, el genio no es otra cosa que una morbosa anormalidad. Dostoyewski, epiléptico; Oscar Wilde, homosexual, Verlaine, dipsómano, como Poe, y además furioso sexual¹⁷³

Calvo Isaza advierte sin embargo, que la asociación entre enfermedad y crimen que realiza Osorio Lizarazo no es tan llana. Se debate en el determinismo entre la enfermedad y la patología social, y la consideración de las condiciones sociales para juzgar los motivos del crimen. En esta perspectiva voy a analizar el crimen planeado por Higinio González desde los argumentos que ofrece Jorge Eliécer Gaitán en su tesis de posgrado defendida en Roma en 1927, titulada *El criterio positivo de la premeditación*, donde ofrece diferentes modalidades para utilizar la premeditación como agravante o atenuante a la hora de imponer la pena, así como herramienta para analizar los motivos determinantes y la personalidad del criminal como elementos cruciales a la hora de explicar el crimen.

Ya tomada la decisión del asesinato, Higinio se solaza algunos días sin afanarse por llevarlo a cabo, pensando que con el asesinato se vengará del director del periódico, que querrá seguramente publicar la noticia y recuperar tan intrigante reportero. Igualmente, en vez de castigo se imagina rodeado por periodistas y seguidores deseosos de conocer más detalles de su personalidad y de los motivos del crimen: “Luego, más tarde pensó también: - Ya agregarían los que se enterasen de mi crimen: “Psicología complicada la suya! Por una parte, ha matado a una mujer a quien amaba con ternura, porque quiso espiritualizar el amor hasta depurarlo de la carne que lo prostituía. Y por otra parte, ha impedido que la ciudad deba alojar en su seno un tipo de la regresión al primitivismo”¹⁷⁴

Para entender los pensamientos de Higinio González, Gaitán diría para empezar, que “para que exista la premeditación, es necesaria la no exteriorización (...) Es un hecho negativo

¹⁷³ Fondo JAOL: E, 6 (1-158), citado por Calvo Isaza, *Op. Cit.*, p. 97

¹⁷⁴ Osorio Lizarazo, *Op. Cit.*, p. 243

que se desenvuelve en la esfera subjetiva individual”¹⁷⁵ y para que esta exista, deben presentarse tres momentos¹⁷⁶: 1) reflexión, 2) intervalo de tiempo entre la determinación y la acción, y 3) cierta tranquilidad y frialdad de ánimo. La reflexión alude al carácter impulsivo o previsivo del individuo, a la capacidad para prever las consecuencias de sus actos y el carácter inhibitorio que imprima en su resolución. Como hemos visto, Higinio ha meditado largamente en un acto que lo saque del anonimato, y ha visto en el crimen la posibilidad para lograrlo, de manera egoísta y sin haber considerado que ha condenado a Berta por el hecho de querer acompañarlo en su enfermedad. La cercanía de la muerte ha precipitado la necesidad del crimen, haciendo desaparecer toda ponderación sobre los deseos de la mujer o el destino de su hijo; por el contrario, cree que lo liberará de una vida desgraciada. Las consecuencias que prevé de su acción más que castigo, son la admiración y curiosidad de parte de la opinión pública, haciendo del asesinato un acto insignificante ante la naturaleza simbólica del crimen. La moral ha desaparecido ante la grandeza artística del acto, subsumiendo la pobreza de la carne a la liberación espiritual.

Con respecto al segundo elemento, el intervalo es relativo según las leyes morales y sociales que sirvan como inhibitorios a una decisión tomada; en cualquier caso depende del sentimiento moral que tenga en el individuo para retardar la acción. El día que decide llevar a cabo el asesinato, Higinio invita a un paseo en el tranvía a Berta. Se dirigen hacia San Cristóbal, y ese día ambos aparentan un regocijo por la novedad del itinerario; ella se pone sus mejores prendas y se maquilla, de tal forma que su amante la encuentra nuevamente muy bella, cerciorándose que la ama verdaderamente. Cuando van en el tranvía, Higinio vuelve a encontrar todos los detalles de su feminidad que lo enamoraron en un principio, mucho más cuando percibe que Berta es objeto de las miradas de otros hombres. Se dirigen dulces miradas y tiernos gestos. Se bajan cerca del río San Agustín, buscando un banco donde sentarse cerca de la ribera. Se besan apasionadamente y mientras ella permanece con los ojos cerrados, Higinio saca un cuchillo que había comprado días antes y le propina tres puñaladas en la espalda y luego algunas otras en el vientre. Luego de hacerlo, lo embarga un llanto y algunos quejidos. Lo encontrarían durmiendo al lado del cadáver.

Gaitán afirma que considerar el intervalo de tiempo entre la determinación y la acción, o entre la intención y la resolución es una medida no cronológica sino psicológica, ya que es muy difícil determinar los dos momentos; en nuestro caso, es posible afirmar que existió un intervalo entre la decisión y el acto mediado por sus propias consideraciones y previsiones, en ninguna manera inhibitorias sino procedimentales; incluso, Higinio decide hacerlo cuando Berta le recuerda una mañana algo con respecto a la premura del parto, frente al cual él se había desentendido por completo. Más allá del intervalo, Gaitán considera que lo esencial para juzgar un crimen son los motivos determinantes que lo produjeron: “(...) el hecho de que un hombre premedite o no premedite su delito, se debe no a una mayor o

¹⁷⁵ Jorge Eliécer Gaitán, *El criterio positivo de la premeditación*, p. 9

¹⁷⁶ *Ibid.*, p. 12

menor perversidad, sino a una cualidad constitucional. Por tanto, se debe tener en cuenta, para la graduación, solamente los motivos sociales o antisociales del delito”¹⁷⁷ El motivo que alega Higinio cuando está ante el juez es amor, pero comprendido desde una perspectiva eminentemente individual y egoísta: cree que podrá liberarse mediante el asesinato y salir de anonimato. Son, aunque Higinio piensa sinceramente que no lo entienden, motivos antisociales, mientras él considera que cometió un acto que no puede juzgarse con la moral que le endilgan: “-Y he aquí por qué caminos hasta ahora inexplorados, la moral ha dejado de ser inmutable. El delito adquiere en mí los claros caracteres de sacrificio”¹⁷⁸

Dentro de la clasificación de la premeditación, anota Gaitán, también es oportuno considerar para la génesis de la acción algunos elementos que son subsidiarios de los mencionados; con respecto a la reflexión, debe considerarse el temperamento linfático o sanguíneo del individuo, es decir, su actuar impulsivo o razonado; de igual manera, considerar las estructuras sociales que el individuo tiene interiorizadas, actuando como marcos para ponderar sus acciones dentro de un sistema de valores que heredado o aprendido. Finalmente, el medio ambiente: “(...) tal factor constituye un fundamento trascendental aún en la génesis de la raza. Por manera que así podemos explicar el temperamento metódico o sistematizado de las razas. Nórdicas y el temperamento intuitivo o creador de las razas meridionales, hecho que fue comprobado por Binet en el campo individual”¹⁷⁹ De aquí podemos sugerir que la determinación de la enfermedad como determinante del delito se ve compensada por razones más sociales; de esa manera Higinio González justifica para sí mismo –porque se niega a toda declaración ante el juez, aparte de aducir el amor como motivo- la ocurrencia del crimen cuando la preceden desordenes fisiológicos o psicológicos, que se ven agravados en situaciones de privación y miseria:

-Cuán numerosas son las circunstancias que no han permitido a los nervios de la humanidad llegar a la perfección de su funcionamiento! Los vicios de las pecadoras ascendencias, los ruidos urbanos, la falta de sinceridad y el continuo fingimiento en las relaciones sociales, los prejuicios....Todas estas cosas se apoderan del organismo desde la infancia, arraigan en él y luego no pueden ser desalojadas jamás: han torcido desde el primer momento la contextura espiritual de los individuos y han deformado su sistema nervioso. La más notable de tales causas es la pobreza. La batalla diaria en la lucha por la vida, en un medio hostil, absorbe todas las posibilidades del sistema nervioso, deformado ya desde la cuna, por la influencia de malsanos ancestralismos. De esta convergencia de todas las energías a la necesidad de ganarse la vida para no morir, resultan depresiones nerviosas que conducen a la misantropía, al odio, al crimen, por el impulso de una reacción violenta y sin control, o por la existencia de enfermizos errores de apreciación”¹⁸⁰

¹⁷⁷ *Ibid.*, p. 32

¹⁷⁸ Osorio Lizarazo, *Op. Cit.*, p. 243

¹⁷⁹ *Ibid.*, p. 22

¹⁸⁰ *Ibid.*, p. 291

Los epítetos que le dirige el público y que coinciden con las aseveraciones del jurado y las palabras del juez, no lo rebajan a Higinio González de criminal peligroso y asesino de mujeres; de igual manera, el crimen aparecería en *El Globo* como un acto deleznable y vulgar, muy lejano del juicio que había esperado. Finalmente, resignado ante tal incompreensión, sigue explicándose sus actos en un razonamiento que no desdice en nada de un determinismo fisiológico sobre la psicología: “Fue mi sistema nervioso en una conjunción excepcional con mis conceptos sobre la libertad lo que me presentó como la más seductora de las vías para llegar a la felicidad, la del crimen. Ahora sospecho que he padecido un error. Pero esto no disminuye la irresponsabilidad de mi crimen”¹⁸¹ Al final de la novela, Higinio yace en su celda en el Panóptico imaginando el cuerpo desnudo y lívido de Berta en la camilla del anfiteatro, mientras se repite a sí mismo: “Berta, mi Berta”.

No he recurrido a los planteamientos sobre la premeditación de Gaitán para emitir un juicio sobre el criminal, porque tampoco podría hacerlo; lejos de eso, me han parecido útiles para ubicar elementos de la psicología de Higinio González, tamizados en los motivos determinantes y los factores ambientales y sociales para explicar la resolución del crimen. Me pareció acorde igualmente con la concepción determinista que desarrolla a lo largo de su obra Osorio Lizarazo con respecto al carácter excluyente y patológico de la sociedad y sus efectos sobre los individuos. Lejos de la redención, el último pensamiento de González condice con este tremendismo: “Torpe victoria (...) Lo mejor es olvidar. Yo no he matado a nadie. Estoy aquí por un azar absurdo, porque había nacido para ello, por cualquier cosa. Todo está terminado. Por ejemplo, se ha dispuesto, desde el principio de los siglos, que yo perezca loco”¹⁸²

Imaginarios e identidades de clase

En esta parte abordaré las posiciones ambivalentes que Osorio Lizarazo como Gaitán experimentaron con respecto a su ubicación ideológica de clase, identificándolos más precisamente con la clase media. Con respecto al escritor, si bien seguiré recurriendo a su propia trayectoria, me apoyaré en su novela *Hombres sin presente* (1938) para ampliar su propia experiencia así como la visión que ofrece sobre este grupo social. Para darle un soporte histórico a su visión personal acudo a interpretaciones sobre el papel de la clase media en la época y más exactamente en relación con el gaitanismo. Gaitán por su lado describe con su propia trayectoria valores propios de esta clase social. En esta última

¹⁸¹*Ibid.*, p. 287

¹⁸²*Ibid.*, p. 299

relación, se destacan las vicisitudes que tuvo su definición del “país nacional” y del pueblo como significantes que motivaron distintos imaginarios e identidades políticas.

1.

El escritor escindido siempre veía en el periodismo y la burocracia las exigencias que lo desviaban de su condición de novelista:

La vida impone sus exigencias y es preciso dedicarse a labores más útiles y retributivas que la de hacer libros que no encuentran editor y que si se editan no se venden. Con ediciones de mil ejemplares no puede hacerse nada metódico. El escritor tiene que refugiarse en el periodismo, que lo absorbe y lo despersonaliza, porque debe reducir su actividad a comentarios efímeros, sobre cuestiones que no tienen actualidad ni durante las veinticuatro horas del día; o en la burocracia, o en la política¹⁸³

De allí derivaban muchas de sus frustraciones y contradicciones, porque si bien se presentaba a menudo como una persona incontaminada por el ambiente, tuvo que vender su pluma varias veces en su vida y servir a los intereses de los poderosos. Como lo anota Calvo Isaza, es bien discutible la coherencia entre lo que decía y lo que realmente hacía, sobre todo cuando se mostraba crítico e inconforme: “Tal es la imagen que quería construirse como autor: un escritor rebelde, con “una estructura moral me que me imposibilitó definitivamente para mostrarme servil ni adulador, y que me indujo siempre a mirar al poderoso como a un usurpador, como a un déspota, y a no humillarme ante él, aun cuando la vida me colocara bajo sus planes”¹⁸⁴ Si bien es discutible esta coherencia biográfica no se puede desconocer por otro lado que muchas de sus novelas se mostraban como “réplicas precisas frente a las situaciones de subordinación” que tuvo que soportar en diversos momentos de su vida.

No sería la excepción su experiencia en la burocracia, ya que el escritor rebelde “tuvo que hacerse funcionario público: porque las manos de usureros, de caseros, de las empresas públicas, del limpiabotas y del tendero seguían tendiéndose, ávida, en torno suyo, y a cada una había que entregarle dinero”¹⁸⁵ Finalmente las condiciones materiales en medio de las cuales tiene que ejercer su oficio literario, lo inscriben inevitablemente en los problemas cotidianos de la clase media, doblemente inscrita en su “posición indefinida, nebulosa, imprecisa”. Su juicio sobre los empleados públicos no difiere en consecuencia de su propia experiencia, siempre sujetos a un “engranaje melancólico” donde la vida se agrisa y la voluntad desaparece: “Humilde, insignificante, casi miserable en la oficina, donde era un

¹⁸³ (Cuestionario de preguntas y respuestas), Fondo JAOL, **III, 27B (234-237)**

¹⁸⁴ Óscar Iván Calvo Isaza, *Las biografías de nadie. José Antonio Osorio Lizarazo (1900-1964)*, p. 135

¹⁸⁵ J.A Osorio Lizarazo, “El intelectual y su ambiente”, *El Tiempo*

pequeño adminículo en el gran aparato de la burocracia, dentro de la cual toda posibilidad de iniciativa íbase extinguiendo y toda personalidad siendo absorbida”¹⁸⁶

En la dedicatoria de la novela Osorio Lizarazo le dedica el escrito a los “empleados públicos” alude a la “resignación” con la que soportan su “perpetua agonía económica” y su “inútil ficción social”, que les impide poseer “ímpetu de lucha” o atisbo de un “sentido de clase”. Como siempre, Osorio Lizarazo confiaba en que la descripción y el retrato eran motivadores para despertar conciencia al verse retratado en ella. El drama de la familia Albarrán y el del padre de familia César, empleado subalterno en una entidad pública, a lo largo de la novela están desgarrados entre la penuria y la posibilidad de descender cada vez más, en contraste con mantener un estatus y unas relaciones sociales afines con su “ficción” social: “Tenían que mantenerse atentas a la ficción, sobrellevando una vasta comedia cotidiana, en la cual se mezclaban la indigencia con la forzosa alegría, el martirio del hambre con la apariencia del bienestar”¹⁸⁷ La insuficiencia del salario, los gastos de la casa, pagarle a la sirvienta, la comida, el transporte, la necesidad de comprar un traje nuevo porque el mismo de siempre ya está demasiado remendado y lustroso por el uso, todo describe las angustias incesantes de la vida familiar.

La explotación y la resignación en disimularla y así conservar signos de holgura y decencia económica, solo tienen en la intriga el sentimiento posible para escalar dentro de los eslabones de la burocracia; del más inferior hacia los escalones superiores se acentúa la ausencia de una “carrera administrativa” que hace de las envidias y del miedo a descender la única defensa del empleado. La debilidad como clase proviene de su “nebulosa” composición social, ya que los intereses comunes desaparecen cuando existe todo un conglomerado de sujetos esperando la oportunidad para reemplazar a quienes se atreven a encarar su situación y declarar huelgas. No existe la personalidad histórica que imprime las luchas obreras a la clase trabajadora, porque el empleado se forja a base de un individualismo que pugna dentro de un limitado horizonte y que no ve más allá de su propia condición precaria. Son estas dificultades las que encuentra la clase media para perseguir reivindicaciones, escindida entre un deseo de ascender socialmente, la obligación de endeudarse y la incapacidad por ejercer sus luchas más allá de su propio esfuerzo.

Edison Neira Palacio llama la atención sobre la imagen de sociedad que retrata la novela, limitada por la sujeción a un empleo, la necesidad de sobrevivir y estar a la intemperie con respecto a las decisiones de otros; igualmente, refleja el deterioro de los lazos familiares en una situación desesperante, agravada cuando uno de los hijos muere por no haberle hecho exámenes a tiempo a falta de dinero:

Hombres sin presente ofrece una imagen social del empleado público, no elaborada hasta entonces en la literatura colombiana y resultado –en parte– de las

¹⁸⁶ J.A Osorio Lizarazo, *Hombres sin presente*, p. 152

¹⁸⁷ *Ibid.*, p. 161

vivencias de Osorio. Lejos de pecar por “exceso de negatividad” (López Torrijos, 1984: 64-65), el perfil trazado en torno al oficio –que se materializa en la conflictiva e inestable vida familiar que rodea al protagonista, en el carácter virtual de su clase social y en la formación de una estructura burocrática parasitaria y gamonalista al interior del estado –representa no tanto un postulado moral, como una antítesis ética expresada en la lucha por la sobrevivencia en la gran ciudad: allí donde los únicos estímulos existenciales son el deseo de ascenso social, la búsqueda de prestigio y el manejo de las apariencias, el empleado vive tras las oscuras reglas (rejas) estatales y sujeto a las ocurrencias, antojos y ocurrencias de los jefes políticos de turno¹⁸⁸

A pesar de que la novela estaba dedicada a la “sufrida clase media”, tuvo relativo éxito en ventas, pero aún más curioso es que su recepción no fue muy positiva: “cuando los empleados la leyeron se indignaron contra Osorio Lizarazo (...) y salieron furiosos a combatirla en los cafés al calor de unas cervezas baratas”¹⁸⁹ Seguramente existía una distancia entre la experiencia personal del escritor como empleado público, su percepción de sus colegas y la de ellos mismos, lo cual es indicador de cómo se vive la clase social según la visión del mundo que tengan las personas en la misma proporción a las determinaciones de condiciones estructurales. Como lo aclara Bourdieu, la falsa oposición entre objetivismo y subjetivismo a la hora de explicar la pertenencia a una clase social si bien atiende la semejanza de posiciones y de disponibilidad de recursos (capitales económico, cultural y social), “debe incluir la representación que los agentes tienen del mundo social y, más precisamente, la contribución que hacen a la construcción de la visión de ese mundo, y consecuentemente, a la misma construcción de ese mundo”¹⁹⁰

En este caso la visión de Osorio Lizarazo de los empleados públicos corresponde más con su propia concepción vindicativa y realista de la novela; acaso cuando la leyeran se preguntarían, como pretende él mismo: “¿No es éste mi sufrimiento y no es idéntica mi amargura? Y con ello se prendería la llama tenue de la inconformidad, que podría incendiar el mundo en una rebelión de miserables”¹⁹¹ Se podría contestar parcialmente que ese es el sufrimiento vivido por el escritor y esa su amargura. No basta con la agregación de capitales disponibles y su regulación estadística para definir las posiciones opuestas o semejantes de los individuos dentro del espacio social, nos dice Bourdieu; para entender la “relación entre prácticas y posiciones”, es decir, la relación entre ser empleado público y sus semejanzas ordinarias, es necesario observar las zonas intermedias donde la “indeterminación y ambigüedad”, asumen una amplitud para asumir una identidad no solo de posición sino de “presentación de sí”. La presentación de sí mismo que hace Osorio Lizarazo que nos da la clave en parte al problema sociológico planteado por Vanderhuck, “el de la relación (frustrada, en este caso) entre determinadas expectativas (materiales,

¹⁸⁸ Edison Neira Palacio, *La gran ciudad latinoamericana. Bogotá en la obra de J. A Osorio Lizarazo*, p. 124

¹⁸⁹ Gustavo Samper, “Osorio Lizarazo” *Acción Liberal*, núm. 60, abril-mayo de 1939. Citado por Mutis Durán, “Introducción”, *Novelas y crónicas*, J.A Osorio Lizarazo, p. XXIX

¹⁹⁰ Pierre Bourdieu, “¿Cómo se hace una clase social?”, en *Poder, derecho y clases sociales*, p. 118

¹⁹¹ J.A Osorio Lizarazo, “Un nuevo aniversario de Maximo Gorki”, en Mutis Durán (ed.), *Novelas y crónicas*, , p. 551

simbólicas, etc.) y las posibilidades efectivas de realizarlas”¹⁹², y explicaría su experiencia como burócrata a partir de sus sentimientos de amargura y de frustración. “Todo lo cual se reduce a esto, a este hecho irremediable: el ambiente estrangula al intelectual, lo deforma y lo malversa”¹⁹³

Sin embargo, es necesario entender que la vivencia de Osorio Lizarazo durante los años treinta y cuarenta ya estaban alejadas en parte de la bohemia, agitación revolucionaria y la sociabilidad intelectual plebeya y artesanal de los años veinte en la cual se formó; a pesar de sus constantes lamentaciones por desenvolverse en un medio hostil con sus aspiraciones, su deseo de consagración residía en el reconocimiento de sus contemporáneos que como él, trabajaban en la burocracia y en la prensa, por lo cual sus críticas se matizan cuando evidencian al mismo tiempo una ambición por ascender socialmente. Su frustración no reside tanto en tener que recurrir a la burocracia o el periodismo sino a ocupar posiciones subalternas que no condecían con sus capacidades. La ambivalencia en la pertenencia a su medio había sido compartida por su padre; cuando nació, combatía en el bando liberal de la Guerra de los Mil Días, y había adquirido el oficio de carpintero; sin embargo, sus orígenes eran de una familia de clase media letrada, y luego, “empobrecido y desclasado, nunca logró identificarse como artesano, se vestía como empleado, odiaba que le dijeran “maestro” y no se confesaba carpintero sino ebanista”¹⁹⁴

Al igual que su padre, Osorio Lizarazo “Era diferente de los artesanos por su educación, vestía como empleado, pero se identificaba con ellos por ser el hijo de un artesano y por la discriminación social a la que había sido sometido como tal en el colegio; al mismo tiempo, era diferente que los intelectuales de las élites por su extracción social, por su vestido y su comportamiento, pero se identificaba con ellos por sus aficiones literarias y por la bohemia”¹⁹⁵ En esta serie de ambigüedades y posiciones movedizas Osorio Lizarazo se desenvolvió como intelectual, comprometido en su literatura con los miserables y con su propia trayectoria como escritor. Reconocido por sus pares por su laboriosidad y entrega, pero con malas ventas de libros, su modesta presentación de sí mismo aclara a medias la justificación de su vocación y la dureza que enfrentó. Sin lugar a dudas, tanto por las posiciones que ocupó como por los grupos sociales que contactó, Osorio Lizarazo puede ser considerado un escritor del clase media, quejumbroso y pesimista, pero prolífico y consagrado a su oficio.

2.

Jorge Eliécer Gaitán también describe en su trayectoria una identidad de clase media o “pequeña burguesía”, como lo han señalado Pécaut y Braun. Nació en el barrio Las Cruces en Bogotá, en el hogar formado por Don Eliécer y Doña Manuel Ayala. En su infancia, ante

¹⁹² Felipe Vanderhuck, *La literatura como oficio: José Antonio Osorio Lizarazo, 1930 -1946*, p. 67

¹⁹³ J.A Osorio Lizarazo, “El intelectual y su ambiente”, *El Tiempo*

¹⁹⁴ Óscar Iván Calvo, *Op. Cit.*, p. 68

¹⁹⁵ *Ibid.*, p. 71

las angustias económicas de su familia, se trasladan al barrio Egipto. El padre era librero, fundador de algunos periódicos a inicios de siglo, y la madre maestra de escuela, con ideas progresistas y feministas incluso para la época. El padre de Gaitán, según lo describe Sharpless, era del tipo de “personas más ansiosa, el típico pequeño burgués que se las arreglaba para mantenerse próspero y respetable a fuerza de esconder y evitar la factual pobreza”¹⁹⁶

Cuando terminó el colegio, sugeriría a su hijo seguir una carrera técnica que ayudara en el manejo de la librería o que aportara a los ingresos del hogar; sin embargo, su precoz inteligencia encontrarían en su madre un apoyo inmovible que lo apoyaría en su deseo de estudiar derecho. Ante esta determinación del joven el padre decide expulsarlo de la casa y tiene que vivir sus años universitarios en habitaciones baratas y estudiando en los parques. Cuando consigue graduarse, su madre por medio de gestiones con el presidente Marco Fidel Suárez en ese entonces, logra obtenerle una beca para ir a estudiar a exterior, lo cual agradecería cariñosamente pero tendría que rechazar ante su voluntad de conseguir las cosas por su propio mérito, constancia que al final definiría bastante su carácter y los valores que proyectaría en su visión moral de la sociedad:

La meritocracia de Gaitán era un mundo abierto en el que todos los ciudadanos se desempeñaban activamente. Serían juzgados por su modo de actuar y por su aporte al bienestar general, por su trabajo, su responsabilidad frente a sus familias y la reciprocidad moral en sus relaciones sociales. En la sociedad ideal de Gaitán, la vida de cada cual estaba abierta al escrutinio público. Su imagen del individuo perfecto estaba basada en la del hombre que se había hecho a sí mismo y que sólo de sí mismo dependía, y que lo hacía con orgullo¹⁹⁷

Su valoración del esfuerzo individual y del mérito se complementaban con su formación positivista de la sociedad, donde cada parte podía aportar al equilibrio de las fuerzas sociales, pero también entraría en aparente conflicto cuando enaltecía el poder de la masas sobre los individuos; sin embargo, su valoración del pueblo residía sobre todo en la consciencia del cambio que pudiera aportar una experiencia colectiva como espectáculo y escenificación para un aprendizaje político. De ahí que no fuera contradictorio su llamado al pueblo como sujeto histórico al mismo tiempo que exigía hombres capaces de asumir el manejo de sus destinos y de la nación. Su visión del pueblo no era la de un conglomerado ausente de voluntad, sino la de un grupo compuesto por individuos capaces de transformar su comportamiento y sumirlo con responsabilidad:

El positivismo respaldaba la ideología de clase de Gaitán. Para prevenir los conflictos de clase, proponía una sociedad que funcionara armoniosamente dentro de un estado de equilibrio. Más que la dictadura del proletariado, ofrecía la rehabilitación social del individuo dentro de una sociedad donde la propiedad

¹⁹⁶ Sharpless citado por John W. Green, *Gaitanismo, liberalismo de izquierda y movilización popular*, p. 228

¹⁹⁷ Herbert Braun, *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia*, p. 108

estuviera controlada. El positivismo le suministraba un modelo teórico para justificar su mediación ente la burguesía y el proletariado, y validar su búsqueda de un equilibrio en el centro ocupado por una clase social con la cual se identificaba¹⁹⁸

En esta medianía entre el poder y el movimiento social las jerarquías sociales entre el líder que se ofrece como “dinamo” y las multitudes que son “el motor” del cambio se mantendrían pese a todo, provocando disociaciones entre su idea de igualitarismo y democracia, lo cual no fue óbice por otro lado para que sus seguidores vieran en él un fiel representante del pueblo y sobre todo la prueba viva de que alguien como ellos había llegado lejos en la sociedad. Para Braun, “sus coetáneos no sabían con certeza si sus orígenes eran de clase media o de clase trabajadora. Sin embargo, no albergaban ninguna duda de que era un hombre del pueblo”¹⁹⁹

Gaitán describe al mismo tiempo estas ambigüedades sin por eso traicionar sus ideas; es cierto que en su empeño por ascender en la sociedad tuvo similitudes con las elites, por ejemplo en su valoración del conocimiento y la academia como resortes de aceptación social; la pretensión de entrar a los lugares rituales donde socializaban las clases altas, -sin lograrlo en el caso del Jockey Club -; su matrimonio con una mujer distinguida de la alta sociedad antioqueña, sus trajes y el automóvil nuevos, la decoración de su despacho, etc.; así mismo sus campañas de higiene y educación evidenciaban un esfuerzo por alejarse de la vida oscura del pueblo y un afán por rehabilitarlo moralmente. Un ejemplo fue su paso por la alcaldía, donde se preocupó por el calzado de los niños, la instalación de baños públicos en el centro de la ciudad, que las casas tuvieran focos de luz por la noche, así como su intención por reemplazar el vestuario tradicional de los sectores populares de la ciudad basado en la ruana y alpargatas, por sobretodos y delantales. Otro ejemplo ilustrativo tuvo lugar durante su fugaz experiencia de la UNIR al visitar zonas agrícolas de Cundinamarca, incentivando el uso del jabón para el aseo personal; al final muchos de los campesinos cambiarían por abarrotos y víveres los jabones repartidos. Todos estos ejemplos muestran sin embargo que la base de la sociedad para Gaitán antes que económica y política era moral, y ligaba con su noción positivista en anteceder un cambio del entorno previo al cambio en las actitudes y el comportamiento. En el mismo sentido, muestran una preocupación por la vida cotidiana del pueblo, en contraste con los asuntos públicos manejados por recato y sobriedad por los jefes políticos hasta entonces, más preocupados de los grandes asuntos del Estado que en saber si los profesores llegaban a clase temprano o en el aspecto personal de las personas.

Así pues, si bien es cierto que “Hay mucho de “pequeño burgués” en la infatigable reivindicación de la meritocracia, en las protestas hechas a nombre de la Restauración, en el temor a la pauperización; pero sobre todo hay “pequeña burguesía” en lo que constituye el

¹⁹⁸*Ibid.*, p. 111

¹⁹⁹*Ibid.*, p. 39

entorno inmediato de Gaitán y entre sus admiradores más fieles”²⁰⁰, también es cierto que su visión del pueblo aglutinó diferentes sectores de la sociedad que vivieron una verdadera conmoción en la invitación que se les hacía para participar en política. En el mismo sentido, la voz y cuerpo de Gaitán lograron una simbiosis con el movimiento social que lideraba a pesar de que, como sugiere Pécaut, no lograra una “síntesis de clase”.

3.

En el mismo sentido, la originalidad y éxito de Gaitán no residieron en una sistemática concatenación de ideas y programas políticos –no fue propiamente un ideólogo riguroso – sino en el ejercicio de la política en la plaza pública, en constante intercambio con sus seguidores e improvisando según la exaltación del momento: “existieron sin duda “programas” gaitanista y planes económicos, pero no son estos los que aglutinan las masas populares sino la teorización que se efectúa al pulso de la improvisación en las rengas gaitanistas, y que constituye por consiguiente un acto, o mejor aún, una actividad política permanente”²⁰¹ Una permanente política apoyada en un discurso móvil que afectó a diferentes clases sociales y las ubicó según una nueva clasificación clasista más no de clase: el país político y el país nacional. Distanciado de la tradición marxista, que concibe escolásticamente a la burguesía y el proletariado como las dos clases antagonistas que hacen la historia, Gaitán diferenciaba a la oligarquía y el pueblo, entre los cuales no existía vínculo social y en cuya mediación vino a instalarse, provocando con ello identidades novedosas y no siempre homogéneas. De esa manera, podemos repensar las clases sociales no como simples categorías teóricas sino más bien como experiencia social construida no solo por medio de la ubicación en el espacio social sino por la construcción propia que se hace de ese lugar en relación y/u oposición con otras posiciones.

Por eso, antes que una definición totalizadora de clase social, es preferible una comprensión donde “los agentes son a la vez clasificados y clasificadores, pero ellos clasifican de acuerdo a (o dependiendo de) su posición en las clasificaciones. Para resumir lo que quiero decir con esto, puede apuntarse brevemente la noción de *punto de vista*: el punto de vista es una perspectiva parcial (momento subjetivista); pero al mismo tiempo un panorama, tomado desde un punto, de una posición determinada en un espacio social objetivo (momento objetivista)”²⁰²

Siguiendo esta precisión, es necesario desplazar la clasificación de Gaitán como pequeño burgués o miembro de la clase media hacia los grupos que se identificaron con él, y de manera específica las clases medias, y observar la multiplicidad de significados que entrañaba la noción del pueblo gaitanista. Usualmente se considera la clase media como

²⁰⁰ Daniel Pécaut, *Orden y violencia. Colombia 1930-1954*, p. 403

²⁰¹ *Ibid.*, p. 391

²⁰² Pierre Bourdieu, *Op. Cit.*, p. 102

categoría imprecisa en el análisis sociológico e histórico²⁰³, pero poniendo el énfasis en la experiencia de clase como mediación para una posible identidad más allá del lugar que se ocupa, Ricardo López afirma que el acercamiento de la clase media con el gaitanismo ocurrió de manera activa y diversa:

(...) durante los años treinta y cuarenta, empleados públicos en Bogotá se identificaron como parte del pueblo y a la vez reclamaron un lugar político como parte de una clase media. Esto no fue una contradicción en términos históricos, ni un obstáculo para las prácticas populistas del gaitanismo, ni una consolidación de la ausencia de la clase media, ni una homogeneización de los intereses de clase. Por el contrario, (...) estas reivindicaciones fueron parte central de los discursos, prácticas y significados que definieron al gaitanismo²⁰⁴

De esta manera se amplía la mirada sobre el pueblo y coincide con la propia intención de Gaitán al criticar que solo le consideraran como líder de una “chusma” analfabeta y altanera; sus seguidores no solo eran los descalzos y descamisados de Perón, sino un pueblo “constituido por todos los que no tenían propiedades y sólo podían venderse a sí mismos, y también por los pequeños propietarios obligados a competir desigualmente con los capitalistas. Se dirigía a “todos los que trabajan por cuenta de otros, que dan su esfuerzo personal sin recoger el fruto directo de ese esfuerzo. Allí entra esa olvidada clase media”²⁰⁵

Las reivindicaciones asociadas a la clase media ocurrían en un contexto donde la legislación social ampliaba la ciudadanía popular representada en la mayor participación que la clase trabajadora venía logrando, con respecto al aumento de la sindicalización con beneficios relativos en los salarios, derechos laborales y de huelga. Justamente los cambios sociales relacionados con el crecimiento urbano y la diferenciación de la población trajeron el crecimiento de los sectores de servicios (comercio, sector público y transportes) y una respuesta en “la mayor intervención estatal (creación de entidades gubernamentales como el Banco de la República, la Contraloría General de la República, varios ministerios, bancos, oficinas postales y escuelas)” Pero estos cambios no tenían la misma respuesta proporcional a la atención puesta en los conflictos entre el capital y el trabajo, lo cual se veía reflejado en los salarios estacionarios y el progresivo aumento del costo de vida: “Los sueldos no han ascendido sensiblemente en los últimos tiempos sensiblemente en los últimos tiempos y han resistido, impávidos, el crecimiento inconmensurablemente de todo

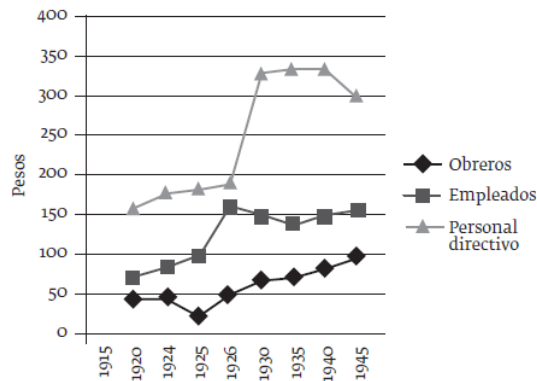
²⁰³ Ricardo López nos recuerda la dificultad del estudio de la clase media ante su abundante heterogeneidad, donde se agrupan sectores como los empleados, profesionales, pequeños propietarios, entre otros; sin embargo, sin abandonar por eso el análisis, prefiere hablar de la clase media como “práctica y como discurso”, desviando la mirada de sus supuestas características inamovibles y ahistóricas, hacia una tarea que ayude a “descifrar el proceso contingente y las prácticas históricas dentro de las cuales una multiplicidad de actores sociales se han pensado como pertenecientes a un colectivo (...) llamado clase media” ver ““Nosotros también somos parte del pueblo”: gaitanismo, empleados y la formación histórica de la clase media en Bogotá, 1936-1948” en *Revista de Estudios Sociales*, Universidad de los Andes, No. 41 (Diciembre 2011), p. 88

²⁰⁴ *Ibid.*, p. 91

²⁰⁵ Herbert Braun, *Op. Cit.*, p. 107

lo que represente gastos: arrendamientos, víveres, transportes, educación, vestuario”²⁰⁶ Para mitad de la década del cuarenta esta era la situación comparativa entre empleados y obreros:

Gráfico 4. Salarios nominales (en pesos), 1915-1945



Fuentes: Contraloría General de la República (1946, 57 y 65-76); Urrutia (1970, 45-67); Pardo (1972, 45).

Fuente: Ricardo López, *Op. Cit.* p. 95

Ante esta situación empezaron a tomar fuerza reclamaciones de organizaciones de empelados que llamaban la atención sobre la fragilidad de sus condiciones de vida al mismo tiempo que resaltaban su inclusión como parte fundamental de la sociedad: “Un estudio publicado en 1940, por ejemplo, concluyó que los empleados experimentaban una continua inflación que “amenazaba su condición social” (...) el costo de vida aumentó significativamente durante la Segunda Guerra Mundial y después de ella. Los empleados públicos, a través de sus organizaciones políticas, se quejaron constantemente de que su “salario no era suficiente”. Insistían en que, dada la situación material, eran ellos, y no los obreros, “la clase más sufrida de la sociedad”. Ellos veían en el movimiento gaitanista una posibilidad real de lograr un bienestar económico, de acuerdo “a las necesidades de nuestra pobre clase media [...] de nuestras obligaciones familiares [...] de nuestra atareada vida de empleados públicos”. Los empleados públicos, entonces, legitimaron tal reclamo argumentado que ellos, como parte del pueblo, debían ser tenidos en cuenta”²⁰⁷

Muchos miembros de la clase media se sentían identificados con los valores de mérito, capacidad y educación que pregonaba Gaitán, y de esa manera se lo expresaban en cartas que le dirigían señalando la inconveniencia de concentrarse no más en las clases

²⁰⁶ J.A Osorio Lizarazo, “El misterio de la clase media”, *El Tiempo*

²⁰⁷ Ricardo López, *Op. Cit.*, p. 95

trabajadores sin considerar “a la parte más ilustrada de la nación (...) a las gentes más capaces del pueblo gaitanista”²⁰⁸

Ocurría de esa manera su inclusión dentro del “país nacional” que defendía Gaitán y su deseo de que las instituciones estuvieran manejadas por individuos capaces y preparados para sus funciones, no por burócratas que llegaban a ocupar posiciones de mando simplemente por una recomendación o la influencia que tuvieran su apellido o posición. En un mismo proceso, al tiempo que se identificaban con el pueblo gaitanista, no dejaban de alegar diferencias sociales con el pueblo trabajador, evidenciando valores que diferenciaban el proceso de construcción de identidad de clase. Sus reivindicaciones habían sido precedidas por el largo proceso de las clases trabajadoras para adquirir esta identidad, pasando de ser considerados como “pobres” y asociados con la miseria, hacia una identidad más contestataria que removiera los modelos paternalistas y caritativos con que se trataba la pobreza. El propio Gaitán desechaba tempranamente la comprensión de los problemas sociales de esa manera. La caridad para él

(...) era una virtud perversa y peligrosa. Perversa porque humilla y peligrosa porque no presta sus favores basándose en derechos, sino en piedad. Nosotros no queremos caridad para los hombres que por la virtud de su trabajo adquieren el derecho a la justicia... Un trabajador que ha laborado durante toda su vida no merece la humillación de recibir algunas monedas... lo que necesitamos es que ese trabajador consiga, por ser trabajador, los medios para tener una vida decente, servicio de salud y educación para sus hijos sin recurrir a la caridad²⁰⁹

Una transformación en la comprensión de los problemas sociales²¹⁰ que estuvo acompañada de una creciente legislación durante los gobiernos liberales y que tendría dentro de las clases trabajadoras complejos avances que ayudarían para una constitución de su propia identidad; la creación de periódicos que ayudaron a la divulgación de teorías marxistas y socialistas, símbolos e imágenes; la consolidación durante el gobierno de López para que el 1ero de mayo dejara de ser una fecha de celebración patriótica y pasara a ser una fecha asociada a las conquistas de los trabajadores:

En general la prensa obrera de todo el período estudiado jugó un papel central en la construcción de la identidad de clase. No se limitó a transmitir tradiciones y nuevos valores en un lenguaje más o menos ideologizado. También denunció atropellos, informó sobre conflictos que la gran prensa ocultaba, apoyó campañas

²⁰⁸ *Ibid.*, p. 96

²⁰⁹ Gaitán citado por Mauricio Archila, *Cultura e identidad obrera. Colombia 1910-1945*, p. 379

²¹⁰ Osorio Lizarazo señala los tímidos cambios que de manera similar sucedían con respecto al trato con “los desvalidos de la fortuna, los enfermos y los huérfanos”: “Nosotros, sin embargo, continuamos llamando beneficencia, con una denominación tradicional y excesivamente conservadora, a lo que en todos los países se considera como asistencia pública”, Ver “La asistencia social”, *El Tiempo*.

en pro de los trabajadores, fomentó organizaciones y estimuló luchas y, en fin, sirvió para que obreros de distintas regiones se comunicaran y percibieran la 'comunidad' de intereses²¹¹.

4.

Es indudable que tanto la clase media como la trabajadora recorrieron sus propios caminos a la hora de reivindicar sus intereses; igualmente, sus razones para identificarse con el gaitanismo fueron distintas: con respecto a la clase trabajadora, fue crucial que Gaitán desde el debate de las Bananeras y luego durante la década del treinta constantemente estuviera presente en muchos conflictos entre la industria y los trabajadores como representante legal para reforzar sus vínculos con éstos últimos; con su intervención ayudó en parte a la institución de la negociación colectiva y la presentación de pliegos de petición para dirimir los conflictos. Adicionalmente, con el debilitamiento de los lazos entre el sindicalismo con el Estado después del primer gobierno de López, y la distancia cada vez mayor en algunos casos entre los dirigentes obreros y las bases, el mensaje que transmitía Gaitán con “el país nacional”, como reconoce Berquist, “también atraía a una clase trabajadora en su mayoría no organizada y carente de una visión autónoma de su lugar en la sociedad”²¹²

Con respecto a la clase media, como veíamos antes, la pertenencia de los empleados dentro del “país nacional” era un vehículo para que reforzaran sus valores de trabajo y capacidad intelectual que podían liderar el cambio político. Al mismo tiempo que buscaban su inclusión dentro del movimiento, dejaban clara su distinción con respecto a otros sectores sociales, referentes a divisiones entre el trabajo manual y el intelectual, la capacidad de ahorro y de endeudamiento, que caracterizaba muchas veces la única salida para lograr un ascenso social; igualmente, las diferencias en el vestuario como signo de estatus y respetabilidad así como de presentación personal; los modestos gastos suntuarios como tener una sirvienta también se destacaban dentro de sus gastos mensuales, todos para asegurar un nivel de vida que los distinguiera socialmente²¹³. La clase media ha sido considerada usualmente por la tradición marxista como aliada de las clases dominantes y, aunque los ejemplos históricos son diversos - el proceso contrarrevolucionario en Francia hacia 1848, el apoyo a Thatcher, el golpe de Estado dirigido por Pinochet en 1973 en Chile, o el apoyo a Reagan²¹⁴-, durante el desarrollo del gaitanismo en el país, la elasticidad clasista que permitió la noción del pueblo dentro del “país nacional” aludía más que a relaciones de producción, a relaciones de dominación ideológica y política, permitiendo

²¹¹ Mauricio Archila, *Op. Cit.*, p. 399

²¹² Citado por John W. Green, *Gaitanismo, liberalismo de izquierda y movilización popular*, p. 223

²¹³ Para ampliar la información con respecto a la doble intención de asegurarse un lugar dentro del pueblo gaitanista y al mismo reforzar las jerarquías sociales, ver Ricarco López, *Op. Cit.*, p. 97-101.

²¹⁴ John W. Green, *Op. Cit.*, p. 224

que el populismo se alimentara de diferentes motivaciones emocionales y de identidad en contra de un enemigo común, la oligarquía.

Un artículo del *Diario Nacional* en el año 1936, venía a reforzar la cruzada que tenían en común las dos clases: “Empleados y obreros deben formar una sola fuerza, un solo frente común contra su enemigo común, que es uno solo: el capitalismo. El obrero y el empleado son instrumentos del capital, cada uno en su sitio: el uno como producto, el otro como intermediario en el proceso de cambio y consumo”²¹⁵ Igualmente, como lo demuestra Green, muchas cartas enviadas por seguidores del gaitanismo desde el Magdalena, Tolima o Barrancabermeja aludían a los intereses comunes que las clases trabajadoras tenían dentro del movimiento.

Finalmente, la simbiosis entre el movimiento con su líder terminaría por aglutinar más allá de las diferencias de clase una identificación emocional y discursiva. Como lo señala Bourdieu, muchas veces en el “culto a la personalidad” o en el “misterio del ministerio” residen las claves para lograr una metonimia entre el líder y aquello que representa: “(...) el grupo representado no es otra cosa que aquello que lo representa”, lo cual da luces para entender la “ontología” de la clase social y de todo grupo social. Como ocurre con el pueblo, el conjuro representativo se concreta cuando el líder afirma “Yo no soy un hombre, soy un pueblo”, afirmando que “representa al grupo, en todos los sentidos del término, quien lo concibe mentalmente y lo expresa verbalmente, lo denomina, quien actúa y habla en su nombre, quien la da una encarnación concreta, lo personifica en y través de su propia persona”²¹⁶ Estas suplantaciones adquieren su mayor transubstanciación con afirmaciones como la de Luís XIV: “El Estado soy yo”, o la del propio Gaitán para la época de la Marcha del Silencio cuando sentenciara: “El orden social soy yo”.

²¹⁵ Citado por John W. Green, *Ibid.*, p. 230

²¹⁶ Pierre Bourdieu, *Op. Cit.*, p. 125

La aventura de un gaitanista y el caudillo personal

Para 1944 Gaitán ocupaba el Ministerio de Trabajo en el gobierno delegado a Darío Echandía de parte del presidente López Pumarejo. Duraría unos pocos meses en el cargo antes de tomar la decisión de lanzar su candidatura a la presidencia por fuera del liberalismo, tomándose los dos años que todavía faltaban para las elecciones como preparación y oportunidad para medir la fuerzas de su movimiento en pugna con el sistema bipartidista. Para ese mismo año, Osorio Lizarazo ocupaba el puesto de revisor contador en esa misma dependencia y no tardaría en seguir los mismos pasos del político. Lo acompañaría en la campaña con la creación y dirección del periódico oficial del gaitanismo, *Jornada*, manteniéndose en el cargo por algo más de un año.

El diario aludía con su nombre a la duración del tiempo laboral que muchos de sus seguidores tenían que cumplir todos los días, reuniendo en su seno a varios de los más fieles y cercanos colaboradores del caudillo. Gaitán desconfiaba al principio de la eficacia de crear un periódico, ya que hasta entonces su voz y presencia habían bastado como vehículos políticos: en intervenciones en el congreso, conferencias que ofrecía en los llamados viernes culturales, en el intercambio epistolar con sus seguidores, en su despacho de abogado en el centro de la ciudad, así como en los viajes que realizaba por el país. Sin embargo, se vio impelido por las condiciones establecidas por la vida pública de extender su mensaje a través de un órgano escrito que pudiera llegar a diversos rincones del país, al tiempo que podía ampliar los frentes de respuesta ante las críticas y ataques que se le dirigían de forma incisiva desde la prensa conservadora y liberal.

De ahí en adelante, “*Jornada* fue una herramienta fundamental para la organización del movimiento gaitanista y la campaña presidencial de Gaitán, al constituirse en un espacio de aglutinamiento de los principales seguidores del caudillo y en el principal vehículo de expresión de su propuesta política”²¹⁷. Tal como había sucedido hasta el momento en el manejo del movimiento, Gaitán se mantuvo como la figura principal, definiendo su orientación ideológica e incluso cuando tenía tiempo, la redacción de los artículos. Al mismo tiempo, como era característico de su oratoria, quería que el diario expresara la vida del “país nacional” y abandonara el lenguaje intelectual y retórico que caracterizaba a los grandes periódicos:

Teniendo en cuenta esta configuración del órgano gaitanista, se puede afirmar que este ocupaba una posición intermedia entre una visión de la prensa que se enfocaba en su misión educativa para lo que se valía de un lenguaje generalizador que abarcara temáticas nacionales (matriz racional-iluminista), y una que se inclinaba por destacar las representaciones y las imágenes que se plasmaban en un lenguaje explícito y descriptivo y atraído por lo local (matriz simbólico-

²¹⁷ Adriana Rodríguez Franco, *El gaitanismo y los gaitanistas de Jornada (1944-1957)*, Tesis de Maestría, Universidad Nacional, 2012, p. 64

dramática). La síntesis de estas dos concepciones determinó la forma en que lo popular fue representado en *Jornada*²¹⁸

Con respecto a la financiación del periódico, Gaitán también quiso que denotara su carácter popular²¹⁹, por lo cual se imprimían bonos o acciones “de peso” para la suscripción; pese a que representaba un gasto dispendioso para los sectores populares, la adhesión y solidaridad con la campaña fueron a toda prueba, de tal manera que incluso “las sirvientas, los mozos de cordel, los tipos de los restaurantes, los emboladores y las putas, toda esa gente contribuía a que se sostuviera un periódico popular”²²⁰ Se destacaba también dentro de los repertorios utilizados por los gaitanistas durante la campaña, su distribución de “mano en mano” cuando no todo el mundo podía acceder a un ejemplar, así como el apoyo importante de los voceadores de prensa para divulgar las noticias y los mensajes del movimiento:

Centenares de gaitanistas lo vendían agresivamente en las calles, en los cafés y en los tranvías de Bogotá. Se dispersaban por la ciudad voceando el periódico y entrando a almacenes y oficinas. No tenían reparos en exigir que un peatón comprara un ejemplar o, mejor aún, que hiciera una contribución. Andaban en grupos y subían a los tranvías comentando en voz alta el editorial de la fecha. En los cafés los leían en la misma forma y estorbaban las conversaciones de las otras mesas²²¹

Con respecto a la composición del periódico, se puede decir que la constituían en su mayoría intelectuales y miembros de clase media que tenían alguna aspiración política; algunos provenían del ala izquierdista del liberalismo y sostenían posiciones críticas similares a las de Gaitán; dentro del primer equipo que compuso la organización del periódico y que por escasez de recursos mantenían en algunos casos varias funciones, se destacaban personajes como José María Vesga, Jorge Uribe Márquez, David Luna Serrano, Álvaro Ayala²²² y como lo dijimos al principio, como director Osorio Lizarazo:

“Mientras el jefe peregrinaba por el país agitando las masas, el escritor procuraba seguir de cerca el curso de la campaña electoral, transcribir los discursos enardecidos de Gaitán, forzar colaboraciones periódicas de los líderes intelectuales del movimiento, organizar la información cablegráfica, escribir la página editorial, realizar la redacción general de la

²¹⁸ *Ibíd.*, p. 83

²¹⁹ “ (...) Gaitán siempre decía, hay que destacar las noticias, me decía a mí, que le interesaban al pueblo. Hay que hacer recuadros con las cosas populares, que vayan directamente a la imaginación de la masa, porque el periódico tiene que ser un periódico para el pueblo, esencialmente para el pueblo. (...) Gaitán quería un periodismo de y para el pueblo (...) Entrevista a Darío Samper, director de *Jornada* en 1947, en Arturo Álape, *El Bogotazo. Memorias del olvido*, p. 125

²²⁰ Esto decía Darío Samper para 1947. *Ibíd.*, p. 125

²²¹ Herbert Braun, *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana*, p. 178

²²² Adriana Rodríguez Franco, *Op. Cit.*, p. 116

edición, preparar el armado del periódico y corregir las pruebas, verificar la distribución local y el envío de ejemplares a diversas regiones del país”²²³

Osorio Lizarazo por fin se encontraría hombro a hombro con el político y cada cual en lo suyo combativos y comprometidos con una misma causa: “Gaitán: cuerpo fuerte, mirada fija, voluntad, voz trémula. Osorio Lizarazo: cuerpo doliente, mirada perdida, titubeo, letras desafiantes. Bajo el cielo gris de Bogotá serían espada y pluma, Sabana y montaña, babas y tinta, rabiosa lluvia de palabras en días y noches de avalancha”²²⁴

Después de las elecciones en 1946, donde se elegiría como presidente a Ospina Pérez y dejara a Gaitán de tercero, no muy lejos del candidato liberal oficial Gabriel Turbay -quien moriría meses después en París tras alejarse por completo de la vida política-, la figura descollante del liberalismo que en 1933 había creado su propio partido, la UNIR, para volver poco después, y que había desafiado de nuevo al partido al haberse embarcado en su campaña solitaria, se erigía de cara al futuro como la figura principal y sobre todo quien poseía una base popular más fuerte que todos los líderes políticos; en su competencia con el oficialismo confirmaría su superioridad un año después cuando colocara más escaños en las asambleas y en el congreso frente a los candidatos oficiales; a partir de ahí se haría inevitable la desbandada del liberalismo en su apoyo a Gaitán, quien de todas maneras nunca había querido dejar de considerarse liberal. Un año después de las elecciones, Gaitán asumió como jefe único del liberalismo, trayendo suspicacias y tensiones dentro del movimiento que había liderado hasta entonces, que ahora venía a entreverarse con parte del país político que tanto habían criticado: “Es indudable que el problema del oportunismo fue una fuente de irritación para el movimiento en la medida en que los políticos profesionales se le unieron en raudales después de los comicios. Algunos observadores incluso empezaron a preguntarse si el mismo Gaitán no se había vuelto un falso gaitanista”²²⁵

Esta percepción se notaría también entre dirigentes medios y provenientes de otras zonas del país que venían a visitar al líder:

— (...) Cuando a Gaitán lo hicieron Jefe del partido, varió fundamentalmente, ya no era el antioligárquico y ya no recibía a los jefes de la zona(...). Gaitán los recibía por necesidad (...) Porque siempre se encontraba uno que estaban los dirigentes a escala nacional del partido liberal, como Plinio Mendoza y todos ellos. Ya no tenía tiempo para atendernos. Parece que a Gaitán ya no le interesaba lo más importante, es decir, la organización del gaitanismo como gaitanismo²²⁶

Osorio Lizarazo no fue la excepción ante esta situación, y por su cuenta consideró pertinente alejarse de la dirección de *Jornada* para dejarla en manos de Uribe Márquez:

²²³ Óscar Iván Calvo, *Op. Cit.*, p. 132

²²⁴ *Ibíd.*, p. 133

²²⁵ John W. Green, *Gaitanismo, liberalismo de izquierda y movilización popular*, p. 405

²²⁶ Entrevista de Arturo Álape a Manuel Salazar, en *El Bogotazo. Memorias del olvido*, p. 99

Tengo algo que hacer por ahí, estrictamente personal, que no afecta en parte mínima mi pensamiento, mi sincera inclinación, mi racional adhesión a Jorge Eliécer Gaitán y la política que este preconiza. Lejos de ello, cada día me afianzo más en los principios que han movilizad o mi actividad periodística en los últimos tiempos. Y solo por la presencia de circunstancias que me obligan me veo precisado a ausentarme transitoriamente de esta dirección, que al quedar en tus manos me deja vinculado al periódico, como quiero estarlo, por nuestra vieja amistad, por nuestra identidad de pensamiento, por la firmeza de luchas que comenzamos hace muchos años y que no terminaremos ahora sino con la victoria de Gaitán²²⁷

Existieron dos razones conocidas para que el escritor tomara esta decisión: después de las elecciones algunos sectores militares cercanos a Gaitán junto con miembros activos del movimiento, incluido el escritor, aprovechando el clima agitado y la indignación de muchos gaitanistas al ver que el presidente electo no superaba el total de los votos liberales, le sugirieron a Gaitán que pasara a la acción con un golpe de Estado: “ Pero el jefe se echó a reír, rechazó tal propuesta y anunció que jamás intentaría una revolución de esa naturaleza, aun cuando todas las fuerzas vivas del país lo exigieran, porque él era un abogado y debía respetar la jurisprudencia y conducir su movimiento dentro de las normas de la Constitución y de la ley”²²⁸ En segundo lugar, como lo dijimos atrás, después de la asunción de Gaitán como jefe del liberalismo, Osorio Lizarazo consideraría que elementos extraños y corruptores venían a infiltrar el movimiento, apartando a los seguidores más fieles y cercanos que habían estado ahí desde el principio. En una carta dirigida a Jorge Uribe Márquez, amigo del escritor y colaborador cercano del caudillo, Osorio Lizarazo señalaba: “Fuimos los únicos que le dijimos nuestra verdad, que lo censuramos sin intimidación ni lisonja y que le guardamos una lealtad no vinculada a intereses algunos. Contra mí, de manera especial, se levantaron la calumnia y la intriga por mi desenfado, y se me perpetró, como tú sabes, el despojo de *Jornada*, por lo cual decidí ausentarme y asumir una actitud decorosa de exiliado voluntario, que no estoy dispuesto a romper en mucho tiempo”²²⁹

Quedaba en evidencia que habían existido diferencias en su diálogo con Gaitán aunque se desconozcan detalles más allá de la risa que soltara el político cuando le propusieron el golpe de estado; igualmente, que la infiltración al movimiento y “el despojo” que sufrió el escritor fueron las razones para su distanciamiento. Meses después pensaría escribirle una carta dirigida a su jefe político pero nunca llegaría a sus manos: “Le picaban las manos y, seguro que sí, sudaba de pies a cabeza cuando escribió una carta dirigida a su jefe, carta nunca enviada pero si publicada sin destinatario y convertida a la postre en documento monumento para la historiografía política colombiana del siglo XX: “La aventura de un

²²⁷ Adriana Rodríguez Franco, *Op. Cit.*, p. 117

²²⁸ J.A Osorio Lizarazo, *Gaitán, vida, muerte y permanente presencia*, p. 276

²²⁹ Óscar Iván Calvo, *Op. Cit.*, p. 136

gaitanista”²³⁰ Este documento apareció en diciembre de 1946 en el periódico *El Tiempo* de Eduardo Santos, quien seguramente sintió alguna satisfacción al publicar en su periódico una crítica al gaitanismo dirigida desde su interior.

Osorio Lizarazo le criticaba a su jefe que no fuera capaz de pasar a la acción: “El doctor Gaitán, que como agitador y como demagogo no tiene par en muchos de nuestros países, como jefe y como hombre de acción es inepto e incapaz”²³¹ A lo largo del artículo, se desprenden de esta crítica inicial comentarios acerca de la supuesta vaguedad en sus programas y que dejara siempre para un próximo discurso la definición concreta de sus planes:

Pero si se le preguntara al doctor Gaitán: -¿Qué es lo que vamos a hacer cuando tumbemos la oligarquía? ¿Qué dejaremos y qué cambiaremos? ¿Cómo enaltecemos y ponemos en su sitio al obrero, al intelectual, al ingeniero, al trabajador, etc.? ¿Cómo vamos a restaurar moralmente a la República para que todo no vaya a resultarnos una farsa, o una mentira, o un recurso electoral, y a implantar un régimen de pureza política? ¿Cuáles son nuestros instrumentos, nuestros objetivos concretos, nuestra razón de ser? El doctor Gaitán respondería: - Eso será motivo de otro discurso que pronunciaré oportunamente.²³²

Finalmente, se ubica él mismo con respecto a la transformación del movimiento después de que Gaitán asumiera como jefe del liberalismo, confirmando valores que a lo largo de su vida muchas veces enalteció y quiso que lo identificaran en oposición con el ambiente excluyente o inauténtico donde se movió:

Personalmente, yo tengo, a mi pesar, un temperamento revolucionario. No soy, ni he sido, ni seré nunca, un político. Amo el trabajo rápido, eficaz y oportuno (...) Por sobre todas las cosas, amo la sinceridad y la eficacia (...) Por la misma causa me puse al servicio del movimiento gaitanista y le dediqué mis modestas energías, mi experiencia de escritor, mi fe revolucionario, impulsado por un ideal que encarnaba en el gran tribuno y que no se reducía ni a empleo ni a curul. Yo sigo siendo invulnerable en mis puntos de vista; pero mi ilustre jefe es ahora un modesto capitán de manzanillos²³³

Después de su separación con el gaitanismo, decidió salir del país en un periplo de catorce años que lo llevaría a Venezuela, Argentina y República Dominicana. ¿Por qué decidió salir de Colombia? Seguramente, como lo anota Calvo Isaza, quería adoptar una distancia con “el país político” al que había acudido años antes pero que había criticado incisivamente, más aún desde su paso por *Jornada*; sin embargo, esto no evitaría que decidiera vender su pluma a la adulación y propaganda de Trujillo. ¿Por qué no se doblegaba de nuevo ante la oligarquía colombiana y sí ante un dictador tropical? Porque

²³⁰ *Ibíd.*, p. 137

²³¹ J.A Osorio Lizarazo, “La aventura de un gaitanista”, en *Novelas y crónicas*, Mutis Durán (ed.), p. 559

²³² *Ibíd.*, p. 560

²³³ *Ibíd.*, p. 563

“Osorio Lizarazo siempre estuvo y murió en una posición contestataria frente al establecimiento en Colombia: allí su “modesta reputación literaria” no le bastó nunca para acariciar el poder, y en los momentos en que estuvo en camino de hacerlo, halagando a uno de sus jefes políticos de turno, una y otra vez apareció la barrera que le indicaba el lugar subordinado al cual debía aspirar”²³⁴ De allí que no estuviera dispuesto a repetir su rutina buscando trabajo en la prensa para ganarse la vida ni por los pasillos de las oficinas públicas esperando las dádivas de los políticos a los que tanto había criticado.

De allí que su simpatía con una restauración moral de la república estuviera acorde con la sensación de que no lo reconocían como se debía en su país; también de ahí que luego de muerto Gaitán y sin mayores horizontes políticos, decidiera quedarse al amparo de alguien con mano dura capaz de hacer “estallar la estructura social”. Con la muerte de Gaitán, el escritor moderaría en parte su visión de Gaitán; para 1952, cuando se encontraba en Buenos Aires, publica una de las primeras y más influyentes biografías sobre el caudillo. En *Gaitán, vida, muerte y permanente presencia* aparece una visión apasionada de la vida política de la época así como de Gaitán; aparecen algunas de las críticas que le hiciera antes pero subsanadas ahora dentro sus enormes virtudes. La vida del personaje aparece retratada como una trayectoria donde todo parece anticipar la grandeza posterior: “La infancia y la adolescencia del personaje, son presentadas desde una suerte de profecía auto-cumplida, ya que se resaltan anécdotas y episodios que darían cuenta de un destino que ya se encuentra escrito”²³⁵

Desde su temprana adolescencia, Jorge Eliécer mostraba una personalidad impetuosa y rebelde: “Discutía en voz alta, contradecía a los profesores, encabezaba desordenes, pretendía imponer sus propios conceptos y reñía con los condiscípulos cuando le ponían apodos humillantes o se burlaban por haberlo visto pregonando libros viejos o no lo tenían en cuenta en el grado que exigía”²³⁶ La obsesión por la justicia social encaminó a Gaitán hacia el derecho penal, porque “tendía a la restauración de la justicia, al amparo del desvalido, porque era de entre los desvalidos de donde salían los delincuentes, ladrones por hambre o asesinos por la ineptitud de refrenar sus instintos”²³⁷ Así como el derecho penal lo acercaría al mundo de la miseria y el crimen, la raíz positivista de su pensamiento jurídico lo haría comprender que estas situaciones patológicas o anormales residían, como Osorio Lizarazo lo planteara parcialmente en su literatura, en la determinación que tenía el medio sobre el individuo: “Su lógica era contundente y se encaminaba a presentar a los culpables como un producto del medio: un medio injusto, sórdido sostén del privilegio y de la influencia, y pervertido por al abandono en que se dejaba al pueblo, refrenado a veces

²³⁴ Óscar Iván Calvo, *Op. Cit.*, p. 141

²³⁵ Ana Lucía Magrini, *De la narrativa al discurso. Un análisis de las narrativas, voces y sentidos del discurso gaitanista en Colombia (1928-1948)*, p. 117

²³⁶ J.A Osorio Lizarazo, *Gaitán, vida, muerte y permanente presencia*, p. 30

²³⁷ *Ibid.*, p. 68

por el miedo y la amenaza, como las bestias amansadas de los circos, pero no enseñado jamás a raciocinar y a definir las sendas de su propia moral”²³⁸

Osorio Lizarazo destaca igualmente que el efecto de Gaitán sobre el pueblo que lo siguió no residió en la transmisión de una doctrina ni ideología foránea, sino en el clamor por encontrar en su propia “fuerza moral” la ardentía para combatir; en el mismo sentido Gaitán “apelaba a la sensibilidad antes que a la inteligencia” y de allí su compenetración tan profunda con las masas, porque “No bastaba con mantener sobre las cabezas el fuego encendido de la elocuencia, sino que era indispensable movilizar también la fantasía”²³⁹. De allí la esencia de la política en la puesta en escena, el despliegue del cuerpo y la teatralización antes que la fría exposición de una tesis:

(...) Al alargar las vocales y emitir secamente las consonantes de expresión claves parecía emitir las palabras de medio lado. —Pueeebloo||, entonaba al final de sus discursos, — ¡aaa la cargaa!, la entonación pesada y gruñona presentaba un contraste marcado con la retórica melodiosa, calmada y lírica de los convivialistas. Apelaba a la sensibilidad emocional y subjetiva de su auditorio. (...) El buscaba un efecto dramático²⁴⁰

La biografía del caudillo también es una oportunidad para que el escritor se despache contra otros políticos con que los que tuvo contacto; del periodo reformista de la Revolución en Marcha señalaría el tire y afloje de sus medidas, tirantes entre el progresismo y la reacción, viniendo a configurar un “liberalismo paradójicamente heterogéneo”:

(...) la redistribución de las tierras laborales, que se presuponían de propiedad nacional mientras no se presentaran títulos legítimos, y la defensa del latifundio improductivo como símbolo de individualidad y de jerarquía; la abolición de los privilegios oligárquicos y la necesidad de conservar y mantener las distancias sociales; la exaltación del trabajo y de los trabajadores como los causantes de la riqueza pública y privada y la necesidad de mantener a los obreros bajo un régimen de servidumbre en beneficio de los capitalistas²⁴¹

Sobre López afirma que fue un personaje “contradictorio, frío, desleal, profundamente maligno”; por su lado, Eduardo Santos saldría un poco mejor librado: “la base esencial de su prestigio radicaba en la ecuanimidad y el espíritu transaccional con que intervenía en las vehemencias partidistas”²⁴² Sobre sí mismo, alude a su participación en el periódico gaitanista, resaltando como era usual en sus presentaciones, las dificultades y su sinceridad:

Gaitán tendía su chusma, pero nada más. Y no podría hacer nada con ella. Pero uno de sus amigos más leales, cuyo afecto había comenzado en la infancia común, no vinculado a su gratitud por ningún beneficio ni empleo sino por la identidad de

²³⁸ *Ibid.*

²³⁹ Herbert Braun, *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana*, p. 201

²⁴⁰ *Idem.*

²⁴¹ J.A Osorio Lizarazo, *Op. Cit.*, p. 179

²⁴² *Ibid.*, p. 202

su ideología y por el paralelismo del proceso intelectual, y cuya vida, en un campo de acción limitado por la timidez y por la angustia, había sido una lucha interminable por la justicia, lucha que despertaba el recelo y el menosprecio de todos los grandes, el escritor J.A Osorio Lizarazo, fundó el 28 de mayo un semanario al que denominó *Jornada*, para el servicio del movimiento, aun cuando Gaitán pensaba que tal publicación sería imposible²⁴³

Para las elecciones presidenciales de 1946 -nos dice Osorio Lizarazo -, si bien Gaitán no demostró dudas con respecto a la fuerza del movimiento que lideraba, sí intuía que sería difícil una victoria; fue consciente de que el proceso era una enseñanza de movilización y de disciplina más que una cuestión de votos: “Declaró que su insigne movimiento no se había hecho para ganar unas elecciones, porque entonces sería tan reprobable como una organización oligárquica. Su objeto era el de crear una conciencia nueva (...) el de abatir el poderío de una casta político-económica dominante y soberbia”²⁴⁴. Un proceso de aprendizaje político que coincidía con su visión de las ideas compenetradas con las pasiones puestas al servicio de causas perdurables y profundas: “Una cosa es el triunfo de las ideas y los principios para quien ha logrado dominar sus pasiones y ponerlas al servicio de grandes pensamientos, y otra es la aspiración recortada de obtener una victoria transitoria, pasajera y fugaz que nada siembra no nada deja perdurable”²⁴⁵

Al final, si bien Osorio Lizarazo vuelve a mencionar “el complejo de abogado” de Gaitán en el momento de decidir el paso final para tomarse el poder, así como sus reservas si hubiera llegado a la presidencia, era indudable “que nada sería bajo su gobierno idéntico a lo que había sido”. El rasgo principal del caudillo y más destacado por Osorio Lizarazo durante su vida fue su voluntad inquebrantable, la coherencia entre ideales y práctica, así como la capacidad para superar las dificultades: “La claridad de su vida, la fidelidad a sus ideales, la intensidad de un lucha que no conoció reposo ni debilidad, la incommovible actitud de inconformidad y de intransigencia para defender principios dignificación del hombre humilde”²⁴⁶. En una carta de 1952, haría una semejanza entre su vida y la del caudillo resaltando la diferencia entre una voluntad que se deja someter por las circunstancias y otra que logra subvertirlas:

Si (...) en cada libro hay algo de autobiografía, creo que en este podría haber una influencia sentimental antes que una coincidencia objetiva. Mi niñez, es efecto, tuvo puntos de identidad con la de Gaitán, pero mientras éste se obstinaba en cumplir su destino yo me entregué, vencido, a las circunstancias, y en la hora decisiva, como los espíritus débiles, no adopté sino la solución temerosa de la fuga. En tanto, él siguió luchando; y si la autobiografía influye de aquí en adelante es por contraste. En tanto que Gaitán fue una voluntad, yo fui una indecisión, y

²⁴³ *Ibid.*, p. 240

²⁴⁴ *Ídem.*

²⁴⁵ Jorge Eliécer Gaitán, “Un tema político que no pertenece a la política”, en *Los mejores discursos de Gaitán*, Jorge Villaveces (ed.), p. 189

²⁴⁶ J.A Osorio Lizarazo, *Op. Cit.*, p. 232

mientras él dominaba sus reacciones y su sensibilidad para sujetarlas a un plan de vida, yo me dejaba conducir por ellas. No quiero calificarme como un vencido, ni mucho menos: pero mi vida no fue lo que pudo ser, dada la materia prima. Creo de mí que mi único mérito ha consistido en constituirme como escritor, sin otro calificativo, afrontando para ello las dificultades, la miseria, la incomprensión, las rivalidades de los más fuertes y el menosprecio colectivo: pero pienso que esta persistencia no es producto de una voluntad conciente (sic) sino de la incapacidad de hacer otra cosa²⁴⁷

El día del odio y el epílogo bogotano

Se puede decir que la miseria descrita por Osorio Lizarazo a lo largo de su obra una sola vez explotaría, aunque con efectos negativos; es la misma ocasión que toma como subtexto el acontecimiento histórico del 9 de abril después del asesinato de Gaitán. El pueblo gaitanista, que meses atrás había sido convocado por el caudillo para marchar en silencio y con antorchas exigiendo al presidente Ospina la paz sobre la nación, ahora se veía sumido en un día trágico, de odio, dolor y conflagración ante la desaparición de su líder. Muchos comentaristas y seguidores de Gaitán coinciden en señalar la Marcha del Silencio como el motivador para que las élites se atrevieran finalmente a asesinarlo. Como bien sabemos, muchos deseaban la muerte de Gaitán aunque sería finalmente una mano anónima la que atentara con tres disparos contra su humanidad, convirtiendo de ahí en adelante el acto y sus consecuencias en motivo de sospechas, conspiraciones y mutuas acusaciones. El linchamiento del asesino en manos de la muchedumbre al mismo tiempo que el caudillo agonizaba en la Clínica Central impidió cualquier pesquisa directa sobre el asunto.

La violencia bipartidista venía presentándose desde la década del treinta en diferentes zonas rurales de Boyacá y Santander; después de la posesión de Ospina Pérez como presidente en 1946, y pese a que se estableció un gobierno de Unión Nacional, donde incluso gaitanistas participarían a título personal y no del partido liberal –como diría Gaitán ya ejerciendo como jefe de esa colectividad –, las disputas entre liberales y conservadores en el campo y los municipios por la sucesión en los cargos públicos y en la asignación de contratos encendió la confrontación; en la ciudades también empezaron a presentarse actos de agresión y peleas callejeras, al tiempo que las vivas respectivas a cada partido provocaban desmanes y choques entre el pueblo. En los cafés y tabernas cuando alguien entraba con una corbata de color distintivo del partido se la cortaban, lo hacían arrodillar y exclamar una viva por el partido rival. Escenas de ese estilo venían repitiéndose y la violencia cada vez más pasaba del ataque acerbo y directo en los periódicos entre los jefes políticos, a las peleas a machete y tiros en el campo:

²⁴⁷ (Carta de Osorio Lizarazo a Eduardo Putnam Tanco), Enero 18 de 1952, Fondo JAOL, V, 37 (51-54)

“El Congreso y las Asambleas Departamentales se convirtieron en escenario de intensos debates políticos que pronto derivaron en enfrentamientos físicos —e incluso armados— entre sus integrantes. El ambiente caldeado se vivía tanto en los centros de poder del Estado como en las zonas rurales del país; los titulares y los editoriales de la prensa bipartidista estimulaban los odios y reforzaban las motivaciones que tenían los liberales y conservadores para matarse entre sí”²⁴⁸ Al final del primer año de gobierno de Ospina Pérez,

(...) se registraron 14,900 asesinatos por la violencia partidista que pese a los llamados de Ospina no se podía controlar. Las relaciones formales con el gobierno y el presidente se rompieron cuando Gaitán protestó por la importación de unos gases lacrimógenos que, se aclararía después, habían sido encargados desde el gobierno de Lleras Camargo; de ahí en adelante, Ospina juzgó de irresponsable y demagógico el comportamiento de Gaitán, rompiendo la comunicación inevitablemente. Después de este suceso, se enrareció el ambiente de la vida pública, la popularidad de Gaitán no se veía afectada pese a sus devaneos y titubeos con la política conservadora²⁴⁹

A partir de ese momento, la mayoría de integrantes del liberalismo que hacían parte del gobierno se retirarían; Gaitán enfilaría sus fuerzas en oposición al gobierno, *Jornada* constantemente informaba sobre el ataque a liberales en diferentes lugares del país y el futuro de la vida pública se presentaba incierto; en febrero de 1948 Gaitán convocaría al pueblo liberal en una gigantesca manifestación para marchar hacia la Plaza de Bolívar y exclamar su célebre “Oración por la paz”. El acto se caracterizó por su sobriedad y silencio, como señales de luto y recogimiento, en contraste con los discursos barriales donde la arenga, la crítica a los partidos y las consignas de batalla tenían protagonismo.

Cuando tiene lugar la Marcha del Silencio,

Gaitán poseía un poder inmenso. Habría podido ordenarle a la multitud que rodeara todos los edificios públicos de la ciudad, o incluso que atacara al Palacio Presidencial a solo tres cuadras de distancia. O habría podido ordenarle permanecer en la plaza hasta que el régimen conservador atendiera al llamado de paz. Ni la policía ni el ejército hubieran podido hacer mayor cosa. En cambio, demostró una vez más su respeto por la ley e hizo lo más potente y más desconcertante de todo: le ordenó regresar a sus hogares (...) Con esa demostración de disciplina colectiva había demostrado que, al menos en ese momento, el pueblo era consciente y responsable, y por lo tanto constituía un desafío frontal a la vida pública de los jefes tradicionales²⁵⁰.

²⁴⁸ Adriana Rodríguez Franco, *El gaitanismo y los gaitanistas de Jornada (1944-1957)*, p. 93

²⁴⁹ Herbert Braun, *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana*, p. 301

²⁵⁰ *Ibid.*, p. 253.

Con esta demostración de poder, que tuvo un inmenso efecto psicológico y le mostraba a las élites que “la masa no era un núcleo inconsciente de difícil control”, quedaba en evidencia la disciplina para permanecer en silencio pero sobre todo la posibilidad para que actuara llegado el momento de manera distinta: “Señor presidente: Vos que sois un hombre de Universidad debéis comprender de lo que es capaz la disciplina de un partido, que logra contrariar las leyes de la psicología colectiva para recatar la emoción en su silencio, como el de esta inmensa muchedumbre. Bien comprendéis que un partido que logra esto, muy fácilmente podría reaccionar bajo el estímulo de la legítima defensa”²⁵¹

A partir de ese momento los ataques contra Gaitán se volvieron más abiertamente clasistas y racistas; era evidente que de la mirada que tenían de él como un exótico demagogo que azuzaba los bajos instintos del pueblo, se tornaba ahora en una verdadera amenaza para su rol como dirigentes de la nación y para el orden natural que tenía la vida pública. Todos los temores y prejuicios que dirigían contra el pueblo como un conglomerado deleznable y primitivo, incapaz de ser gobernado o civilizado, encontraban ahora en Gaitán su hipérbole de amenaza y temor. Por eso Gaitán hacía casi omiso a estos ataques, seguro de que eran prueba de su poderío y del temor que despertaba en sus enemigos. En *El Siglo*, periódico manejado por Laureano Gómez, “Gaitán era representado como una figura siniestra, con dientes prominentes y amenazantes. En algunas ocasiones era un gorila o un simio, en otras un bandido, casi siempre armado de fusiles o de rulas, en actitud de ataque, de provocador de desórdenes, de incitador de la revuelta. También era asociado con el comunismo, con las huelgas, la demagogia y el motín”²⁵² Un clima revolucionario se respiraba en la capital, la presencia de las masas era inapelable y el poder de Gaitán sobre ellas era indicio de que se avecinaba una transformación del país: “Aspectos de la vida pública y social que hasta ayer los convivialistas daban por descontados ahora se veían en peligro. Sus sitios de reunión ya no les pertenecían. Las calles de Bogotá parecían extrañamente ajenas”²⁵³. En ese momento Gaitán afirmaría que el mantenimiento del orden social dependía de su voluntad y que si lo mataban las aguas del país no volverían a su cauce normal durante cincuenta años. Su garantía era el pueblo y por eso se sentía en su medio natural caminando por las calles de la ciudad, saludando a todo aquel que lo reconociera.

La novela *El día del odio* la publicó Osorio Lizarazo estando en Buenos Aires, a cuatro años de la muerte de Gaitán. Su protagonista es Tránsito, una jovencita campesina que llega a la ciudad a trabajar en una “casa de familia” de clase media, cuyos sentimientos de ingenuidad y candidez son para el autor el pasado rural que en la ciudad van a verse cruelmente violentados: “Cuanto existía de primitivo en sus maneras rurales esparcía una sensación de aroma silvestre y cándido”²⁵⁴. Estos rasgos tienen su manifestación en una

²⁵¹ Jorge Eliécer Gaitán, “Oración por la paz”, 7 de febrero de 1948, en *Gaitán. Antología de su pensamiento social y económico*, Luís Emiro Valencia, (ed.), p. 335

²⁵² Darío Acevedo Carmona, *La mentalidad de las élites sobre la violencia, 1936-1949*, p. 211-212

²⁵³ Herbert Braun, *Op. Cit.*, p. 312

²⁵⁴ J.A Osorio Lizarazo, *El día del odio*, p. 10

disponibilidad de servicio y entrega que la señora Alicia solo interpreta como condición natural de su condición campesina. En la casa donde viven apenas tendrá como humildes posesiones una “estera de chingalé, dentro de la cual envolvía los trapitos con que se protegía de la intemperie”. Su sacrificio y humildad se verán lastimados cuando la señora de la casa la acusa de haber robado una cadenita de plata sin tener ninguna culpabilidad. A partir de ahí su peregrinar sin rumbo y su anhelo frustrado por volver a su terruño en el campo se volverán su destino, estando siempre en su pensamiento la misma angustiada pregunta: “- ¿Y ora pa ónde cojo yo?”²⁵⁵

Después de salir de la casa estuvo caminando hasta llegar al centro de la ciudad, donde recordaba vagamente haber pasado una noche cuando vino con su mamá por primer vez a la ciudad; cuando intenta conseguir habitación la rechazan por estar sola y en la calle de nuevo, mientras espera el tranvía para regresar donde la señora Alicia para rogarle que la dejara quedarse, un policía se le acerca y con engaños y evasivas la lleva dentro de un hotel barato; al final el policía la abandona después de haberse aprovechado de ella y más sola que nunca y ahora con el dolor por la violencia que empezaba a ensañarse contra ella, otro policía la retiene y la acusa de vagancia y de incitar a la prostitución; las pobres explicaciones que intenta ofrecer no tienen ninguna validez para el mecanismo judicial que la absorbe. En la inspección de policía la obligan a registrarse en los archivos de sanidad y le imputan los cargos. Para ese entonces en Bogotá los delitos de vagancia y ratería eran considerados “cánceres” sociales, incluyendo en el primero a quienes “sin tener oficio, capital o renta no comprueben medios lícitos y honestos de subsistencia”²⁵⁶. Tránsito alegando el asunto de la cadenita automáticamente quedaría como ratera; acusando al policía abusador quedaría de “nochera”. El candor y su inocencia no tendrían sino en el silencio y la pasividad respuestas. Osorio Lizarazo convierte a Tránsito en una víctima de las circunstancias que no llega a entender, y a la sociedad con sus representantes del orden, policías o funcionarios, en un aparato represor en contra de los débiles.

La inexorable situación a la que se ve arrastrada ahora Tránsito encuentra en las palabras de la “Cachetada”, una mujer que conoce en el patio donde la encerraron esa noche, su sentencia definitiva:

- ¿No te dije? ¿Te registraron? ¿Te tomaron los datos? ¡Gueno, estás lista! ¡Se acabó tu vida! Ora tendrás encima a la policía, ora no sos sin una nochera y una ratera. Cuando tengás un chirito nuevo, te lo quitan, porque dicen que es robo. Cuando pasés por una calle, cualquier chapa te lleva a la cana, porque creen que andás buscando hombres, aunque te den asco. Cuando tengás hambre, se reirán de

²⁵⁵*Ibíd.*, p. 12-16

²⁵⁶Carlos Alberto Sanabria Méndez, *Control Social, Orden y Delincuencia Urbana: Bogotá 1920-1946*, p. 94

vos. Cuando tés enjerma, no te recibirán ni en el hospital. ¡No sos sin´una nochera!²⁵⁷

El desamparo de Tránsito al salir de la permanencia tendrán a lo largo de la novela solo transitorios y relativos refugios en compañía de esta mujer que la lleva a una pensión donde se alquilan cuartos para pasar la noche; la otra compañía y más perdurable hasta el día que asesinan a Gaitán, va a ser la del Alacrán, un ladrón de baja categoría que conocerá en ese lugar.

A la inocente joven campesina solo le quedará entonces la posibilidad de prostituirse para ganar algunos centavos que de manera melodramática el autor le impide completar para volver a su pueblo. En su peregrinar por los tugurios que circundan la parte alta del centro de la ciudad, entre Las Cruces y el Paseo Bolívar, la sensación de estar todo el tiempo huyendo de la vista de la policía, cruzando meandros y pasadizos, corresponden muy bien con una percepción del espacio marcado por la exclusión²⁵⁸ que solo deja a los proscritos y perseguidos la opción que encontrar refugio en las faldas de los cerros:

Anduvieron por la carrera cuarta hacia el sur. Luego descendieron por una callejuela tortuosa, alinderada por casuchas arrodilladas y tristes porque presentían su inminente desaparición. La ciudad va alzando su nivel insensiblemente y las pobres casas que nacieron desmedradas y débiles se van hundiendo en la tierra, hasta que la acera llega al nivel de las techumbres. Están condenadas a una vida subterránea, furtiva y mísera, hasta que un día desaparecen para siempre, como si se convirtieran en el sepulcro de sus habitantes²⁵⁹

Esta vida subterránea de la miseria que ofrece Osorio Lizarazo se mantiene asilada en una suerte de cordón sanitario para que no contamine al resto de la ciudad. La exclusión solo tiene en incursiones fugitivas una posibilidad para ingresar, sea en el criminal o en el que va a pedir una limosna:

Nunca divisa en sus libros (la ciudad) a vista de pájaro: siempre la ve de abajo para arriba, desde el ángulo visual de un topo que, viniendo de las profundidades de la tierra lentamente cava sus laberínticas galerías para subir, impelido por la curiosidad de un narrador nato, a la luz del día-la turbia luz de una lluviosa tarde de verano- y cual sí, no obstante su gran curiosidad, jamás avanza allende la zona limítrofe adonde llega la pobreza²⁶⁰

²⁵⁷J.A Osorio Lizarazo, *El día del odio*, p. 41

²⁵⁸ Con respecto a este punto María Mercedes Andrade llama la atención con respecto a esta y otras novelas del “bogotazo”: “Es significativo que la imagen preponderante de la ciudad en las novelas del Nueve de Abril no sea la de un lugar público al cual puede tener acceso cualquiera de sus ciudadanos, sino que, por el contrario, predomine la imagen de una ciudad amurallada desde su propio interior, donde las demarcaciones y límites están claramente trazados. Por encima de la noción de la ciudad como “plaza pública”, las novelas del Bogotazo hablan de espacios cerrados, que sirven como refugio, o como cárcel” Ver *La ciudad fragmentada. Una lectura de las novelas del bogotazo*, p. 26

²⁵⁹ Osorio Lizarazo, *Op. Cit.*, p. 56

²⁶⁰ Ernesto Volkening, “Literatura y gran ciudad”, *Eco*, 24.143-144 (1972): 323-352

De igual manera, en los barrios marginales de la ciudad se encuentran los desechos físicos y morales de la sociedad, contribuyendo a esa particular convivencia de la falta de higiene y la abyección moral: “Escombros, larvas, rufianes, vencidos, ladrones, constituyen una confusa mezcla, unificada por el común denominador de su miseria, de un esfuerzo supremo por la vida, igual al que realizan esos gusanillos rojos que aparecen en las aguas negras de las cloacas”²⁶¹ En esa cara de la miseria y de la ciudad, Tránsito solo vería en su ir y venir siempre temeroso y solitario, “gentes al acecho de su paso, zarpas tendidas que se alargaban para desgarrar sus carnes, muecas horribles que se burlaban de su terror, como si se hubiese extraviado para siempre en una selva poblada de monstruos”²⁶²

Varios comentaristas de la obra de Osorio Lizarazo han llamado la atención sobre el defecto constructivo en algunos de sus libros, consubstancial a una literatura realista que pretende denunciar a la vez que narra; como diría Lukács, no basta con describir, hay que que decir algo. En Osorio Lizarazo es notorio cuando aparece junto a la trama del relato el “alegato sociológico” como “a espaldas de los personajes”²⁶³ y no siempre como enunciado o motivador de la acción. El propio escritor había notado esta tentación en la novela social, y “no deja de ser curiosa la misma ceguera de Osorio Lizarazo a sus propios males, ya que él mismo insistió, refiriéndose a los males de la literatura social, en que generalmente esta solo expresa “una tesis”, “expone una teoría” o presenta “una doctrina”, y que hace descender “los personajes y conclusiones que se mueven torpemente, como *marionetas*, encajadas donde el autor las necesita y no donde la vida las coloca”²⁶⁴

Pues bien, estos “efectos parásitos”²⁶⁵ del relato hablan más de la postura del escritor que de la naturaleza del relato, aunque no restan huellas de los atributos que le inscribe al pueblo y a la miseria que ostenta. Como llama la atención Claude Grignon a propósito de Flaubert o Zola, el uso del discurso indirecto libre ha sido fecundo cuando quiere mimetizarse el relato con la voz narradora, obteniendo un registro donde no se sabe con certeza quién está hablando, de tal manera que la técnica narrativa queda impregnada por la polifonía así como por su invisibilidad. Esto fue provechoso pero otras veces desconcertante, nos dice Grignon a propósito de la “novela proletaria” de Zola, porque muchas veces utilizando el lenguaje del “pueblo” se le presentaba en acciones que hablaban

²⁶¹ J.A Osorio Lizarazo, *Op. Cit.*, p. 104

²⁶² *Ibid.*, p. 67

²⁶³ Hernando Téllez, “El día del odio”, en, J.A Osorio Lizarazo, *Novelas y crónicas*, Mutis Durán (ed.), p. 694

²⁶⁴ “Introducción”, *Ibid.*, p. XIX

²⁶⁵ Dice Passeron sobre estos “efectos parásitos”: “Pensemos en los efectos de lectura que produce la intervención directa del novelista cuando se transforma en historiador o sociólogo del contexto de su intriga (...) Al volverse pedagogo, conferencista, guía, tutor, profeta, etc., el narrador instaura otro pacto de lectura, que puede llegar a anudar una relación más estrecha con el lector al explicitar la legitimidad culta del enunciatador, pero siempre a expensas de la ilusión novelesca” Uno de los subterfugios gramaticales para estas intrusiones enunciativas es el estilo indirecto libre utilizado tanto por Flaubert, nos dice Passeron. *Lo culto y lo popular. Populismo y Miserabilismo en sociología y en literatura*, ver pie de página, p. 192

más del egocentrismo del autor y su posición de clase que de las “verdaderas” costumbres populares²⁶⁶.

A diferencia del naturalista francés, Osorio Lizarazo mantiene la voz del narrador omnisciente sobre sus personajes, con un lenguaje rico en su descripción y repetitivo en su mirada, y lo que parece una falta de pericia en el manejo del tiempo y la técnica narrativa puede convertirse por otro lado en virtud y autenticidad: “esa aparente impasibilidad solo es el revés de una compasión profunda, de un pathos vibrante que generalmente se recata en un lenguaje seco, escueto, parsimonioso (una de sus grandes virtudes), y que una sola vez estalla en la volcánica erupción del *El día el odio*, la obra final de ciclo bogotano. Estalla, fuerza es admitirlo, en detrimento de la novela en la cual alternan pasajes de enorme pujanza, de ferocidad terrible con otros insoportablemente melodramáticos”²⁶⁷ De esta manera no se puede subestimar el alegato sociológico en sus novelas y evidente en la que nos ocupa; así como tampoco que su falta de pericia narrativa es una identificación con el desarrollo de la trama, donde el pesimismo y la aparente falta de posibilidades para la acción se compenetran en un lenguaje fiel a esa situación; su impasibilidad o pesimismo quieren concentrar el efecto dramático hasta tal punto insoportable que no queda sino dirigir la mirada al cielo o enterrar la cabeza en la tierra. El uso del lenguaje popular en Osorio Lizarazo en ningún momento se confunde con la narración, aunque el sentimiento sí parece totalizarlos, porque a través de la victimización de Tránsito y sus inúmeras calamidades aparece la “escenificación del odio que, en su trasfondo social y político, es, en definitiva, el personaje principal de la novela”²⁶⁸

Vale la pena citar uno de los pasajes donde el novelista le da paso al “mal sociólogo” - según lo califica Calvo Isaza-:

La sociedad, para disfrazar su horrenda hipocresía, para defender el sofisma del generoso corazón de sus altas clases, para salvar su paz y su sosiego, extrae de su seno sociólogos que expliquen con argumentos artificiales y cobardes la realidad de aquellos desamparados. Para complementar su falsía, el sociólogo se apoya en el antropólogo y ente los dos urden una serie de vocablos técnicos que explican la regresión, la falta de sentido moral, la degeneración de los instintos, por causas fatales, a las cuales es ajena esa cristiana y bondadosa sociedad, que se revuelca en su ficción de caridad. Es preciso desconocer que esos muchachos nacieron y crecieron como animales, sin un hogar, anegados en la miseria, hambrientos, desnudos y perseguidos, y que fue esta hostilidad la que los incapacitó para la vida normal, la que los indujo al robo y a la delincuencia precoz²⁶⁹

²⁶⁶Claude Grignon, “Composición novelesca y construcción sociológica”, *Ibid.*, p. 182

²⁶⁷Ernesto Volkening, *Op. Cit.*, p. 331.

²⁶⁸Edison Neira Palacio, *Op. Cit.*, p. 162

²⁶⁹J.A Osorio Lizarazo, *Op. Cit.*, p. 84

Retomando el protagonismo del sentimiento en el relato y en el alegato, un odio que es el resultado lógico y esperable de las relaciones entre clases sociales construidas a base de exclusión y resentimiento, trayendo a la narración el pasado histórico que solo se hace evidente al final de la novela cuando matan a Gaitán. Como lo anota Neira Palacio, la irrupción de la “historia” en el relato tiene una función de desocultamiento: ““El “día del odio” –que se realiza y se frustra en el final de la novela –tiene un sentido ucrónico: realiza una “recopilación contrafáctica del material” (Rodiek, 1997: 126) relacionada con los acontecimientos del 9 de abril de 1948”²⁷⁰ Lo que significa, que la presencia de la “historia” es objeto de una reelaboración donde se “reinterpreta” el pasado, introduciendo una narración que anticipa un “trasfondo social” que no aparecía antes; el autor introduce un “inconsciente político”²⁷¹ (Jameson) en el texto que actualiza la recepción del acontecimiento histórico.

Sólo hasta el final aparece propiamente Gaitán y la conexión histórica; hasta ese momento, el subtexto había estado sujeto a las condiciones propias de la narración, y por eso adquiere coherencia cuando el odio resulta ser la única manifestación del pueblo y de los personajes, que hasta entonces habían estado al margen de los acontecimientos históricos que terminan sintetizando sus desenlaces, no de manera consecuente porque incluso Tránsito ignora quién es Gaitán sino por la fuerza misma de las circunstancias. En la novela aparecen dos perfiles para indagar acerca de la conciencia posible con respecto al correlato histórico. Por un lado el Alacrán, el compañero de Tránsito, “Sucio, cubierto con una ruana haraposa, calzado con alpargatas desflecadas, una gruesa pelambreira escapándose por debajo de un grasiento sombrero (...) mostraba su rostro descolorido, de ojos atemorizado y malignos”²⁷² Es el producto de una infancia carente de afecto, huérfana, durmiendo en los portales y pidiendo limosna en la calle; una juventud que se acostumbró a estar al acecho y en constante fuga, por lo cual ningún sentimiento de cariño o afecto pudo asentarse en su personalidad.

La relación con Tránsito solo había incentivado en él un sentido de dominio y muchas veces llegó a golpearla; solo hasta el final, después de varios incidentes que casi los separa para siempre, parece fulgir en su comportamiento un atisbo de dulzura y un reverso ante una vida tan áspera y solitaria. En él permanece hasta el final un resentimiento hacia todo lo que lo rodea, no por una conciencia racional de la injusticia sino por un padecimiento físico

²⁷⁰ Edison Neira Palacio, *Op. Cit.*, p. 163

²⁷¹ “(...) ese “subtexto” no está inmediatamente presente como tal, no es alguna realidad exterior de sentido común, ni siquiera las narraciones convencionales de los manuales de historia, sino que más bien debe ser siempre él mismo (re) construido según el hecho. El acto literario o estético mantiene siempre por consiguiente alguna relación activa con lo Real; pero para que así sea, no puede simplemente permitir a la “realidad” perseverar internamente en su propio ser”, debe asimilarlo dentro de sí mismo, llevarlo a su “propia textura”, de tal manera que pueda comprenderse el “acto simbólico” como generación y producción de su “propio contexto”, frente al que “al mismo tiempo es una reacción”, Fredric Jameson, “Sobre la interpretación”, en *Documentos de cultura, documentos de barbarie*, p 66

²⁷² J.A Osorio Lizarazo, *Op. Cit.*, p. 69

e invariable. Por otro lado está Olmos, quien nació en un hogar humilde y que pudo terminar el bachillerato pero no ingresar a una universidad; comparte con los rufianes y maleantes su tiempo libre y está al tanto de las felonías que se planean; pese a que no pudo seguir con sus estudios adquirió como asistente ocasional de juzgado algunos conocimientos prácticos que usó en su momento como mediador para evitar la cárcel para algún amigo y en tiempos de campaña como intermediario con los políticos que buscaban votos. Labores que realizaba con desgana y a despecho con la injusticia y corrupción que dominaban las relaciones entre los poderosos y los miserables, tratando de aprovechar cualquier actuación para ganarse favores o algunos pesos. Últimamente sin embargo un político había logrado llamar su atención. Gaitán aparece como caudillo del pueblo, despertando la esperanza de muchos y el hambre de rebelión, y entonces “Olmos se incorporó a su séquito con dedicación fanática”, porque “La pequeña delincuencia, la ratería, la prostitución, sólo provenían de la ignominia social y no de la naturaleza de los indigentes. Y éstas era las tesis que Gaitán sostenía”²⁷³

Los dos personajes comparten los “ímpetus del populacho” que tienen su desencadenamiento como las “fuerzas primarias de la naturaleza”: “Porque estos seres doblegados por la ley y el vicio, estos seres humillados y sombríos, son la fuerza latente, el poderío cataclísmico que ha realizado las más trascendentales transformaciones de la historia y que está perennemente sediento de una justicia que no sabe expresar en palabras y que no le inspira la organización de un sistema de ideas o de un plan de acción”. De allí que la miseria tenga más allá de la regresión moral que le endilgan los sociólogos a sueldo –como diría el escritor– el poder para echar por los aires las murallas que le impone la sociedad: “Esa mezcla turbia de residuos sociales, de detritos, de prófugos de la justicia, de obreros sin trabajo, de miserables, de perseguidos, de hampones, es la autora material de los grandes hechos del progreso humano, por cuanto ha sido la fuerza que los ha llevado a cabo, y sobre su anonimato descansa la epopeya”²⁷⁴

Como dijera Osorio Lizarazo sobre los miserables de Gorki, éste arroja las clases una contra otras, tal como desean en sus propias palabras Olmos y sus compadres: “-¡Cómo ha de ser que no llegue ese día, el día del odio, el día de la venganza! –aseguró Olmos, mientras se apoderaba de su hueso y lo mordía, inclinándose mucho para que la grasa no le manchara el sobretodo”. Así menciona el día decisivo uno de los compadres y cómplices que departen de un piquete acompañado de chicha o cerveza, mientras fantasean con un tiempo donde puedan aruñar algo de venganza a esa sociedad que los espeta; “Y quemarles las casas” apunta el otro. “Ya también desguarregar unos patiajorraos de esos. Y empelotar las guarichas de l’alta sociedad pa ver si es que tienen el cuerpo distinto e las nocheras” El deseo criminal se remoja con cada trago y cada uno de los maleantes suma su propia vindicta: “Unas bombas bien jotiadas en las casas de cuatro destos ricos jediondos.

²⁷³ J.A Osorio Lizarazo, *Op. Cit.*, p. 141

²⁷⁴ *Ibid.*, p. 107-109

Pa verlos cagarse de miedo frente a nosotros, cuando ora nos tunden a patadas. Gueno, pero ora comamos”²⁷⁵ La ingesta aplaza el odio porque el hambre de cada día le gana a toda gana de desquite.

Aparecía la voz misma de Gaitán para incentivarlos a levantarse, en esa “rebelión de miserables” que atienden más al deseo de venganza que una idea precisa de cambio:

–Ustedes son las víctimas de la organización social que hicieron los de arriba para aplastar a los de abajo. Ustedes trabajan y sufren y otros les arrebatan el fruto de su trabajo, les tiran unas migajas, y gozan y se regocijan. Para ustedes no se hace el progreso, ni trabaja la ciencia, ni florece la civilización. Para ustedes, la oligarquía políticoeconómica ha organizado las chicherías como suprema compensación de su sacrificio²⁷⁶

El reproche que le hiciera Osorio Lizarazo a su jefe político en los días de *Jornada* vuelve a aparecer en labios de Olmos, diferenciándolo del resto de los políticos “amangualados” pero lamentando el complejo abogadil que impide el pasaje a la acción revolucionaria: “- ¡No! – respondió Olmos- Gaitán no es de éstos. ¡Gaitán es un hombre de verdad! Hay que ver cómo lo han perseguido pa atajarlo. Es un macho, que ha luchao com´un tigre pa no dejarse joder. La única vaina es que es abogao (...) y dice que la revolución hay que hacerla dentro´e la ley”²⁷⁷

Al final de la novela, desde su cuchitril en alguna de las salientes de los cerros, el Alacrán y Tránsito ven a lo lejos las columnas de humo que se levantan sobre los tejados y los edificios; se animan a bajar y se encuentran en medio de la marejada que ha despertado la muerte de Gaitán, y sin reparar en detalles o averiguaciones los dos ingresan a los almacenes que la multitud ha invadido, agarrando lo que pueden para volver a salir a la calle: “Avanzaban, tambaleantes, entre la multitud, girando en torno, volviendo a correr, borrachos de whisky y de odio”²⁷⁸ En la última escena de la novela Tránsito se separa de su compañero y extasiada y confundida empieza a gritar ¡Muera, muera! como respuesta al desorden generalizado y como desahogo ante tantas injusticias y males que había tenido que soportar; no era un grito contra alguien en particular sino contra todo aquello que había conspirado para que ella sufriera. Un disparo la alcanzaría más adelante en una esquina y sus lágrimas rodarían de tristeza y de odio mezclándose con la lluvia que empezaba a caer sobre la ciudad.

El bogotazo estaba teniendo lugar como manifestación de la barbarie que había escapado al dominio de los dirigentes:

²⁷⁵ *Ibid.*, p. 135-136

²⁷⁶ *Ibid.*, p. 144

²⁷⁷ *Ibid.*, p. 146

²⁷⁸ *Ibid.*, p. 232-233

Las calles (...) pertenecían a la muchedumbre. Su anonimato era total. Los conocidos no se reconocían, pues la pena y la ira transformaban sus rostros. Por parte alguna se veía a los jefes, liberales o conservadores. Gaitán, que había contenido a la muchedumbre, se había ido. En ese vacío la muchedumbre encontró valor y energía, pero miedo también, pues su jefe había muerto. El futuro era incierto; el presente, desconocido²⁷⁹

El grito inicial que se levantó sobre la incertidumbre fue ¡A palacio! pero serían recibidos por la guardia presidencial que ya permanecía apostada para contener el embate; después de que se esfumara el objetivo político de la revuelta, donde los jefes liberales desaparecieron varias horas para luego llegar a palacio y terminar restableciendo el poder de reparto, la multitud se había entregado a la embriaguez y el saqueo, extraviada también por los anuncios radiales que anunciaban la renuncia del presidente así como la inminente toma del poder. Como lo señala Braun, una leyenda negra al final se levantó sobre los acontecimientos del 9 de abril, porque ante el ocaso de la convivencia de la élite, que observaban los hechos como una cosa del pueblo, del “país nacional”²⁸⁰ del que no hacían parte y sobre el que no tenían dominio, su incapacidad para gobernar le dejó el paso a la violencia, que vino a absorber las relaciones políticas y sociales de ahí en adelante en el país.

²⁷⁹ Herbert Braun, *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana*, p. 310

²⁸⁰ La fácil y lógica asociación de la violencia con la degradación y la barbarie era compatible con el papel civilizador y civilista que se atribuían los jefes de los partidos: “en cuanto se declaran herederos de la tradición republicana occidental, no encuentran razonable, ni lógico, ni justificable el haber llegado a experimentar la sistemática y progresiva ola de acciones de sangre en que se debatieron sus divergencias”, Ver Darío Acevedo Carmona, *La mentalidad de las élites sobre la violencia en Colombia, 1936-1949*, p. 34

Conclusión

He querido en este recorrido destacar la imagen de un escritor en interacción con las condiciones particulares donde construyó su posición ideológica y elaboró una obra literaria –como él no se cansa de repetirlo – acaso como el único mérito que ha tenido en una vida entorpecida por la timidez, la angustia y el infortunio. Aunque es claudicar ante la imagen que elaboró de sí mismo, hemos visto qué tan cercana estaba de un ambiente específico donde se inició como reportero y escritor: pero también qué lejos llegará en las postrimerías de su vida de ese punto de partida. Su vida marca una parábola que no es extraña del movimiento natural que va de la vitalidad juvenil a la renuncia que viene con los años: “Después de 1946 el aventurero, el revolucionario, el amante, el reportero, el trabajador inconforme y el escritor apasionado le cedieron paso al sedentario, al apologista, al hombre casado, al mal sociólogo y al empleado conformista”²⁸¹

No creo sin embargo que la vida y menos la obra de Osorio Lizarazo se agoten en esta caracterización, primero que todo porque la indagación elaborada acá se ha limitado a una pequeña parte de la totalidad de crónicas, ensayos y novelas que escribió, pero también porque lejos de la condena o el elogio, sólo he pretendido poner un contraste que hablara más por las fuentes que por las relaciones prejuiciadas que yo percibiera entre un realismo incesante y un populismo en construcción. Me interesaba sin duda observar el realismo singular de Osorio Lizarazo como una mirada de doble cara: denuncia y represión. Y creo poder responder que la biografía aporta sólidas evidencias para sugerir que el dolor y la experiencia en carne propia fueron las mediaciones para reforzar una posición ideológica expresada en una mirada del material y el objeto literario. Como apunta Beatriz Sarlo sobre otro realista donde el sentimiento dominante es la angustia: “(...) las novelas de Arlt son «realistas»: ponen en escena las condiciones de las que nadie puede liberarse sin violencia”²⁸²; así podemos agregar que el realismo de Osorio Lizarazo pone en sus novelas como irresoluble un pesimismo que solo puede zafarse con un acto de conciencia improbable, acaso haciendo de lo inaguantable el efecto dramático. En la proporción en que el sentimiento se transforma en la naturaleza social la frontera entre el sujeto y el objeto se hacen difusas: el realismo se convierte en la sinceridad buscada pero no en la realidad misma. Por ese doblez incapaz de abordar completamente en mi investigación, he querido contrastarlo con una acción política que movilizó diferentes rostros de una realidad múltiple y nunca unívoca. Acaso quería poner a prueba el pesimismo en sentido lato con el optimismo del gaitanismo, al mismo tiempo que buscaba el momento en que el escritor se identifica políticamente, queriendo encontrar esos ajustes o compensaciones que sus novelas no nos ofrecen. No creo que existan más que en su resolución final de adherirse a

²⁸¹ Óscar Iván Calvo, *Las biografías de nadie....Op. Cit.*, p. 162

²⁸² Beatriz Sarlo, “Liminar” en Arlt, Roberto. *Los siete locos/Los lanzallamas*; ed. crítica de Mario Goloboff—Madrid : FCE, ALLCA XX, UNESCO, 2000

una dictadura, pero quería observar los momentos anteriores a ese giro abiertamente contradictorio según su postura pero explicable según sus antecedentes. Sus llamados a la acción a Gaitán acaso proyectaban el cansancio de que el reconocimiento final y esperado no llegara, aun cuando no desmereció ni de la publicación de sus libros ni del comentario de sus contemporáneos; sin embargo, el reconocimiento esperado parece que se encontraba en algo más allá: acaso en una búsqueda de poder o simplemente en sentirse activo dentro de un verdadero proyecto político. Los gobiernos liberales le permitieron una visibilidad, una red de influencias que influyeron bastante en su carrera, pero siempre se sentiría distinto a los jefes políticos a quienes tenía que recurrir; el resentimiento entonces aparece como sentimiento parásito del pesimismo impostado, y como lo sugiere Vanderhuck tal vez esos políticos no veían al escritor que se acercaba en busca de un beneficio sino como uno más de los “lagartos”²⁸³ que recorrían los pasillos de las oficinas del Estado o hacían corrillo alrededor de las salas de redacción. Pero no se sabe con exactitud, lo que sí podemos afirmar es que la independencia y la autonomía del escritor todavía estaban lejos para Osorio Lizarazo de poder recompensar su mérito de ser escritor pese a todo: “Yo he publicado diez libros, a base exclusiva de sacrificio y de esfuerzo personal. He andado (...) con mis originales bajo el brazo, despertando las sonrisas de la gente, que me ve petulante, tonto, ilusionado y pueril entregado a tan absurda tarea”²⁸⁴ Por esa razón también salió del país, buscando un mercado editorial más idóneo en Argentina, donde Germán Arciniegas o Sanín Cano habían podido prosperar. No quisiera concluir con la imagen del adulador que cierra la vida del escritor sino con la de aquel que admirara esas vidas sencillas pero extraordinarias que permanecían en la penumbra, fieles a su misión, orgullosas en su humildad, entregadas a los ideales así fuera en medio de la miseria. No se puede juzgar su obra por sus años finales, con leerlo basta. Y hoy en día están reeditando sus obras.

²⁸³ Felipe Vanderhuck, *La literatura como oficio: José Antonio Osorio Lizarazo 1930 -1946*, p. 114

²⁸⁴ J.A Osorio Lizarazo, “El escritor y el ambiente”, *El Tiempo*, 6 de ago. de 1946.

Bibliografía

Fuentes primarias

Biblioteca Nacional de Colombia (BNC)
Fondo Antiguo, Fondo José Antonio Osorio Lizarazo (JAOL)

Fuentes secundarias

Acevedo Carmona, Darío, *La mentalidad de las élites sobre a violencia, 1936-1949*, Bogotá: El Áncora Editores, IEPRI, 1995.

Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz, *Literatura y sociedad*, Buenos Aires: Librería Edicial, 2001.

Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz, *Conceptos de sociología literaria*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1980.

Andrade, María Mercedes, *La ciudad fragmentada. Una lectura de las novelas del bogotazo*, State University of New York: at Stony Brook, 1998

Archila, Mauricio, *Cultura e identidad obrera, Colombia (1910-1945)*, Bogotá: Cinep, 1992.

Álape, Arturo, *El Bogotazo. Memorias del olvido*, Bogotá: Editorial Planeta, 2005.

Arciniegas, Germán, “Silva nocturno”, en José Asunción Silva, *Obra completa*, Héctor Orjuela (coord.), Madrid: Ediciones de Centenario, 1996

Arias, Ricardo, *Los Leopardos: una historia intelectual de los años 1920*, Bogota: Ediciones Uniandes, 2007.

Bourdieu, Pierre, *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Traducido por Thomas Kauf, Barcelona: Editorial Anagrama, 1997.

----- *Campo de poder, campo intelectual*, Buenos Aires: Folios, 1983

-----“¿Cómo se hace una clase social?”, en *Poder, derecho y clases sociales*, Bilbao: Desclée de Brouwer, 2000.

Braun, Herbert, *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana*, Bogotá: Aguilar, 2008.

Calvo Isaza, Óscar Iván, *Las biografías de nadie. José Antonio Osorio Lizarazo (1900-1964)*, Tesis para optar al título de Maestro en Historia y Etnohistoria, México D.F., Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2005 (inédito).

----- “Literatura y nacionalismo: la novela colombiana de J.A Osorio Lizarazo”, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura (ACHSC)*, Bogotá: Vol. 36, No. 2 (2009): 91-119

Calvo Isaza, Óscar Iván y Saade Granados, Marta, *La ciudad en cuarentena. Chicha, patología social y profilaxis*, Bogotá: Ministerio de Cultura, 2002.

Cané, Miguel, ““Los "cachacos", las mujeres y el altozano”, en *El alma de Bogotá*, Nicolás Bayona Posada, Bogotá: Villegas Editores, 1988

Gaitán, Jorge Eliécer, “El país político y el país nacional”, Jorge Villaveces (Ed.), en *Los mejores discursos de Gaitán*, Bogotá: Editorial Jorvi, 1968.

----- “El hombre: realidad biológica y social”, Jorge Villaveces (Ed.), en *Los mejores discursos de Gaitán*, Bogotá: Editorial Jorvi, 1968.

----- “Un tema político que no pertenece a la política”, Jorge Villaveces (Ed.), en *Los mejores discursos de Gaitán*, Bogotá: Editorial Jorvi, 1968.

----- “Oración por la paz” (7 de febrero de 1948), en *Gaitán. Antología de su pensamiento social y económico*, Luís Emiro Valencia, (ed.), Bogotá: Ediciones Desde Abajo, 2012.

----- *Criterio positivo de la premeditación*, Bogotá: Editorial Temis, 1983.

García, Laureano, ““Los “cachacos” de Bogotá”, en *El alma de Bogotá*, Nicolás Bayona Posada, Bogotá: Villegas Editores, 1988

Green, John W. *Gaitanismo, liberalismo de izquierda y movilización popular*, Medellín: Fondo Editorial Eafit y Banco de la República, 2013.

García, Antonio, *Gaitán. Apogeo y crisis de la República Liberal*, Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1983.

Galvis, Silvia, “Así veían a Gaitán en Washington”, en *El saqueo de una ilusión. El 9 de abril: 50 años después*, Bogotá: Número Ediciones, 1998.

Grignon, Claude y Passeron, Jean-Claude, *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*, Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1991.

Jameson, Fredric, *Documentos de cultura, documentos de barbarie*, Madrid: Visor, 1998.

Jiménez Panneso, David, “Revolución: imágenes, ideas, relatos”, en Rubén Sierra Mejía (Ed) *República Liberal: sociedad y cultura*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2008.

López, Ricardo ““Nosotros también somos parte del pueblo”: gaitanismo, empleados y la formación histórica de la clase media en Bogotá, 1936-1948”, en *Revista de Estudios Sociales*, No 41 (Diciembre de 2011): 84-105.

Loaiza Cano, Gilberto, *Luís Tejada y la lucha por una nueva cultura*, Bogotá: Colcultura, 1995

-----“Intelectuales y vida pública a comienzos del siglo XX” en *Mataron a Gaitán: 60 años*, César Augusto Ayala Diago (Ed.), Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009.

-----“Los intelectuales y la historia política en Colombia” en *La historia política HOY: sus métodos y las ciencias sociales*, César Augusto Ayala Diago (ed.), Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2004.

----- “El recurso biográfico”, en Revista *Historia crítica*, No. 27, (Enero-Junio 2004): 221-238

Moreno Torralbo, B., “Gaitán ante sí mismo”, en *El saqueo de una ilusión. El 9 de abril 50 años después*, Bogotá: Número Ediciones, 1998.

Millán Vargas, Mauricio, “Notas sobre Gaitán y el derecho penal” en *Mataron a Gaitán: 60 años*, César Augusto Ayala Diago (Ed.), Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009

Magrini, Ana Lucía, *De la narrativa al discurso. Un análisis de las narrativas, voces y sentidos del discurso gaitanista en Colombia (1928-1948)*, Bogotá: Tesis de maestría, Universidad Javeriana, 2010.

Neira Palacio, Edison, *La gran ciudad latinoamericana. Bogotá en la obra de J. A Osorio Lizarazo*, Medellín: Fondo Editorial Eafit, 2004.

Osorio Lizarazo, José Antonio, *Novelas y crónicas*, Santiago Mutis Durán (ed.), Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1978.

----- “Hombres sin presente. Novela de empleados públicos”, en *Novelas y crónicas*, Santiago Mutis Durán (ed.), Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1978.

----- *Gaitán. Vida, muerte y permanente presencia*, Bogotá: El Áncora, 2008.

----- *La cara de la miseria*, Bogotá: Talleres de Ediciones Colombia, 1926

----- *El día del odio*, Bogotá: El Áncora, 1998.

----- *El criminal*, Bogotá: Renacimiento, 1935.

Pachón, Hilda Soledad, *Los intelectuales colombianos en los años veinte: el caso de José Eustacio Rivera*, Bogotá: Colcultura, 1993.

Palacios, Marco, *La clase más ruidosa. La clase más ruidosa y otros ensayos sobre política e historia*, Bogotá: Ediciones Norma, 2002.

Pécaut, Daniel, *Orden y violencia. Colombia 1930-1953*, Medellín: Fondo Editorial EAFIT, 2012.

Rodríguez Franco, Adriana, *El gaitanismo y los gaitanistas de Jornada (1944-1957)*, Bogotá: Tesis de Maestría, Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia, 2012

Sanabria Méndez, Carlos Alberto, *Control Social, Orden y Delincuencia Urbana: Bogotá 1920-1946*, Bogotá: Tesis de maestría, Departamento de Sociología, Universidad Nacional de Colombia, 2011.

Sharpless, Richard, *Gaitán of Colombia. A political biography*, Pittsburgh: University of Pittsburgh, 1978.

Tirajo Mejía, Álvaro, *Aspectos políticos del primer gobierno de Alfonso López Pumarejo*, Bogotá: Procultura, 1981.

Vanderhuck, Felipe, *La literatura como oficio. J.A Osorio Lizarazo, 1930-1946*, Medellín: La Carreta Editores, Universidad Icesi, Cali, 2012.

Volkening, Ernesto, "Literatura y gran ciudad", *Eco*, 24.143-144 (1972): 323-352

Zuluaga, Pedro Adrián, *Literatura, enfermedad y poder en Colombia: 1896-1935*, Bogotá: Tesis de Maestría, Departamento de Literatura, Universidad Javeriana, 2009.